HAN VENIDO A DESTRUIRNOS... DESDE DENTRO

INVASORES

LIBRO 3



NICK CLAUSEN

Copyright © 2025 por Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma sin el permiso escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS: BLACKOUT

1. FELIX

2. TIM

3. FELIX

4. HELENA

5. FELIX

6. TIM

7. FELIX

8. TIM

9. FELIX

10. TIM

11. FELIX

12. HELENA

13. FELIX
14. TIM
15. FELIX
16. MARTIN
17. FELIX
18. MARTIN
19. FELIX
20. MARTIN
21. FELIX
22. GERARD
23. MARTIN
24. MIRIAM
25. MARTIN
26. FELIX
27. MARTIN
28. FELIX
29. MARTIN
30. FELIX
31. MARTIN
32. FELIX
33. MARTIN

34. FELIX

35. FELIX

36. FELIX

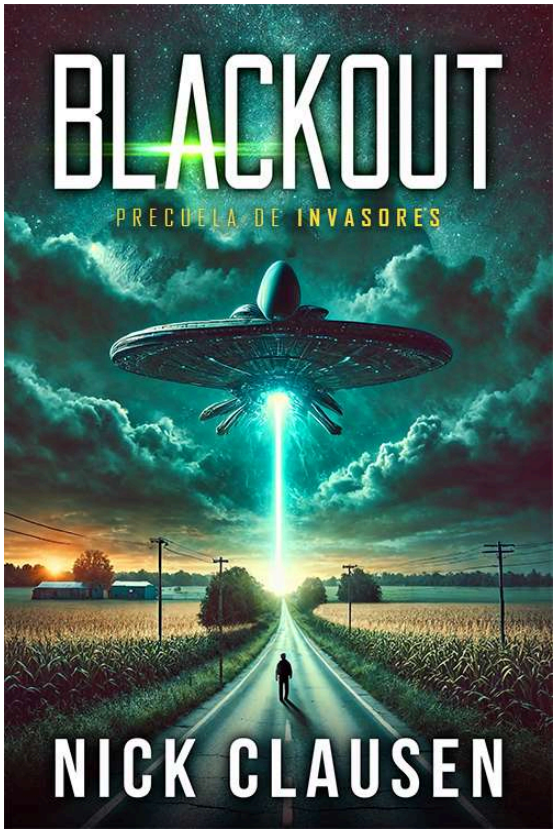
37. GERARD

38. TIM

39. FELIX

40. GERARD

UNA PALABRA DEL AUTOR


BLACKOUT
PRECUELA DE INVASORES
NICK CLAUSEN

LIBRO GRATIS

Obtén la precuela gratuita, *Blackout*, y descubre cómo empezó todo.
Solo disponible en **nick-clausen.com/gratis**

1

FELIX

DE PIE JUNTO A la parada del autobús, siente que todos los que pasan lo miran con complicidad. Como si pudieran notar que está huyendo de las autoridades.

Por supuesto, todo está en su cabeza. No hay señales evidentes que lo delaten, salvo quizá un leve gesto de culpa en su rostro.

Se concentra, en cambio, en prepararse.

Si tiene suerte, el hospital aún no habrá recibido la noticia de que es un fugitivo, y deberían permitirle visitar a su madre. Pero la parte difícil será sacarla de allí. Las únicas veces que le permiten salir del edificio es cuando da paseos por el parque, y aun así sigue dentro del complejo. Además, dos guardias la acompañan todo el tiempo; los llaman «cuidadores», porque oficialmente el lugar es un hospital, no una prisión.

Sin embargo, Felix conoce la realidad. Ha visto cómo tratan allí a las personas. Son reclusos más que pacientes, y solo les dan medicación para mantenerlos dóciles y cooperativos, no con la

esperanza de curarlos o hacer sus vidas más llevaderas. En ese sentido, Pia tiene toda la razón: el sistema considera a todos los que están en ese lugar como enfermos incurables.

El recuerdo de Pia le hace sentirse mal por un momento. Han pasado ya unas horas y, a juzgar por lo que vio y oyó, debe de estar muy avanzada en su transformación. ¿Habrá ido su padre a verla? ¿Se lo habrán permitido siquiera?

«Seguro que ya no la encuentra atractiva», piensa Felix, y acto seguido se siente aún más culpable por tener pensamientos así.

Pia era un auténtico incordio, sin duda. Pero nadie merece convertirse en un monstruo.

Sus pensamientos regresan a su madre.

Felix nunca creyó de verdad que estuviera enferma. Puede que esté loca, pero eso es diferente. Ella cree en algo en lo que nadie más cree, algo que no puede ser real en términos objetivos. Pero eso no te convierte en un enfermo mental: hay montones de personas en el mundo que creen en disparates. Felix está bastante seguro de que, si todos los lunáticos, fanáticos y conspiranoicos tuvieran que ser internados y medicados a la fuerza, el mundo quedaría casi vacío.

Apenas veinte minutos antes, cuando Felix bajó del tren, vio a un tipo con barba y un abrigo raído hablando en voz alta consigo mismo.

En resumen, la locura está por todas partes.

Así que los gobiernos deben trazar una línea en algún punto. Y lo hacen cuando alguien se vuelve peligroso.

El tipo de la estación, la loca de los gatos, los terraplanistas de internet… ninguno de ellos hace daño a nadie.

Y la madre de Felix tampoco. Por eso no debería estar encerrada.

Felix está completamente seguro de que ella es inocente de lo que la acusan. Lo único es que no deja de hablar de Toby, y eso asusta a todos, incluido el padre de Felix.

El único que puede soportar escucharla cuando realmente se pone a hablar es Felix. Y ni siquiera a él le gusta demasiado, pero lo soporta. Quizá porque todavía la quiere.

O quizá… solo quizá… porque una pequeña parte de él quiere creerla.

Sabe que es una locura, y jamás lo admitiría ante nadie. Desde luego, nunca dijo nada al respecto en ninguna de las entrevistas que tuvo durante el juicio de su madre. No quería que la policía pensara que él también estaba loco.

Porque la verdad es que Felix no sabe quién es Toby. Nunca lo ha conocido. Nunca ha tenido un hermano.

Excepto que…

Excepto por todos esos pequeños y extraños momentos a lo largo de su vida en los que de pronto se encontraba en un estado mental extraño. Solo duraba un segundo o dos, y luego volvía a la normalidad.

Pero en esos breves instantes sentía como si la realidad se desplazara, y justo antes de volver a su sitio tenía la clara sensación de que algo más estaba allí.

Algo que era igualmente cierto.

Otra versión de la historia.

Siempre le daba un miedo terrible, y odiaba cuando ocurría. De niño no lo entendía en absoluto. Ahora que es más maduro, sabe que probablemente sea el comienzo —o al menos la posibilidad— de lo mismo que sufre su madre. Por eso evita siempre con firmeza las situaciones que podrían provocar un episodio.

Como la habitación que su madre afirma que era de Toby pero que ahora solo se usa para guardar trastos.

O el columpio del jardín que su padre nunca se molestó en desmontar.

O el juego de parchís en la estantería del dormitorio.

Pero, sobre todo, la pulsera.

Se mantiene lo más lejos posible de eso. Es, con diferencia, el peor desencadenante.

Aún recuerda vagamente cómo era su madre antes de volverse loca. Era bastante normal. Tranquila la mayor parte del tiempo. La recuerda sonriendo a menudo. Hoy en día, ya no sonríe.

Los médicos explicaron que ese tipo de trastornos pueden permanecer latentes en la mente durante años antes de activarse, y que algunas personas con predisposición a la enfermedad mental pueden llevar vidas normales porque esas semillas nunca son provocadas.

Fuera lo que fuese lo que hizo que su madre se «enfermara», ocurrió en Navidad, el año en que Felix cumplió seis.

Casi ocho años desde aquella fecha. Nunca olvidará esa noche. La noche en que el abuelo murió. Las llamas, el humo y los gritos aún atormentan sus sueños de vez en cuando.

Probablemente por eso Felix nunca ha sentido verdadero afecto por las fiestas de esta época del año. O tal vez simplemente…

Un autobús se detiene justo frente a su cara.

2

TIM

ENTERRAR A LA MUJER resulta más fácil de lo que imaginaba. Su vieja pala rompe sin esfuerzo la fina capa helada de la superficie y se hunde con facilidad en la tierra blanda que hay debajo.

Después de envolverla en una sábana y colocarla en el hoyo como a una faraona, permanece un minuto entero en silencio. No sabe qué decir, así que no dice nada. Buddy se sienta a su lado, observando en silencio.

La noche está en su punto más oscuro. En la cabaña, Tim ve a Helena a través de la ventana del dormitorio, haciendo la maleta como le pidió. La mayor parte son cosas que él ya había subido desde el sótano: armas, comida enlatada, utensilios y otras cosas que en su momento pensó que serían necesarias si alguna vez tenía que esconderse durante un largo periodo de tiempo.

Ahora no está seguro de que vayan a necesitar nada de eso; ni siquiera sabe adónde van ni por cuánto tiempo. No se trata de un ataque nuclear ni de un ciberataque, como los que había previsto; es

una guerra completamente distinta. Pero puede notar que a Helena le sienta bien preparar las cosas, como si al menos así sintieran que están haciendo algo para prepararse para los tiempos difíciles que se avecinan.

—Es una trabajadora incansable —murmura, su aliento forma una nube blanca frente a su rostro—. Tiene tu ética de trabajo, cariño, eso seguro. Menos mal que no se parece a mí en absoluto.

«Sí que se parece a ti, Tim. Mucho más de lo que crees.»

—Nah, todo lo bueno que tiene lo ha sacado de ti.

Espera que Anya lo contradiga, pero al parecer su difunta esposa no tiene ganas de debatir. En su lugar, le dice:

«Vas cogiéndole el tranquillo a esto de ser padre, ¿eh?»

Tim gruñe.

—Más vale tarde que nunca, supongo.

«Te lo dije. Sabía que lo harías. Lo vi en ti, ¿recuerdas?»

Tim traga saliva al recordar la primera vez que hablaron en serio de tener hijos. Paseaban por el parque una mañana de primavera. Tim estaba de permiso entre misiones y, por primera vez, disfrutaba de verdad de estar en casa, porque por primera vez tenía a alguien a quien volver.

Bajo un grupo de robles junto al lago, una familia celebraba el cumpleaños de una niña. Había una mesa de picnic con tarta, globos y todo. Estaban cantando, y la niña soplaba las velas cuando, de pronto, el padre se levantó y empezó a gritar.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Anya, volviendo la cabeza.

Tim había estado observando mientras pasaban —siempre consciente de su entorno, como le habían enseñado en el

entrenamiento— y había visto lo que ocurría. Algo había salido de la boca de la niña y había caído sobre la tarta, y el padre la estaba regañando por ello.

—Tú me dijiste que lo llevara puesto, papá —replicó la niña, lo que solo hizo que él se enfureciera más.

Soltando la mano de Anya, Tim se dio la vuelta y se acercó. Lo hizo sin pensarlo realmente. Observando al padre, tuvo la certeza de que la situación escalaría, y así fue. El hombre se inclinó y agarró del brazo a la niña, a pesar de las objeciones de algunos presentes y de que ella había empezado a llorar.

Le siseaba algo en la cara sobre estar siempre haciendo escenas, cuando la sombra de Tim cayó sobre ellos y el padre levantó la vista.

—¿Cuál es tu problema, tío? —gruñó el hombre. El tamaño de Tim claramente lo hizo contenerse un poco —como solía suceder—. Tim olió el alcohol en su aliento, lo que no lo sorprendió; ya había visto las latas colocadas discretamente en la hierba junto a la silla del padre.

—¿Y el tuyo? —preguntó Tim con calma.

—Eso no es asunto tuyo.

—Mi aparato dental —dijo la niña, sollozando—. Se me salió. No fue adrede. Se me olvidó quitármelo antes de soplar las velas.

Sobre la tarta había un aparato dental de plástico.

Todos en la mesa miraban a Tim, claramente esperando su reacción. No le gustaba ser el centro de atención, pero sintió que no tenía más remedio que intervenir.

—Mira, esto es un asunto privado —dijo el hombre, poniéndose en pie—. Si pudieras seguir caminando, sería…

Tim cogió el cuchillo, y alguien soltó una exclamación. Rápidamente cortó alrededor del aparato, dejando caer el trozo de tarta en el plato de la niña.

—Ahí lo tienes. Problema resuelto.

Dejó el cuchillo y se lamió un poco de glaseado del pulgar.

La niña tomó el aparato del plato y lo escondió con rapidez. Alzó la vista hacia Tim y dijo:

—Gracias.

—Feliz cumpleaños.

El padre seguía frunciendo el ceño hacia Tim. Él se inclinó y le dijo en voz baja:

—Lo entiendo. Pero intenta dejarlo para luego.

No necesitó explicarse más. Al mirarlo a los ojos enrojecidos, vio que el hombre reconocía en su rostro a otro bebedor. Por un segundo pareció enfadarse. Luego asintió una sola vez y se volvió a sentar.

Tim regresó junto a Anya. Ella lo miraba con sorpresa. Le rodeó el brazo con el suyo y, mientras caminaban, dijo:

—Vaya, esa es una faceta de ti que no conocía, señor Iversen. Pensé que dijiste que no había sorpresas contigo. Que eras un hombre sencillo.

—Lo soy. Solo que… no me gusta la agresión. Especialmente hacia los niños.

—Eso suena, para mí, a un buen futuro padre hablando.

Tim gruñó.

—Te lo dije, no querrás arruinar a un niño con mis genes.

—El médico dijo que tu condición probablemente no es hereditaria.

—No hablo de mi condición. Tengo demonios, ¿sabes? No quiero transmitírselos.

—Eso es una elección, no un destino.

Él la miró de reojo.

—Lo haces sonar fácil.

Ella se encogió de hombros.

—No lo es, pero sí es sencillo.

Pasearon alrededor del lago. Al mirar hacia la mesa del picnic, Tim vio al padre levantarse de nuevo. Estaba poniéndole un sombrero a su hija, y todos aplaudían.

—¿Ves? —dijo Tim—. No es un mal padre. Solo tiene demonios, también.

—¿Eso le dijiste?

—Algo así.

—Si él puede con sus demonios, estoy segura de que tú también. Él no es ni la mitad del hombre que tú eres… literalmente —Le pasó las manos por la cintura y lo miró hacia arriba.

—¿Ah, otra vez con las bromas sobre mi tamaño?

—Me gustan los hombres grandes —dijo Anya, frunciendo los labios—. Me hacen sentir segura.

Él se inclinó y la besó. Luego la abrazó y la apretó contra sí—. Un hombre grande podría matarte fácilmente, ¿sabes?

—Lo sé. Pero tú nunca dañarías a nadie que no lo mereciera.

—¿No?

—No. Tú no eres así. Eres un soldado. Un protector de los inocentes.

Él bufó.

—Está claro que todavía no me conoces.

—Oh, te conozco, señor Iversen. Y sé que tú también quieres un hijo —Sonrió, se encogió de hombros—. Solo necesitas un poco más de tiempo para darte cuenta.

Luego echó a andar, tirando de él, y aquella fue la última vez que hablaron del tema. Seis meses después, ella quedó embarazada.

—Siempre tenías razón —murmura Tim ante la tumba—. Y siempre conseguías lo que querías.

Anya no dice nada a esto.

Buddy, en cambio, deja escapar un quejido impaciente.

—Sí… lo sé —suspira Tim—. Es hora.

Se da la vuelta y mira hacia el bosque.

Está allí. Lo siente, más intensamente que nunca.

Es como si supiera que él está regresando.

3

FELIX

PARPADEA Y VUELVE EN sí.

La puerta del autobús se abre, y deja que dos ancianas bajen antes de deslizarse dentro, pasa su tarjeta por el lector y se dirige hasta el fondo.

No se quita la capucha, aunque dentro del autobús hace suficiente calor. Aproximadamente un tercio de los asientos está ocupado. Mira por la ventana mientras el vehículo avanza por el centro de la ciudad.

Consulta el mapa en la pantalla que cuelga del techo. Solo ocho paradas. Ha tomado esta línea varias veces, así que sabe exactamente dónde bajarse y cómo llegar desde allí al centro. En menos de media hora verá a su madre… a menos que lo detengan antes.

Sin duda, lo están buscando. Le han entrado dieciséis llamadas perdidas. Algunas de Pia, otras de su padre, incluso dos de su

abuela. Pero la mayoría son de un número privado. Lo que significa, sin duda, que es la policía.

Felix no contestó ninguna. No es tan tonto. De hecho, sacó la tarjeta SIM y la ha estado guardando en el otro bolsillo.

Ahora decide volver a ponerla en el teléfono y encenderlo. Sabe que así podrán rastrearlo, pero necesita ver si su madre le ha respondido.

Le envió un breve mensaje justo después de salir del aeropuerto, explicándole que estaba en Copenhague y que pasaría a hacerle una breve visita más tarde ese mismo día. No le contó nada más. No podía; no por teléfono. Incluso mandarle ese mensaje fue probablemente un error. No está seguro de si son capaces de leer también los mensajes, pero es un riesgo que no debería haber corrido.

Mientras el teléfono se enciende, entran más llamadas perdidas. Y entonces, ve un mensaje de su madre.

Lo siento, hoy no me encuentro con ánimos. Ya he tenido varias visitas. No es no.

Felix relee el mensaje varias veces, sintiendo cómo se le acelera el pulso. Apaga de nuevo el teléfono y extrae la tarjeta SIM.

Tres frases breves. Todas con un significado oculto que solo él podría entender.

Para empezar, su madre nunca ha rechazado una visita suya, jamás ha dicho que «no se siente con ánimos hoy», ni siquiera cuando claramente no los tenía.

En segundo lugar, nunca ha recibido a nadie excepto a Felix. Así que «visitas» es, sin duda, una palabra en clave para referirse a

alguien que ha estado allí sin su consentimiento. Probablemente alguien preguntando por él.

Pero la última frase es la que le confirma que todo el mensaje está codificado. Es una expresión con la que han bromeado cientos de veces. Fue algo que Felix dijo cuando era muy pequeño. Su abuela le había dado una bolsa de caramelos, y su madre le pidió uno. Él le respondió: —No, mamá. No es no— y acto seguido le dio uno.

Así que, aparentemente, no significaba sí.

Todavía hoy, cuando uno de los dos le dice al otro «no es no», ambos se ríen, sabiendo que en realidad significa sí. Se ha convertido en una especie de código entre ellos, y Felix está absolutamente seguro de que su madre lo está usando ahora para decirle: «Sí, ven, por favor».

Ella también sospecha lo mismo: que pueden estar leyendo nuestros mensajes.

Felix siente un escalofrío recorrerle la espalda.

Y entonces se queda helado.

La pantalla del techo llevaba rato mostrando anuncios de rebajas de enero, pero de pronto aparece un rostro que Felix conoce demasiado bien: el suyo propio.

Es su foto escolar más reciente, aquella en la que tres enormes granos decidieron aparecerle en la barbilla, y Pia lo obligó a ponerse ese horrible jersey verde que le regaló por su cumpleaños.

No hay sonido, pero en la parte inferior corre un subtítulo que dice:

DESAPARECIDO: FELIX HAIBERG, 14 AÑOS. VISTO POR ÚLTIMA VEZ CERCA DEL AEROPUERTO DE KASTRUP. SI LO ENCUENTRA,

CONTACTE CON LA POLICÍA LOCAL.

Felix siente cómo su entorno se cierra sobre él, dificultándole la respiración. Ninguno de los otros pasajeros parece prestar demasiada atención a la pantalla, pero él espera que en cualquier momento alguien gire la cabeza y lo mire directamente.

El mensaje se repite tres veces, y luego la pantalla vuelve a los anuncios.

Felix traga con dificultad, parpadea e intenta parecer normal.

De verdad lo están buscando.

No está «desaparecido»… lo están persiguiendo.

Tras unos cuantos anuncios más, su imagen vuelve a aparecer. El pulso de Felix se dispara de inmediato. No puede quedarse en el autobús. Solo es cuestión de que alguien lo mire, lo reconozca, y entonces estará perdido.

Así que levanta la mano y pulsa el botón de STOP.

Aún quedan cuatro paradas, pero tendrá que ir andando. En cuanto el autobús empieza a frenar, Felix se pone en pie. Las rodillas le tiemblan tanto que parece que podrían fallarle en cualquier momento mientras camina hacia la puerta central. La pantalla está justo encima, y cuando Felix se detiene, su rostro vuelve a aparecer.

Está literalmente de pie bajo su propio cartel de búsqueda, aferrando el tubo metálico con una palma sudorosa, mirando por la ventana hacia la calle. El autobús tarda una eternidad en detenerse. Cuando por fin lo hace, Felix no puede evitar mirar de reojo. En el asiento más cercano hay una madre con su hijo pequeño. La mujer está absorta en su teléfono. El niño, con un chupete en la boca, mira a Felix, luego a la pantalla y de nuevo a él.

Felix, instintivamente, se lleva un dedo a los labios y le guiña un ojo.

El niño lo observa un segundo más. Luego coloca un dedo sobre el chupete y le devuelve el guiño.

Las puertas se abren y Felix baja.

No espera a que el autobús arranque; echa a correr de inmediato por la acera, zigzagueando entre los peatones. Está en Roskilde, a pocos kilómetros del centro. Conoce el camino, aunque deba recorrerlo a pie.

Camina con paso rápido, evitando el contacto visual con cualquiera. Pasa frente a una tienda de juguetes, y algo lo hace detenerse. Es una exposición exterior de disfraces para el Carnaval, que se acerca pronto. Felix es demasiado mayor para esa fiesta absurda, por supuesto, y aunque las máscaras de Hulk, los sombreros de pirata y las espadas de ninja de plástico le quedan pequeñas, algo llama su atención. Son juguetes con temática de James Bond: trajes, gafas de sol, Aston Martins, copas de Martini e incluso réplicas bastante realistas de pistolas Walther PPK.

Felix se muerde el labio. Una idea loca se ha formado en su cabeza. O quizá no sea tan loca, considerando la situación en la que está.

Mira dentro de la tienda. Ningún empleado ni cliente lo observa. Coge una de las pistolas falsas, la examina como si estuviera pensando en comprarla y, con disimulo, la desliza en su bolsillo. Hace lo mismo con unas gafas de sol y luego sigue caminando calle abajo, con el corazón martilleándole dentro del pecho.

Tras recorrer unos cien metros, mira hacia atrás. Nadie lo observa. Nadie ha notado su robo impulsivo.

Felix se pone las gafas. Probablemente resulta más llamativo llevarlas en un día nublado como ese, pero al menos nadie lo reconocerá.

Mete la mano en el bolsillo y aprieta la pistola de juguete mientras continúa caminando.

Mentalmente, empieza a ensayar lo que va a decir y hacer cuando llegue.

4

HELENA

—¿ESTÁS SEGURO DE ESTO, papá?

Él mira por el parabrisas hacia el camino de tierra vacío.

—No. No me gusta dejarte aquí sola.

Helena acciona el freno de mano. Tomaron el coche de la mujer no solo porque la palanca de cambios de la camioneta de su padre estaba rota, sino también porque el monovolumen es más grande y cómodo.

—No me refería a eso. Estaré bien. Tengo a Buddy. Y si veo algo, tocaré el claxon —Lo mira con preocupación—. Pero no creo que debas volver a entrar ahí. No tenemos ni idea de qué te espera.

—Lo sé —murmura su padre, mordiéndose el labio—. Pero sea lo que sea, es importante —Saca el arma—. Ya estás familiarizada con esto, ¿verdad?

Helena alza las cejas.

—No diría exactamente eso.

—Pero ya la disparaste. Eso es lo más difícil. Ven, déjame enseñarte cómo funciona…

Le da una breve lección sobre cómo cargarla, sostenerla y apuntar.

—¿Y el seguro? —pregunta ella mientras él le pasa el arma.

—No tiene.

—Ah. Pensé que todas las armas tenían.

—No. Solo asegúrate de no apuntar a nada que no quieras matar y de mantener el dedo fuera del gatillo hasta que vayas a disparar.

Ella asiente.

—Entendido. ¿Y tú? También llevas un arma, ¿verdad?

—Sí —responde él—. No te preocupes por mí. Tú solo mantente atenta. Si Buddy gruñe, es señal de que ha visto algo, y tú, en ese momento, inmediatamente…

—Tocaré el claxon. Sí. Solo vete ya, papá. Pero vuelve pronto, ¿vale?

Él la observa en la oscuridad del coche durante un momento. Luego extiende la mano. Helena espera que vaya a ajustar el asiento o algo así, por lo que se sorprende cuando él le acaricia el pelo. Es la primera vez que la toca de esa manera desde que era muy pequeña. El gesto es torpe, pero también familiar.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice él.

—¿De mí? —responde ella, sonriendo—. Yo no soy la heroína de esta historia, papá. Deberías estar orgulloso de ti.

—¿Podéis dejar de llamarme así? —gruñe él—. Fue muy valiente cómo te defendiste antes de que yo llegara. Creo que, al final, sí te pareces un poco a mí.

Le toca a Helena gruñir.

—¿Estás de broma? Nos parecemos tanto que es irritante. Mamá también lo decía.

Sus ojos se agrandan.

—¿Ah, sí?

—Sí, todo el tiempo. Y creo que por eso… nos costaba tanto estar juntos.

Él se encoge de hombros

—Tiene sentido, supongo.

Está a punto de salir cuando Helena recuerda algo.

—Papá.

—¿Sí?

—La oí, ¿sabes? La voz de mamá. Cuando estaba allí atrás —Se estremece al recordarlo—. Me habló —Guarda silencio, esperando su reacción. Él solo la mira en blanco—. Sé que es una tontería —continúa rápidamente, negando con la cabeza—. Sé que solo es mi imaginación, o un recuerdo de ella, o lo que sea, pero…

—Ella también me habla a mí —dice él con sencillez.

—¿Ella… ella te habla?

—Cada día.

Helena sonríe.

—Me alegra. Es casi como si… siguiera aquí, de algún modo, ¿verdad?

—Sí —Le aprieta la rodilla con su gran mano de seis dedos y luego abre la puerta—. Mantente alerta. Volveré pronto.

Sale, cierra la puerta y echa a correr. En menos de dos segundos, ha desaparecido de su vista.

Buddy gime en el asiento trasero.

—Lo sé, Buddy —le dice Helena—. Yo también desearía que no tuviera que ir.

Toma el arma del salpicadero y la apoya sobre su regazo.

De verdad espera no tener que volver a usarla.

5

FELIX

EL CENTRO SE ENCUENTRA a unos pocos kilómetros de la ciudad —convenientemente lejos de cualquier vecino—, así que Felix tiene que recorrer el último tramo por la autopista. Inclina la cabeza y aparta la vista cada vez que pasa un coche.

Engulle una comida improvisada a base de barritas proteicas y cortezas de cerdo compradas en una gasolinera, que acompaña con una bebida energética. Gastó en ello su último dinero, así que, si continúa huyendo, la próxima vez que necesite comer tendrá que recurrir al delito.

Eso será un problema para más adelante.

Por ahora, enfrenta uno mucho mayor: sacar a su madre del centro de seguridad.

Si no fuera por la valla y la puerta, probablemente parecería un complejo de apartamentos cualquiera, y en verano incluso resulta acogedor, con el parque y el bosque que lo rodean. En esta época

del año, con todo seco y sin hojas, su verdadero propósito resulta más evidente.

Felix se acerca al puesto junto a la entrada y pulsa el botón marcado con la palabra WELCOME, lo que siempre le provoca una mueca de desdén. Como si alguien fuera realmente bienvenido aquí.

Normalmente solo tarda unos diez o veinte segundos en recibir respuesta.

Hoy, Felix espera lo que parecen varios minutos.

De pronto recuerda las gafas de sol y se las quita con brusquedad. Parecer aunque sea mínimamente sospechoso, o dar la impresión de que intenta ocultar su rostro, eliminaría de inmediato cualquier posibilidad de que le permitieran entrar.

Por fin, el altavoz emite un zumbido. Una voz femenina y seca dice:

—¿Hola?

—Eh… Felix Haiberg —responde él, consciente de que el diminuto diodo rojo sobre el objetivo de la cámara se ha encendido, señal de que alguien dentro lo está observando—. Vengo a ver a mi madre, Miriam Haiberg.

La respuesta habitual, la que Felix espera oír, suele ser algo como: «Alguien vendrá a abrirte en seguida.»

Hoy, sin embargo, la pausa se alarga demasiado y, cuando la mujer vuelve a hablar, dice:

—Las horas de visita no comienzan hasta dentro de cuarenta minutos.

Felix mira el objetivo de la cámara y luego consulta su reloj.

—¡Ah! Maldita sea, lo olvidé por completo… lo siento, esperaré aquí fuera.

Le dan ganas de golpearse la frente. Estaba tan concentrado en sus planes y en no parecer sospechoso que olvidó por completo el horario de visitas.

Para su sorpresa, justo cuando se da la vuelta, la mujer añade, con un tono algo menos frío:

—Está bien. Haremos una excepción contigo, Felix.

Suena casi amable. Probablemente porque ya lo conoce, y porque Felix siempre ha sido educado y nunca ha causado problemas.

Aun así, no puede evitar sospechar que quizá haya otro motivo para que la mujer le permita saltarse las normas precisamente hoy.

«¿Me está dejando entrar para que me detengan? ¿Habrá hablado con la policía? ¿Me estaban esperando?»

Antes de que pueda decir nada, la mujer continúa:

—Enviaré a alguien para que te deje pasar.

—Gr-gracias —murmura Felix.

Camina de un lado a otro frente a la puerta. Intenta por todos los medios no parecer nervioso, pero le resulta difícil. Las piernas le hormiguean, como si quisieran obligarlo a salir corriendo.

Felix ha visto tal vez una docena de guardias distintos. Todos, salvo uno, son hombres. Hoy, el que viene a abrirle la puerta es un joven prematuramente calvo, con una nariz grande y redonda. Suele ser amable con él, y por la breve sonrisa que le dedica, hoy no parece ser la excepción.

—Hola, Felix. Hoy vienes temprano.

—Sí, es que… olvidé la hora —dice Felix, riendo con torpeza—. Gracias por dejarme entrar de todos modos.

—Claro, claro. Sabemos que no vienes a sacar a nadie de aquí.

El guardia lo dice con tanta naturalidad que Felix tarda un segundo en asimilarlo. Se sobresalta, pero el guardia no lo nota, ocupado como está manipulando la pantalla al otro lado del puesto. Luego le lanza una sonrisa.

—Estoy bromeando.

Felix suelta una risa demasiado aguda y la corta enseguida.

«¿Quieres dejar de comportarte como un delincuente? Cálmate…»

—Sí, no, si quisiera sacar a alguien, habría traído una excavadora —bromea.

El guardia no parece oírlo, y Felix se alegra; sonó demasiado forzado. El hombre frunce el ceño.

—Hmm. Qué raro.

—¿Pasa algo? —pregunta Felix, con la voz quebrada.

—No, creo que está bien. Solo me indica que hay una nota sobre ti, pero no me deja leerla. Probablemente sea un error. El sistema ha estado un poco inestable últimamente. En fin, necesitaré tu tarjeta de identidad para registrarte.

Felix rebusca en los bolsillos, encuentra la cartera y saca la tarjeta. El guardia la toma a través de las rejas. Se oye un pitido, y la puerta se abre un tercio.

El guardia le hace un gesto con la mano.

—Vamos, Felix. Entremos en calor, ¿eh?

—Sí —responde Felix, fingiendo estremecerse mientras cruza la puerta, aunque en realidad está empapado en sudor bajo la

chaqueta.

El guardia lo acompaña hasta el edificio más cercano. De pronto parece recordar algo, porque se vuelve hacia él.

—Oye, tú eres de Hornstedt, ¿verdad?

—Eh, sí.

—Una locura lo que ha pasado allí hoy. Jesús. Espero que puedan controlarlo.

—Sí, yo también —murmura Felix.

Llegan a la puerta, y el guardia se detiene para mirarlo con más atención.

—¿Cómo saliste de allí? Pensé que habían cerrado toda la ciudad.

Felix traga saliva. Es una de las preguntas para las que se había preparado.

—No estaba allí. He estado en Copenhague estos últimos días. Por el espectáculo de patinaje sobre hielo.

—Ah, claro. Mi hermana también va. Vaya golpe de suerte el tuyo, ¿eh?

—Ya lo creo.

El guardia pasa una tarjeta que lleva en el cinturón y entra por las puertas.

Felix duda un momento y mira atrás. El espacio frente al edificio está vacío. No hay coches sospechosos, ni gente fuera. Nadie esperando para abalanzarse sobre él y esposarlo.

—¿Felix? ¿Pasa algo?

Felix reacciona y fuerza una sonrisa.

—Perdón. Creí oír algo.

Y entra en el edificio.

6

TIM

LA NOCHE ESTÁ TAN silenciosa que, incluso sin su oído sobrehumano, Tim podría oír caer una aguja.

La temperatura ha vuelto a bajar de cero, y la nieve que cubría los árboles ha dejado de gotear para empezar a cristalizarse.

Allá arriba, el cielo se ha despejado parcialmente de nubes, y una media luna proyecta un resplandor azulado sobre todo, creando sombras a su alrededor.

Se mueve tan silenciosamente como puede, aunque no puede hacer nada con el crujido que producen sus pies descalzos sobre la nieve. Percibe de vez en cuando sonidos de animales: una familia de ratones removiéndose bajo tierra, un zorro deslizándose entre los arbustos, un búho que pasa silbando por encima. No hay más ruidos, ni señales de humanos ni de alienígenas.

Si no supiera lo que sabe, pensaría que la roca ya no está allí.

Pero la siente. Cada vez más fuerte a medida que se aproxima.

Y entonces, por fin, la distingue entre los árboles.

Es mucho más visible que la primera vez que la vio. Por un lado, ya no pretende ser una roca. Por otro, vuelve a emitir ese resplandor verdoso.

Tim percibe otra vez esa sensación de presión interna. Es incluso más intensa ahora, y no solo porque él sea más sensible a ella. Los tímpanos se le comprimen, las sienes le laten y el pecho tiene dificultades para expandirse, como si de pronto estuviera a varios metros bajo el agua.

Se detiene y examina el entorno una vez más, registrando cada figura y cada sombra.

No hay nadie escondido. Nadie esperándolo. Nadie, excepto aquello que tiene delante.

Tim se acerca.

El objeto sigue suspendido en el aire, y aún emite calor, porque el área a su alrededor sigue libre de nieve. Además, montones de pequeños brotes verdes se asoman entre la hojarasca, y las ramas de los árboles más cercanos tienen ya yemas, como si fuera primavera.

La cosa se ha reducido quizá a la mitad de su tamaño. O más bien parece haber perdido sus capas externas, el revestimiento que la hacía parecer una roca. Ahora solo queda una esfera perfectamente lisa. Como un enorme rodamiento suspendido en el aire, parece hecha de algún tipo de metal. Se asemeja al mercurio, solo que no es líquido, sino sólido. El metal —o lo que demonios sea— parece vivo, porque su superficie gira lentamente en direcciones aleatorias, aunque el objeto permanece inmóvil. Desde dentro emana ese brillo

verdoso. Como un miniplaneta, la esfera parece tener un núcleo cálido y luminoso.

—Así que nos volvemos a ver —dice Tim, rompiendo el silencio con lo que pretende ser una broma. Casi espera que el objeto le responda, o que reaccione de algún modo a su voz.

No lo hace.

Solo sigue flotando, girando, brillando.

—Voy a tener que tocarte, ¿verdad? —murmura Tim—. No quiero hacerlo, y puedo sentir que tú tampoco quieres que lo haga. Pero así es como funciona esto.

Da un paso dentro del círculo sin nieve, y siente el calor que irradia el objeto. Es como un horno de sauna encendido a baja temperatura. No resulta desagradable.

Mira en el interior del objeto, y es la visión más inquietante que haya tenido nunca. No es exactamente como mirar dentro de una bola de nieve, ni tampoco como asomarse a una ventana. En cambio, tiene la clara sensación de estar viendo otro universo. O quizá otro tiempo. Tal vez incluso una dimensión alternativa. No es un paisaje reconocible, sino un parpadeo de escenarios tridimensionales que se suceden tan rápido que se entrelazan y superponen, imposibles de distinguir. Hay figuras en las imágenes, criaturas de algún tipo. Algunas bípedas y casi humanas; otras, semejantes a animales, insectos, e incluso seres que Tim jamás ha visto y espera no ver nunca.

—¿Estoy mirando a través de algún tipo de portal? —pregunta a la esfera—. ¿O es solo otra capa de camuflaje, algo para disuadirme de tocarte?

No puede saberlo.

Probablemente tampoco importe.

Tim inspira profundamente, extiende la mano y, tal como hizo con la radio del coche, apoya la palma sobre la esfera.

Se siente igual que aquella vez, de niño, cuando por idiota tocó una valla eléctrica creyendo que estaba apagada y no lo estaba… solo que la energía que el objeto le transmite no es electricidad, sino algo mucho más poderoso.

Tim siente los dedos de los pies encogerse mientras queda clavado al suelo, y el corazón se le contrae en un nudo tan fuerte que deja de latir durante varios segundos. La extraña energía invade cada célula de su cuerpo, sacude su propio ADN, lo enciende desde dentro hacia fuera. Es demasiado para que cualquier organismo vivo lo soporte, y hasta el cuerpo medio alienígena de Tim se rinde en una fracción de segundo, y muere en un destello solo para—

7

FELIX

AL ENTRAR EN EL vestíbulo, a Felix casi le da un ataque de pánico.

Todos los miembros del personal parecen estar allí. Normalmente solo hay uno o dos sentados detrás del cristal del mostrador. Pero hoy están todos reunidos, y Felix está seguro de que están allí para arrestarlo.

Sin embargo, ninguno parece prestarle atención. Hablan entre ellos en voz baja. La mayoría sostiene tazas de café; uno incluso se está comiendo un bocadillo. No es precisamente lo que uno esperaría de un equipo de emboscada.

—Reunión del personal —le dice el guardia, poniéndole una mano en el hombro—. Vamos.

Pasan por los detectores de metales. Suenan una vez por el guardia y otra por Felix.

—Llaves, monedas, reloj y teléfono, por favor —dice el guardia con tono mecánico, tomando la bandeja de plástico.

Felix coloca todo lo metálico en el recipiente y vuelve a pasar por el escáner. Esta vez no emite ningún sonido.

—Perfecto, aquí tienes —dice el guardia, devolviéndole las cosas.

Lo conduce hasta el mostrador. La mujer al otro lado lleva unas gafas gruesas. Es la que habló con Felix por el interfono. No sonríe, aunque lo reconoce.

—Identificación, por favor —dice a través del hueco del cristal.

Felix ya tiene su tarjeta de identidad lista y la sostiene en alto. La mujer usa un escáner con cable para leerla. Normalmente es solo una formalidad, pero hoy se detiene y frunce el ceño.

—¿Todo bien? —pregunta el guardia.

—Un segundo, Helmer. Tengo una nota aquí…

—Sí, lo sé. ¿Puedes leer lo que dice?

—No, ese es el problema; está vacía.

—A mí me salió lo mismo —dice el guardia—. Probablemente un fallo.

La mujer no contesta. Coge el teléfono y hace una llamada rápida. Gira ligeramente la silla, como si no quisiera que Felix la oyera, y él finge no escuchar, aunque esfuerza el oído todo lo que puede. Solo capta fragmentos.

«… ¿ves la nota en tu sistema? … Haiberg … pero entonces ¿por qué? … ¿tiene algo que ver con lo de…? … más temprano hoy… no lo sé… probablemente no… sí… bien… gracias.»

Cuelga y mira al guardia.

—Lo están comprobando. Imagino que no será nada. No hagamos esperar al chico; podrían tardar veinte minutos en responder.

—De acuerdo. Vamos, Felix.

Cuando Helmer está a punto de acompañarlo a la habitación de su madre —que Felix podría encontrar perfectamente solo, pero sabe que es el procedimiento—, el guardia se detiene y se da media vuelta.

—Ah, casi lo olvido —Se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero junto a la entrada—. ¿Quieres dejar la tuya?

—No, estoy bien —dice Felix.

—¿Seguro?

—Sí, todavía tengo un poco de frío —Espera que el guardia no note las gotas de sudor que siente en la frente.

—Son las normas —interviene la mujer desde detrás del cristal.

Felix se gira y la ve mirarlo severamente. Ella asiente hacia el perchero.

—Está bien, claro —dice Felix—. No hay problema —Va y se quita la chaqueta.

Por suerte, decidió esconder la pistola de plástico bajo la camiseta. Está metida en la parte delantera del pantalón, y quería mantener la chaqueta puesta para disimularlo mejor. Su sudadera ya es algo holgada por delante, y al meter un poco el abdomen, parece completamente natural. Ni la mujer ni el guardia notan nada.

Felix sabe que no hay escáneres de rayos X para visitantes, y que nunca lo han cacheado ni nada parecido. No sabe si es por su edad o simplemente porque no se molestan.

Caminan entre el grupo de empleados, que ahora empieza a dispersarse en distintas direcciones, aparentemente ya terminada la reunión. La madre de Felix está en el pabellón D, habitación 16. Pasan por dos puertas para llegar hasta allí; ambas requieren tarjeta

para abrirse. Felix lo memoriza: tendrá que conseguir una para poder salir de nuevo si piensa llevarse a su madre con él. El problema es que las tarjetas cuelgan del cinturón de los guardias, y obviamente no puede arrancárselas sin que lo noten.

Llegan a la habitación 16, y el guardia llama dos veces.

—Visita, Miriam. Por favor, sitúate al otro lado de la cama.

Vuelve a pasar su tarjeta, echa un vistazo rápido por la ventanilla de la puerta, luego la abre y hace un gesto a Felix para que entre.

Él lo hace, y ve enseguida a su madre sentada en la cama, al fondo de la habitación.

—¿Cómo estamos hoy, Miriam? —pregunta el guardia, abriendo la puerta del todo y trabándola. Apenas la mira antes de decirle a Felix —: Treinta minutos. La puerta permanece abierta en todo momento. Llámanos si necesitas algo.

—Gracias —murmura Felix, aún sin creerse que haya llegado tan lejos sin que lo arresten.

El guardia se marcha silbando una melodía mientras se aleja por el pasillo.

Felix se acerca a su madre, y ella se levanta de un salto, rodea la cama y lo abraza con fuerza.

—No creí que vendrías —susurra, sujetándolo por los hombros para examinarle la cara—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No, estoy bien, mamá.

Parece un poco más cansada de lo habitual, como si no hubiera dormido bien últimamente, pero por lo demás está igual que siempre. Suele estar algo adormecida, dependiendo de cuándo la

hayan medicado por última vez. Pero hoy sus ojos parecen especialmente vivos.

—Cuéntame qué ha pasado —dice, bajando la voz como siempre hace para que nadie los oiga si pasa por el pasillo.

—¿Lo sabes? —pregunta Felix, sentándose en el borde de la cama.

—Sé parte —responde ella, sentándose también sin apartar los ojos de él—. Dime que no estuviste expuesto a ese virus…

—No, ya te lo dije, estoy bien.

Ella suspira aliviada.

—Gracias a Dios. Perderte a ti también me mataría…

A menos de un minuto de conversación y ya está aludiendo a su supuesto hermano, algo que normalmente disimula mejor. Pero Felix no se sorprende; nota que su madre está especialmente alterada hoy.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —pregunta con insistencia.

Felix lanza una mirada a la puerta abierta y empieza a hablar en voz muy baja.

8

TIM

—SE ENCUENTRA VIVO OTRA vez, pero en otro lugar.

Está en una habitación tan grande que no alcanza a ver sus límites. O tal vez esté al aire libre. No puede saberlo con certeza.

Al mirar hacia abajo, no ve nada salvo un lienzo en blanco. No hay Tim, no hay cuerpo físico. Y, sin embargo, está plenamente consciente.

«Estoy soñando», piensa, aunque enseguida comprende que no es del todo cierto. No es un sueño, no realmente, pero es lo más parecido que su mente puede concebir para explicar la situación.

En realidad, se parece más a una experiencia extracorpórea. La conciencia de Tim fue expulsada de su envoltorio mortal, pero en lugar de flotar por encima de su cuerpo, viajó una distancia incomprensible en un solo latido, atravesando galaxias, tiempos y dimensiones.

Y ahora está aquí —dondequiera que "aquí" sea—, y no está solo.

Hay una especie de negrura a su alrededor, y su visión nocturna parece haberse quedado atrás junto con su cuerpo, así que solo cuando las entidades se acercan desde todas direcciones y emergen de la oscuridad líquida y ondulante puede verlas.

«Ah», se oye decir en su mente. «Vosotros otra vez.»

Son las criaturas de piel verde de su pesadilla. Las que vio justo antes de que la espora lo matara. Siguen ocultas en su mayor parte, pero sus ojos ardientes, de un naranja intenso, lo observan desde todos los ángulos sin mostrar emoción alguna que pueda interpretar.

Los alienígenas se detienen a unos pasos de él, formando un círculo perfecto a su alrededor, y simplemente lo miran.

«Espero que no os moleste que me haya pasado por aquí», les dice Tim mentalmente.

No hay respuesta.

No la necesita. De algún modo, comprende todo. El simple hecho de estar cerca de ellos le proporciona una lucidez que antes no tenía. La información le llega en grandes fragmentos, encajando como piezas de un rompecabezas pesado, y cuanto más completa está la imagen, más evidente resulta todo.

—Así que sois vosotros los que movéis los hilos de esta invasión, ¿eh? —prosigue sin miedo—. La espora es solo vuestra arma. La enviáis primero, dejáis que encuentre a la raza dominante, la infecte, la transforme, que se devoren entre ellos. Y luego, unos meses más tarde, cuando todo se ha asentado, aparecéis tranquilamente. No necesitáis ensuciaros las manos… ¿tenéis manos, verdad?

Los alienígenas siguen observándolo.

—En fin, ya sabéis a qué me refiero —continúa Tim—. Vosotros no sois obreros. Y desde luego, no sois guerreros. Así que habéis creado este asqueroso virus para poder quedaros atrás, mirar desde la distancia, disfrutar del espectáculo y haceros unas pajas entre vosotros… ¿también tenéis eso, o no? Qué pena.

Sigue sin haber respuesta. Pero esta vez sí hay una reacción. Es sutil. Tim siente cómo la energía cambia ligeramente. Obviamente no hablan su idioma, pero de algún modo lo entienden. Probablemente porque Tim no está usando palabras —no tiene boca, ¿cómo podría?—, sino algún tipo de telepatía. Y está claro que el sentido de lo que transmite les llega, y les afecta.

—Sabéis, puede que os sorprenda, pero ya tenemos una palabra para describir a alguien como vosotros. Es cobardes. Y los cobardes no ganan guerras. Les patean el culo.

Mientras habla —o piensa, o transmite, o lo que sea que esté haciendo para comunicar sus pensamientos—, las entidades empiezan a moverse otra vez. Se acercan a él, como si fueran a darle un abrazo colectivo.

Pero Tim sabe que no es esa su intención. No le importa que se acerquen, porque sabe que no pueden hacerle daño en su estado actual. Sea lo que sea de lo que está hecho su ser, es inalcanzable para cualquier organismo vivo, incluso para esas criaturas tan evolucionadas que tiene delante.

—Escuchad, siento deciros esto, pero habéis escogido el planeta equivocado. Si queréis enfrentarnos, adelante. Pero os aseguro que no os lo pondremos fácil. Somos un grupo muy tozudo, y os haremos luchar por cada grano de arena. Así que no esperéis…

De pronto, Tim se da cuenta de que puede sentir algo. Es una sensación física. Lo cual resulta extraño, porque su cuerpo está muy, muy lejos ahora mismo. Pero la sensación está ahí. ¿Dolor?

«Me están matando.»

Sabe que no pueden dañar la parte de él que está frente a ellos, su esencia pura, pero su cuerpo sigue siendo vulnerable. Y aunque lo haya dejado atrás temporalmente, sigue conectado a él, y los alienígenas están usando ese vínculo para herir a su yo terrenal.

—No, no vais a acabar conmigo tan fácilmente —les dice—. Me voy. Y espero, por vuestro bien, que nunca nos encontremos cara a cara.

Entonces, justo cuando ellos terminan de cerrar el círculo y están a punto de apretarlo, Tim concentra toda su atención en su cuerpo, que encuentra en los rincones más remotos de su conciencia, y con un esfuerzo de voluntad tira de su mano con todas sus fuerzas, rompiendo la—

9

FELIX

SU MADRE NO APARTA la vista ni un segundo mientras él habla. Apenas parpadea.

—Y fue entonces cuando llegué aquí —concluye Felix—. Pensé que me arrestarían, estaba seguro de que no me dejarían verte, pero… —Se encoge de hombros.

—Dios… —susurra su madre, mirando por fin hacia otro lado. Se queda observando la ventana unos segundos—. Así que esto es…

—¿Esto qué? —pregunta Felix, frunciendo el ceño. Siente que ya sabe la respuesta.

—Esto es lo que llevaban planeando —dice su madre, bajando aún más la voz—. Así es como van a matarnos.

—Mamá, por favor…

No parece oírlo. Sigue mirando al cristal, los ojos moviéndose de un punto invisible a otro, como si estuviera trazando conexiones entre ellos.

—Tu mensaje —dice él—. Dijiste que ya habías tenido visitas.

Ella vuelve a mirarlo a los ojos. —Sí. Vinieron de la policía. Preguntaron si te había visto últimamente, querían saber si sabía dónde estabas. Les dije que no. Luego se fueron.

—¿Te dijeron algo sobre mí?

—No, nada. Pero miré las noticias, y leí lo del vuelo. Y… mencionaron tu nombre… —Su madre aprieta los labios—. Dijeron que estabas huyendo, que estabas infectado y que debían tratarte con extrema precaución si alguien entraba en contacto contigo —Contiene las lágrimas—. Estaba tan preocupada… Pero también sentí orgullo. Pensé: ese es mi hijo, escapando así.

Felix no puede evitar sonreír tímidamente.

—No fue fácil. Y solo lo hice porque no estaba infectado y no querían creerme. Si me hubieran subido a ese autobús, me habría contagiado seguro…

—Lo sé. Hiciste perfectamente lo que debías. Fue muy inteligente usar el vendaje en la mano —Le toma la muñeca mientras habla, le da la vuelta a la mano y pasa las yemas de los dedos por la palma. Es un gesto que mezcla ternura y revisión, como si lo acariciara y lo examinara a la vez buscando señales de infección. Eso lo incomoda un poco, así que retira la mano con suavidad.

—Mamá, no creo que debas quedarte aquí —dice él—. No me parece seguro. Ese virus, sea lo que sea, no creo que logren contenerlo.

—Por supuesto que no —responde con franqueza—. Y, por supuesto, yo no puedo quedarme.

Felix se sorprende de oírla decirlo tan abiertamente. Aunque su madre siempre ha sostenido su inocencia y nunca ha aceptado del

todo estar encerrada allí, tampoco había hecho nada para escapar… aparte de apelar su caso una y otra vez ante el tribunal. Siempre le negaron el traslado a un centro abierto.

—¿Qué…? —empieza a preguntar Felix, cuando ella se pone en pie de golpe y se dirige hacia la puerta.

Se asoma para echar un vistazo rápido a ambos lados del pasillo. Luego regresa junto a la cama, se inclina sobre él y le susurra al oído:

—Solo tendremos una oportunidad, así que debemos aprovecharla. Esto es lo que vamos a hacer…

10

TIM

—LA CONEXIÓN CON LA esfera.

Tim retrocede tambaleándose, como si alguien acabara de empujarlo con fuerza en el pecho.

Mira la esfera. Parece exactamente igual que un momento antes. Como si no hubiera pasado nada. Pero Tim se siente muy distinto. Tiene una sensación extraña en todo el cuerpo, especialmente en la mano y el brazo.

Al mirar su palma, espera verla quemada o algo por el estilo. Pero la piel está intacta. Sin embargo, se ve más arrugada, como si hubiera estado mucho tiempo bajo el agua. Al girarla, nota que las uñas están algo más gruesas y amarillentas. Los surcos de los nudillos también parecen más marcados.

Parece casi como si…

«¿Cuánto tiempo estuve fuera?»

Consulta el reloj de la otra muñeca y frunce el ceño. Marca que solo han pasado unos minutos.

Tim se frota la sien y nota que la piel está algo más blanda allí, un poco más suelta, de algún modo. De repente se siente mareado. Desorientado. Por un lado, está seguro de que el reloj tiene razón, de que solo estuvo con los alienígenas tres o cuatro minutos como mucho. Pero, por otro, tiene la clara sensación de que ha pasado mucho más tiempo —muchísimo más—.

La extraña sensación en su cuerpo podría confundirse con cansancio. Pero no lo es. Es algo distinto. La forma en que la gravedad parece afectarle un poco más que antes, la leve pérdida de fuerza en los músculos, la agilidad reducida en las articulaciones… Todo le indica que no ha estado allí solo unas horas, sino meses. Tal vez años.

Alejándose de la esfera, saca el teléfono, activa la cámara y se hace una foto. El flash lo ciega durante un instante. Luego gira el teléfono y mira la pantalla, y deja escapar un murmullo bajo:

—Joder…

11

FELIX

ESCUCHA CON CRECIENTE INCREDULIDAD el plan de fuga de su madre mientras ella lo expone con rapidez y precisión, dejando claro que lo ha repasado innumerables veces en su cabeza.

No es tanto la cantidad de detalles lo que sorprende a Felix, sino el simple hecho de que ella haya elaborado un plan así. Se da cuenta, en ese momento, de que su madre es mucho más inteligente de lo que jamás ha dejado ver —incluso para él—, y que probablemente siempre supo, o al menos sospechó, que algún día tendría que escapar.

Cuando ella deja de susurrar, se inclina hacia atrás para mirarlo con atención.

—¿Lo entiendes?

—Sí —murmura él, parpadeando—. Lo entiendo. Pero, mamá…

Ella lo mira, esperando con impaciencia su pregunta. Ni siquiera sabe qué iba a preguntarle.

Prueba con:

—¿Estás segura…? —y luego—: ¿De verdad crees que podemos…? —pero finalmente se decide por—: ¿Estás tomando tu medicación?

—No la he tomado ni anoche ni esta mañana —responde ella con franqueza—. Vamos, el tiempo corre. La puerta —Le hace un gesto con la mano, apremiándolo a moverse.

Felix traga saliva, se levanta y va hacia la puerta. Echa un vistazo al pasillo. No hay nadie a la vista. Le hace una seña rápida a su madre.

Ella se dirige de inmediato al reloj de la pared. Lo descoloca, le da la vuelta y saca del mecanismo algo que parece un destornillador Phillips sin mango. Luego vuelve a colgar el reloj en su sitio y se encamina hacia el baño, que no tiene puerta. Estirando el cuello, Felix la ve arrodillarse y empezar a trabajar en la rejilla del desagüe. Solo le lleva unos treinta segundos aflojar todos los tornillos y levantar la rejilla. Entonces mete la mano en el agujero y saca una bolsa hermética empapada.

La lleva hasta la cama, la rasga y vacía el contenido sobre la almohada. Hay una llave Allen, una jeringuilla aún en su envoltorio, una cuña de madera y un rollo de cinta americana. Pero el objeto principal es una pieza de metal del tamaño de una palma, pesada, redondeada por un extremo y con dos pines gruesos en el otro.

A Felix le cuesta un momento darse cuenta de lo que está viendo: la cabeza de un cortapernos, sin los mangos.

—¿Viene alguien? —pregunta su madre, lanzándole una mirada rápida.

Felix recuerda que se supone que debe vigilar. Mira hacia fuera. Una persona —no un guardia, quizá una enfermera— cruza el

pasillo, pero desaparece en una habitación. Vuelve a mirar a su madre y niega con la cabeza.

—Todo despejado.

—Bien.

Felix agarra la puerta e intenta cerrarla, pero está bloqueada por algún tipo de mecanismo magnético en la pared.

—Oye, mamá, ¿no podemos cerrar la puerta?

—¡No! —le sisea ella—. Sin tarjeta no. Si intentamos forzarla, sonará la alarma.

Felix suelta el pomo.

Su madre levanta la almohada y la coloca en el suelo con movimientos precisos. Luego toma la manta y la extiende al lado de la cama. A continuación agarra el bastidor y levanta la cama entera del suelo.

No es fácil: la cama es metálica y además tiene un motor que permite subirla y bajarla. Su madre suelta un gruñido de esfuerzo, pero logra ponerla de lado, y esta cae sobre la manta con un CLONK amortiguado. Felix no puede evitar sentir admiración. Su madre es delgada, pero claramente mucho más fuerte de lo que aparenta.

El pulso le late con fuerza mientras la observa ponerse a desatornillar una de las patas de la cama con la llave Allen.

«Ya no hay vuelta atrás», se da cuenta. Si alguien pasa por allí, verá la cama, y estarán jodidos los dos. «Probablemente me encierren a mí también.»

Y, como si sus pensamientos lo hubieran invocado, un guardia aparece de repente a solo tres pasos de Felix.

12

HELENA

MASTICA LENTAMENTE LOS ANACARDOS, metiéndose uno tras otro en la boca, mientras con la otra mano sostiene el arma apoyada en la rodilla.

No deja de moverse en el asiento, girando hacia un lado y luego hacia el otro para poder mirar en todas direcciones. Hay algunos puntos ciegos, sobre todo detrás del coche, así que no puede fiarse solo de los retrovisores. Las luces están apagadas, pero el motor sigue en marcha, no solo para poder arrancar y huir en caso de que aparezca un alienígena, sino también para mantener el calor.

Buddy está en la parte trasera, vigilando en silencio.

Es el perro quien lo detecta primero. Deja escapar un solo ladrido bajo, haciendo que Helena dé un salto y casi se atragante. Tose y gira el arma, viendo a Buddy mirando en la dirección por donde se fue su padre.

Sigue su mirada, entrecierra los ojos y, al cabo de unos segundos, distingue la luz del teléfono móvil.

—Es él —susurra, tragando saliva para obligar a su corazón a bajar del cuello—. Es papá.

Buddy parece estar de acuerdo, porque no vuelve a ladrar. Pero sí gime, de una forma extraña. Casi como si sintiera que algo no va bien.

—Está bien, Buddy —lo tranquiliza Helena—. Es él, lo sé. ¿Recuerdas que dijo que usaría la luz del móvil para hacernos saber que era él?

Mientras habla, Buddy sigue gimiendo, como si no terminara de creerlo. La luz se acerca. Helena distingue la silueta de su padre en el resplandor del teléfono, aunque parece algo diferente. No tan alto, los hombros un poco más estrechos y la postura ligeramente encorvada.

«¿Es… es realmente él?»

Por un momento, Helena no está segura, y vuelve a levantar el arma.

Entonces la figura emerge del bosque, y reconoce a su padre de inmediato.

Exhalando un largo suspiro tembloroso, le dice a Buddy:

—¿Ves? Te dije que era él.

Buddy está completamente callado ahora. Observa fijamente a su padre mientras se acerca al lado del copiloto. Él abre la puerta, haciendo que se encienda la luz interior del coche. No entra de inmediato, y Helena supone que está buscando algo. No puede verle la cara por encima del techo.

—¿Helena, cariño?

Su voz suena un poco más profunda de lo que recuerda, algo más ronca también. Como si hubiera estado gritando, o como cuando está agotado.

—¿Sí, papá? —responde ella, sintiendo cómo el corazón vuelve a acelerarse.

—No quiero que te asustes, ¿vale? Todo está bien, te lo prometo. Estoy perfectamente.

Helena se inclina para intentar verle la cara.

—¿Qué… qué pasa, papá?

—Es solo que me veo un poco… distinto.

Helena no sabe qué decir ni qué hacer.

Su padre se inclina y la mira desde fuera.

Y ella apenas logra contener un grito.

El rostro de su padre ya estaba cambiado, pero de algún modo este nuevo aspecto resulta aún más impactante. Sigue pareciéndose a sí mismo. No se ha transformado más ni se ha convertido en otra cosa.

Simplemente ha envejecido veinticinco años.

Buddy ladra unas cuantas veces, luego mete la cabeza entre el asiento y la puerta para alcanzar a su dueño. Él le tiende la mano para que la huela, y tras un par de olfateos y algunos gemidos, Buddy le lame los dedos.

—Me alegra que me reconozcas, chico —dice su padre, mirando a Helena—. ¿Y tú, cariño? ¿Estás bien?

Helena consigue cerrar la boca y asiente.

—¿Seguro que estás bien, papá?

Él entra en el coche, haciendo que este se balancee un poco.

—Me siento bien. Solo me siento… —se encoge de hombros— viejo.

Helena alarga la mano y le toca la barbilla. Su piel, cubierta de arrugas aún más profundas que antes, también es más blanda. La barba está casi completamente blanca, igual que el cabello.

—Dios mío… ¿qué ha pasado?

—Te lo contaré todo —responde él en voz baja, señalando el volante con un gesto—. Pero antes, pongámonos en marcha.

13

FELIX

NO ES EL MISMO guardia que lo dejó entrar al edificio. Este es mayor y más alto. Tiene un bigote gris y patillas a juego.

Aparentemente ha salido de la habitación justo al lado de la de su madre, porque la puerta aún está abierta. El guardia se frota las manos, como si acabara de aplicarse crema. Ve a Felix allí de pie y se detiene.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Eh… sí —responde Felix con voz ronca—. Bien.

Claramente, tanto su aspecto como su tono lo delatan. Por el rabillo del ojo, ve a su madre quedarse inmóvil junto a la cama. El guardia está a punto de acercarse, pero Felix se adelanta.

—He dicho que estamos bien —dice, y la voz le vuelve a quebrarse —. Todo está bien aquí.

—No se le permite bloquear la entrada —responde el guardia, frunciendo el ceño—. Muévase, o tendré que…

—Está bien, Felix —dice su madre, poniéndose en pie—. Déjalo pasar.

Felix retrocede tambaleándose, y el guardia entra en la habitación. Inmediatamente ve la cama, y sus ojos se abren de par en par. Entonces su madre se le lanza encima con la pata de la cama que acaba de desmontar, golpeando hacia su cabeza.

El guardia reacciona por instinto, logrando apenas interponer el brazo ante el golpe metálico. El impacto es lo bastante fuerte como para que grite de dolor y se agarre el codo.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué coño…?

La madre lanza otro golpe, pero esta vez el guardia está preparado. Retrocede, y la pata de cama pasa a pocos centímetros de su cara. Antes de que su madre pueda reaccionar, él se lanza hacia adelante y realiza algún tipo de movimiento de judo, barriéndole las piernas. Incluso con un brazo lesionado, tarda apenas dos segundos en derribarla. Le tuerce el brazo en un ángulo doloroso y le apoya la rodilla en el cuello.

Su madre emite un jadeo ronco, incapaz de defenderse.

—Puta loca —gruñe el guardia—. Me has roto el maldito brazo. Te aseguro que…

—¡Suéltala!

Felix se sorprende al darse cuenta de que la orden ha salido de su propia boca.

Se encuentra de pie, con la pistola de juguete en las manos, apuntando al guardia.

—Suéltala ahora —exige, con una voz sorprendentemente firme—. Una palabra más y disparo.

El guardia lo mira con incredulidad, alternando la vista entre Felix y el arma. Felix estira una mano, sin apartar la mirada del guardia, y tantea hasta encontrar el interruptor. Lo acciona, y la luz del cuarto se apaga, dejando la habitación en penumbra y espera así que el arma sea más difícil de distinguir.

—He dicho que te apartes de ella —le sisea, dando un paso adelante—. Hablo en serio. Dispararé.

Durante un momento, Felix no sabe si el guardia creerá su farol o no.

Entonces, este suelta a la madre y levanta las manos.

Ella se pone de pie de inmediato. Lo primero que hace es arrancarle la tarjeta del cinturón, junto con otro pequeño dispositivo que Felix no había notado: parece una alarma. Tropieza hacia la puerta, pasa la tarjeta por el lector y la cierra. Luego da la vuelta a la cama. Felix cree por un instante que va a continuar con el plan como si nada, pero la ve coger la jeringuilla.

—¿Cómo demonios has metido un arma aquí? —pregunta el guardia entre dientes.

—Eso no te incumbe —responde Felix, con la voz empezando a temblarle otra vez.

Su madre vuelve al otro lado de la cama, arrancando con los dientes el envoltorio de la jeringuilla.

—Irás a prisión por esto —le dice el guardia—. Durante mucho, mucho tiempo. Espero que lo sepas.

—Hay cosas peores que la prisión —le responde su madre, clavándole la aguja en el lateral del cuello.

Él se estremece, pero antes de poder hacer nada, ella ya ha vaciado la jeringuilla y retirado la aguja.

El guardia se frota la piel y lanza una mirada fulminante a Felix.

—Si aprietas ese gatillo, se acabó tu vida, chaval.

—Cállate —le dice la madre, agarrando el rollo de cinta americana.

Felix ha empezado a temblar violentamente. La pistola pesa menos que su teléfono, pero se siente como si cargara una piedra. Parpadea para quitarse una gota de sudor del ojo.

—No me vas a disparar —dice el guardia, negando con la cabeza —. Claro que no lo harás.

Gira la cabeza hacia la puerta y aspira aire.

—¡No, no lo hagas! —dice Felix, dándose cuenta de que está a punto de pedir ayuda—. ¡Ni una palabra o…!

—Tenemos un código remmfff—

El guardia queda en silencio cuando ella le coloca una tira de cinta sobre la boca. Luego le envuelve toda la cabeza con el rollo, ahogando sus palabras. El guardia empieza a forcejear con ella.

—Ayúdame, Felix —le sisea su madre, abandonando la cinta y tratando de inmovilizarlo.

Felix deja caer la pistola de juguete y se lanza al forcejeo. Nunca ha estado en una pelea, así que no tiene idea de qué hacer. Solo agarra el brazo del guardia e intenta presionarlo contra el suelo. Sorprendentemente, lo consigue. El guardia parece muy débil y apenas logra resistirse, hasta que finalmente se desploma por completo y queda inmóvil.

Felix se da cuenta de que la inyección que su madre le puso ha hecho efecto.

—¿Morirá? —pregunta, soltando al hombre con una punzada de culpa en el estómago.

Su madre ya ha vuelto a coger el rollo de cinta y ahora empieza a atarle las muñecas.

—No —responde, casi sin aliento—. Solo está probando su propia medicina, literalmente —Le lanza a Felix una mirada intensa, casi salvaje—. Ha sido muy listo lo que hiciste. No es un arma real, ¿verdad?

Felix niega con la cabeza.

—Ya lo imaginaba. Una pena —Muerde la cinta para cortarla y señala la puerta—. Ahora, la puerta. Escucha. Si oyes algo, avísame.

14

TIM

—CREO QUE HE CONSEGUIDO llegar hasta ellos.

Su voz rompe el largo silencio en el coche. Desde que salieron de Hornstedt, ha notado cómo Helena lo mira de reojo de vez en cuando, claramente preocupada por su nuevo aspecto físico.

A Tim le ronda otra cosa por la cabeza. No deja de repasar el breve encuentro que tuvo con los invasores.

—¿Llegar hasta ellos, cómo? —pregunta Helena, apretando suavemente el volante—. ¿Crees que terminaran con esto?

—Nah, eso sería pedir demasiado. Pero al menos ahora nos temen un poco más.

La autopista está prácticamente vacía. Él indicó a Helena que tomara esa en lugar de la autovía o cualquier otra carretera más grande. Cuando ella le preguntó adónde iban, lo único que pudo decir fue: «Hacia el sur, por ahora».

Ella guarda silencio un momento y luego dice:

—¿Y eso es bueno? ¿Que nos tengan miedo? ¿No hará que vengan con más fuerza todavía?

Tim se encoge de hombros.

—Puede. Pero sigue siendo mejor que crean que pueden pasarnos por encima sin más.

—¿Por qué?

Él le dedica una sonrisa cansada.

—Estrategia básica, cariño. Nunca dejes que el enemigo sepa lo que pasa. Si estás en posición débil, aparenta fuerza, y viceversa. ¿No os enseñan a Sun Tzu en la universidad?

Ella gruñe.

—No, papá. Estudio psicología, no tácticas militares —Hace una pausa y se corrige—: Estudiaba. En pasado.

—Bueno, en mi formación era temario estándar —continúa Tim—. Y sirve para todos los ámbitos de la vida.

—Es una visión bastante militarista del mundo —observa Helena—. Ver a todo el que te cruzas como un enemigo al que hay que superar o derrotar o lo que sea.

Él vuelve a encogerse de hombros.

—Lo siento, pero esa es la realidad, cariño. Comer o ser comido.

—Eso son los animales —objeta ella—. Nosotros somos mejores que eso.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Ya sé que evolucionamos de ellos y que una parte del cerebro sigue funcionando a ese nivel primitivo —supervivencia, miedo y agresión, todo eso—. Pero también tenemos partes mucho

más avanzadas e inteligentes, y deberíamos procurar que sean esas las que tomen las decisiones.

Él la mira con las cejas alzadas.

—Lo haces sonar fácil.

—No, no digo que sea fácil —Ajusta el retrovisor mientras habla—. Solo digo que, si no intentamos al menos elevarnos por encima de los impulsos primarios, ¿entonces qué sentido tiene?

Él mira por el parabrisas unos instantes, pensativo.

—Supongo que es cuestión de perspectiva. Aún eres joven.

—¿Ingenua?

—Solo me alegra que no hayas visto las cosas que yo he visto.

Ella emite ese pequeño gruñido de fastidio que él conoce tan bien. El que significa «no lo entiendes y me rindo de intentar explicártelo».

Antes de que Tim se dé cuenta de lo que está diciendo, empieza a hablar:

—Una vez estuve destinado en un pueblo, cerca de la frontera siria. Era una época relativamente tranquila, con pocos combates. Había un crío iraquí. Un chico. No tendría más de nueve o diez años. Merodeaba por nuestro puesto de control. Iba descalzo y asumimos que era un sintecho, quizá huérfano. Parecía inofensivo, quizá solo curioso. Le ofrecíamos comida y agua, pero siempre salía corriendo.

Tim hace una pausa para humedecerse los labios. Nota que Helena lo observa de cerca por el rabillo del ojo. Oye su respiración corta.

—Un día se nos acercó. Estaba angustiado. Llorando, balbuceando. Señalaba desesperado hacia un callejón. Nuestro traductor nos dijo que el chico decía que su hermana había quedado atrapada bajo

unos escombros por un muro derrumbado. Dudamos, sin saber qué hacer. Los edificios estaban en pésimo estado, sobre todo tras los combates. Así que era muy probable que dijera la verdad, y no paraba de suplicar, así que al final decidimos seguirlo.

Se detiene un momento, reconsiderando si de verdad quiere contar lo que viene después. Nunca se lo ha contado a nadie, ni siquiera al psicólogo que le asignaron cuando volvió, ni siquiera a Anya. Y, en verdad, Helena es la última persona del mundo a la que quiere cargar con la porquería que lo persigue. Pero por alguna razón siente que es importante que lo sepa. Quizá sea la opinión irrealmente optimista que ella aún tiene de los seres humanos lo que lo ha provocado. Prosigue.

—Nos llevó a un edificio abandonado. Entró él primero y, en el momento en que lo perdimos de vista, dejó de llorar. Me pareció extraño, y me detuve un latido o dos. Probablemente eso me salvó la vida. Miré por una ventana y lo vi trepando por un boquete al otro lado. Lanzó una mirada hacia atrás y nuestras miradas se cruzaron. Luego desapareció. Lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo. Sin oír, polvo por todas partes, dolor en el cráneo y en el codo. La mayor parte del edificio había desaparecido.

Vuelve la cabeza para mirar a Helena.

Los ojos de su hija están enormes en la oscuridad del coche.

—¿Era una bomba?

—Sí. Mató a tres de los nuestros. Los demás salimos con heridas y contusiones. Y con una lección brutal de no confiar jamás en quien no conoces.

Su hija frunce el ceño.

—Pero… ¿no era el chico solo un cebo? Puede que ni supiera lo que iba a pasar.

—Oh, lo sabía —dice Tim, apretando los dientes—. Fue una trampa de manual. Tendríamos que haberlo visto venir. Estaba cuidadosamente planificada. Alguien estaba cerca, observando, esperando, listo para pulsar el detonador remoto en cuanto el chico saliera del edificio.

—¿Y la hermana? —pregunta Helena.

—Rebuscamos entre los escombros. No había ninguna niña.

—Pero… quizá el chico era inocente —insiste Helena—. Quizá lo obligaron.

Tim se pasa la lengua por los labios.

—¿Sabes? La imagen que aún me atormenta de aquella tarde no es el polvo ni los cascotes. Ni siquiera los compañeros que volaron en pedazos delante de mí. Es la cara del chico justo antes. Nunca olvidaré esa mirada vacía que me lanzó. Créeme, lo sabía.

Helena traga.

—¿Llegasteis… a encontrarlo?

—No lo volví a ver.

—Jesús —murmura Helena, negando con la cabeza—. Lo que la gente es capaz de hacer… es de locos.

—Es supervivencia —dice Tim sin rodeos—. Puede que al chico no le gustara hacerlo, pero estaba convencido de que hacía lo necesario. Nosotros éramos el enemigo. Nuestra presencia allí, según ellos, amenazaba su propia existencia. Y contraatacaron como podían. Como un perro acorralado que no tiene otra salida que morder.

Helena se pasa una mano por el pelo.

—Sigo pensando que los que le lavaron el cerebro… esos son los verdaderos monstruos. No el niño.

—Claro. ¿Y quién les lavó el cerebro a ellos? También fueron niños una vez. Todos lo somos, hasta que dejamos de serlo.

Esta vez el silencio es aún más largo.

Helena carraspea.

—En fin, estábamos hablando de alienígenas.

—Sí. ¿Ves por qué es una ventaja que nos teman?

—No, sigo sin entenderlo. Como dijiste con lo del perro, el miedo lo haría agresivo.

—Sí, pero el miedo también te hace cometer errores. Mi instinto me dice que funcionan de un modo muy parecido al nuestro: están muy evolucionados, pero siguen siendo proclives a actuar por impulso. Y si no me equivoco en mi corazonada, sé cómo podemos vencerlos.

Ella lo mira de nuevo. Esta vez, su expresión es esperanzada.

—¿Cómo?

—Pues como te digo: no son infalibles. Les gusta verse así, pero se equivocan de vez en cuando. Y se equivocaron cuando enviaron la espora a la Tierra.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

Tim se frota la cara, notando otra vez lo blanda y arrugada que tiene la piel. Ordena sus ideas un instante y luego lo expone todo, todo lo que aprendió al enfrentarse a los alienígenas.

—Mira, la otra especie —los come-carne— son como perros de ataque. Y los amos —llamémoslos así— están vinculados a sus

perros de ataque de algún modo. Creo que incluso pueden controlarlos hasta cierto punto. Al menos, se supone que deberían. Pero con los humanos parece difícil. Alan fue un ejemplo perfecto. Hasta el final, luchó. Sí, infectó y mató a gente, pero también intentó advertirnos de lo que le pasaba. Incluso cuando su cuerpo estaba completamente transformado, quedaba una parte del espíritu de Alan que peleaba de nuestro lado. Su mujer lo sacó a la luz —Tim niega con la cabeza—. En fin, no creo que supieran lo resistentes que somos. Lo lejos que estamos dispuestos a llegar para proteger nuestro modo de vida. Esperaban encontrar una especie mucho más primitiva. Es lo que suelen encontrar.

—Tendría sentido —concede Helena—. Imagina que buscas vida en el espacio y das con otro planeta con seres vivos. ¿Qué probabilidades hay de que sea una especie muy evolucionada?

—Exacto. Toma la Tierra sin ir más lejos. Si hubieran pasado hace solo cien mil años, lo más complicado con lo que se habrían topado habrían sido mamuts y gente de la Edad de Piedra. Habría sido un paseo. La espora habría infectado a unos cuantos de esos primitivos, y los pobres que quedaran no habrían tenido manera de defenderse de los come-carne emergentes. En cuestión de meses, el planeta habría quedado prácticamente vacío. No creo que conocieran el alcance de nuestra tecnología o de nuestras armas. O, si lo conocían, no creyeron que pudiéramos emplearlas a tiempo contra los perros de ataque.

Helena lo piensa un rato y luego dice:

—Entonces la roca. ¿Fue pura casualidad que cayera aquí en nuestro planeta?

—Eso creía —responde Tim, hablando ya más despacio—. Hasta que vi…

—¿Qué viste? —lo apremia Helena al verlo quedarse en silencio.

Tim frunce el ceño, tratando de recuperar el recuerdo. Es extrañamente más tenue que el resto. Como si fuera más difícil de aferrar que lo demás que experimentó durante el encuentro.

—Había un chaval allí. Un chico. Ya lo había visto antes.

—¿Un chico humano? ¿Con los alienígenas?

—Sí. Me cuesta recordarlo… es casi como si algo en mi cabeza intentara borrarlo. Pero estaba allí.

—No querían que supieras de él —deduce Helena—. Eso significa que debe de ser importante.

—Correcto, cariño —Tim ve el rostro del chico con el ojo de la mente. Ya empieza a volverse borroso—. Me temo que me olvidaré de él en cuestión de minutos. Si al menos dibujara tan bien como tú…

—Descríbemelo —le urge Helena—. ¿Qué edad tenía?

—Unos años menos que tú. Catorce, quizá. Piel clara, rubio. Un típico escandinavo.

—¿Y lo has visto antes? ¿Alguien que conozcas?

—Sí, creo que sí —murmura Tim, mirando hacia la oscuridad, viendo campos y árboles con una nitidez diurna—. O, al menos… al menos lo he visto antes. Tenía los ojos grandes y azules como el cielo. Como si intentaran decirme algo. Y tenía… una muesca en la ceja —Tim se toca la ceja derecha—. Le daba un aire de estar frunciendo el ceño o algo así. Creo que…

Lo interrumpe un frenazo de Helena y un volantazo hacia el arcén. Buddy casi rueda del asiento y deja escapar un quejido.

—Eh, cariño —dice Tim—. ¿Qué pasa?

Helena detiene el coche, tira del freno de mano y saca a tientas el móvil. Respira deprisa ahora, pero no dice nada. Tim supone que va a llamar a alguien, pero entonces se queda congelada, mirando la pantalla.

—¿Qué ocurre? —pregunta Tim, inclinándose para ver el teléfono.

Helena se lo muestra con una sonrisa nerviosa.

—Es él, ¿verdad?

Es un artículo de noticias o algo parecido. La imagen es una foto de carné de un chico: Tim lo reconoce al instante.

—Sí —dice despacio—. Es él, sin duda. ¿Cómo lo sabías?

—La policía lo está buscando —dice ella, deslizando el dedo y leyendo en voz alta—: «Menor desaparecido: Felix Haiberg, 14 años, visto por última vez cerca del aeropuerto de Kastrup. Las autoridades solicitan información sobre su paradero en relación con una investigación en curso. Si lo ve, no se acerque: contacte inmediatamente con las fuerzas del orden».

—El aeropuerto —dice Tim—. Sí, exacto. Ahí fue donde lo vi por primera vez. Iba en el avión.

—Pero dijiste que lo tenían los alienígenas.

—Sí, pero… se veía distinto. Era él, sin duda. Esa muesca en la ceja, inconfundible. Pero llevaba el pelo más largo, estaba un poco más rellenito y… con un aspecto más suave, de algún modo.

Helena guarda el móvil mientras lo mira.

—¿Era mayor?

—No.

—¿Más joven?

—No. Ya sé por dónde vas. Pero no era él de otro tiempo. Tenía la misma edad que en la foto que me acabas de enseñar.

—¿Podría haber sido… una versión alternativa de él, entonces? —pregunta Helena.

Tim se muerde el labio inferior.

—No lo sé. Pero sí sé que es importante. Y tenemos que ir a buscarlo —Mira a su hija, alzando las cejas—. Ahora.

El rostro que lo mira desde la pantalla también es distinto.

Es Tim, sí.

Pero una versión mucho más vieja de él.

Es prácticamente como imagina que se vería su padre si aún viviera.

—Ya no tengo 43 —le dice Tim al bosque—. Más bien 73.

15

FELIX

A SU MADRE LE lleva menos de dos minutos montar las cizallas.

Para Felix, se siente como una eternidad. Está junto a la puerta, con la oreja izquierda pegada a ella para escuchar ruidos del pasillo. En dos ocasiones oye pasos.

Una vez a un ritmo relajado, otra con prisa.

Ninguno se detiene.

También escucha a alguien gritar con voz aguda, y casi le da un infarto. Pero no parece tener nada que ver con ellos, y medio minuto después los gritos cesan y no ocurre nada más.

Mientras escucha, observa también a su madre trabajar con una velocidad y determinación impresionantes.

Desenrosca por completo dos de las patas de la cama y las acopla a la cabeza de las cizallas. No encajan del todo, pero usa los tornillos para fijarlas. Prueba la herramienta: abre y cierra perfectamente. Su madre lanza una breve mirada a la ventana, y solo entonces Felix se da cuenta de que esa es su vía de escape.

Hasta ese momento, estúpidamente había supuesto que su madre planeaba abrirse paso a la fuerza por la puerta, y no entendía para qué servían las cizallas. La rejilla que cubre la ventana está hecha de barras metálicas blancas de medio centímetro de grosor, incrustadas en la pared de ladrillo. Parece muy resistente, pero probablemente no más que un buen par de cizallas.

En lugar de dirigirse a la ventana, sin embargo, su madre deja la herramienta y corre al armario del rincón.

Abre la puerta y revela estantes llenos de ropa. Saca una bolsa de deporte del fondo, y por un momento Felix teme que vaya a empezar a llenarla, pero al parecer ya lo había hecho antes, porque simplemente la lanza hacia la ventana.

Luego, en vez de cerrar la puerta otra vez, alza la mano y empieza a pelar una esquina con las uñas.

—¿Qué haces, mamá? —susurra Felix.

—Una última cosa —murmura ella.

Felix está a punto de decir algo más cuando oye otro par de pasos acercarse, acompañados de un silbido que reconoce.

—Creo que viene alguien —sisea.

Y, dos segundos después, se oye la voz del guardia calvo:

—Eh, ¿quién cerró esta puerta?

—Maldición, lo olvidé —dice mamá, saltando hacia la cama. Coge la cuña y se la lanza a Felix—. ¡Atranca la puerta!

Felix atrapa la cuña torpemente, casi se le cae. Oye el pitido del cierre electrónico. Arrodillándose, empuja el extremo puntiagudo de la cuña bajo la puerta justo cuando esta empieza a abrirse. La fuerza

contraria ayuda a encajarla mejor, y la puerta se detiene, dejando solo una rendija de unos cinco centímetros.

—¿Pero qué…? ¡Eh, no podéis bloquear la puerta! ¡Miriam! ¡Abre esta puerta ahora mismo o daré la alarma!

Felix se pone en pie y retrocede con el corazón en la garganta. Ve los dedos del guardia colarse por la rendija e intentar forzar la puerta, pero la cuña aguanta.

—¡Miriam! ¡Última advertencia!

Felix mira a su madre, que ha vuelto a rascar la parte interior de la puerta del armario. Quiere gritarle que se dé prisa con las cizallas, pero sabe que, sea lo que sea que esté haciendo, debe de ser importante para su plan, y como él ya no sirve de nada junto a la puerta, bien puede encargarse de cortar las barras.

Rodea la cama, agarra las cizallas y se dirige a la ventana.

El guardia sigue tirando de la puerta y repitiendo el nombre de la madre, pero de pronto se detiene. Hay un instante de silencio y, acto seguido, empieza a sonar la alarma.

Felix levanta las cizallas —que son mucho más pesadas de lo que parecen— e intenta cortar una de las barras inferiores. Se esfuerza y empuja con todas sus fuerzas. Las hojas se van cerrando lentamente hasta que, por fin, la barra se parte, haciéndolo tambalear. Mira la barra cortada y cuenta las que quedan: doce. Y hay que cortarlas por arriba y por abajo.

«No lo conseguiremos», se da cuenta con un nudo en el estómago, mientras oye varias voces gritando y pasos corriendo sobre el estruendo de la alarma.

16

MARTIN

—¿VIEJO? EH, ¿VIEJO? NECESITO que te despiertes.

Se inclina y empuja suavemente el brazo del anciano. Sus grandes manos están cruzadas sobre el pecho, como si ya estuviera posando en un ataúd abierto.

—No me vengas ahora con hacerte el muerto —gruñe Martin, dándole un empujón más fuerte—. No vas a librarte tan fácil.

Su padre masculla algo, chasquea los labios y sigue durmiendo.

Martin suspira. El sanitario le dijo que levantara a su padre de la cama y lo vistiera hace unos veinte minutos, y ni siquiera ha conseguido despertarlo. La idea de que Martin vista a su padre no solo es embarazosa, también es absurda. Sabe que el viejo es demasiado orgulloso como para dejar que cualquiera que no sean las enfermeras lo toque.

Un paciente con cáncer terminal, a días de morir, siendo vestido por alguien con distrofia muscular… eso sí que es una receta para que alguien se caiga y se rompa algo.

En defensa del sanitario, probablemente no se le notaba a Martin; estaba de pie cuando el tipo entró apresurado, y la silla de ruedas podría haber sido para el padre de Martin. Sí, Martin está delgado, pero cuando está erguido y no apoyado en nada, casi parece alguien con una función muscular normal.

Además, lo que le falta de fuerza y movilidad corporal, a Martin le gusta pensar que lo ha desarrollado en vitalidad espiritual. Sus amigos suelen decirle que tiene buen aspecto. Que sus ojos están vivos. Que parece disfrutar de la vida.

Y lo hace, en general. Tras conseguir por fin una pensión completa del Estado hace cinco años, Martin se centra únicamente en sus cuadros, que no es ni tan agotador como intentar mantener un «trabajo adaptado razonable» —por más que no hubiera nada razonable en pasar el día en una silla especial, hablando por teléfono con clientes enfadados sobre la reparación de muebles de oficina—. Aquello le resultaba mucho más demoledor para el alma que la distrofia.

Oye gente pasar a toda prisa por el pasillo. Sillas y sillas de ruedas rodando. Sanitarios coordinando la evacuación.

Martin se alegra —y, francamente, se sorprende un poco— de que se estén tomando la molestia de evacuar un hospicio.

—No digo que no os merezcáis que os salven —murmura a su padre—. Solo digo que, no sé, ¿no habrá, yo qué sé, guarderías y esas cosas de las que quieran encargarse primero?

Quizá sea porque el hospicio está más cerca del lugar donde el tipo voló por los aires —la zona de la explosión, lo llaman en las redes—, o quizá porque ya han vaciado todos los demás centros.

Sea como sea, Martin tiene que admitir a regañadientes que, por una vez, las autoridades están haciendo su trabajo.

Hay un movimiento en la ventana. La habitación está en la primera planta y tienen buenas vistas a un césped con un lago helado por donde los residentes pueden pasear —los que aún son capaces de levantarse de la cama, claro—. Al otro lado, tras unos árboles, está la autopista. Como los árboles no tienen hojas, Martin puede ver a través de ellos y distinguir los faros de los coches pasando, todos en la misma dirección. Gente que abandona la ciudad.

—Vale, viejo, de verdad tienes que despertarte ya. O se irán sin ti. Vamos, grandullón.

Le aprieta el hombro y le da unas palmadas en la mejilla. Su padre por fin abre los ojos.

—¿Eh? ¿Martin?

—Sí, soy yo.

Él se aclara la garganta.

—¿Cuánto… cuánto he estado fuera esta vez?

—Oh, solo unos días.

—Ajá. He soñado que estaba muerto.

—No tienes tanta suerte. Aún no. Y la cosa va a peor. Tenemos que sacarte de aquí.

Los ojos de su padre, amarillos e inyectados en sangre, se agrandan.

—¿Qué? ¿Me han curado?

—No, viejo loco —Martin no puede evitar soltar una risita—. ¿Te crees que han curado un cáncer de hígado en estadio cinco, inoperable, mientras dormías?

Su padre vuelve a apoyar la cabeza con un suspiro.

—Gracias a Cristo. Ya sabía yo que estabas de broma.

—No lo estoy. De verdad tenemos que sacarte de aquí.

Su padre frunce el ceño, mostrando unos dientes grises en una mueca poco favorecedora.

—¿Por qué? ¿Adónde voy?

—A otro sitio. No lo sé. Solo nos han dicho que nos preparemos para salir.

—Pero… no entiendo.

Martin ha seguido las noticias sobre el virus Nigrum —no tenía nada mejor que hacer— y se lo ha contado a su padre más de una vez, pero los fármacos y la enfermedad impiden que las cosas le calen al viejo. Decide darle un resumen rápido.

—Mira, hay un virus en la ciudad. Temen que se convierta en otra pandemia.

—Oh, que me aspen —gruñe su padre—. ¿Otra vez esa mierda del COVID?

—No, esta vez es mucho peor. Por eso están de los nervios y evacuando a gente que básicamente ya está muerta, supongo. Sin ofender.

Su padre parece no oírlo.

—Entonces, ¿quién la ha cagado esta vez? ¿Los chinos otra vez?

—En realidad dicen que viene del espacio.

El viejo alza las cejas hirsutas.

—Estás de broma, ¿no?

—No.

—Eso es una artimaña —escarnece su padre—. Te apuesto a que son los rusos. Se les da bien tapar sus crímenes. Inventarse historias para no afrontar…

La puerta se abre de un golpe. Un sanitario con un traje presurizado —podría ser el de antes, o podría ser otro de estatura parecida— los mira fijamente.

—¿Aún no estáis listos? ¡Venga, nos vamos!

—No es tan fácil como parece —empieza Martin, pero el sanitario no escucha.

El tumulto arrecia en el pasillo, con gente que corre hacia la escalera y los ascensores. Una mujer que avanza tambaleándose con un andador casi cae cuando empujan una cama a su lado, y el sanitario tiene que sujetarla. Mira a Martin una última vez y grita:

—¡Saca a tu padre de aquí, ya!

Y desaparece.

—Jesús —murmura Martin, empezando por primera vez a ponerse nervioso—. Creo que va en serio, viejo. Será mejor que…

Lo interrumpe un grito desde el fondo del pasillo.

Alguien chilla algo de «¡echad atrás!» y otra voz grita: «¡Están en la escalera! ¡Cerrad las puertas! ¡Cerrad de una maldita vez las puertas!»

Martin se acerca a la puerta tan deprisa como puede. Se asoma y ve a dos soldados y a un sanitario empujando contra las puertas de la escalera. Parece que intentan contener a un toro enfurecido. Pero cuando las puertas ceden, Martin distingue, asombrado, a una adolescente —o, más bien, lo que solía ser una adolescente—. Pelo castaño rojizo, alta y delgada, la pobre chica podría haber sido mona

hace unas horas, pero ahora es un espectáculo espantoso. Su top corto —Martin no comprende por qué llevan esas cosas en pleno invierno— deja ver un vientre perfectamente plano con un piercing en el ombligo aún colgando. La piel, que probablemente ayer estaba morena, ahora luce de un negro brillante y con aspecto de cuero. Su figura es aún más torpe que la de una chica normal, con brazos y piernas demasiado largos, hombros marcados y huesudos. La mandíbula es demasiado grande y tallada para una chica de su edad, o para cualquier humano, en realidad; se parece más a la de un dragón de Komodo.

Los hombres que la contienen se dan cuenta de que la batalla está perdida, pero uno de ellos no se aparta y queda atrapado detrás de la puerta. Otro tropieza y cae, llevándose por delante a un pobre hombre en silla de ruedas que intentaba dar la vuelta para huir. El último soldado salta atrás y agarra el arma colgada de su bandolera. Dispara incluso antes de apuntar bien, de modo que la ráfaga sube desde el suelo hasta el techo, y alcanza a la chica al menos dos veces. Martin la ve sacudirse y quedarse un instante paralizada en el hueco de la puerta, y no puede evitar un chispazo de euforia. «Eso es: dispárale. Otra vez.»

El soldado vuelve a dispararle. O al menos lo intenta. Pero la chica se recupera tan rápido que, aunque ahora él apunta mejor, parece fallar igualmente. Ella se lanza hacia un lado, alcanza la pared y, aprovechando el impulso, se abalanza directamente sobre el soldado, placándolo mientras el arma sigue disparando.

Martin la ve abrir una boca que realmente le recuerda a la de un dragón de Komodo —solo que con dientes más grandes— antes de

hincarla en la garganta del hombre. Él suelta un grito ronco mientras ella lo sacude y lo derriba.

El otro soldado sale de detrás de la puerta dispuesto a ayudar a su compañero, pero la escena parece hacerle cambiar de idea en el acto. Martin ya no puede ver ni a la chica ni al soldado al que está atacando, pero distingue un chorro de sangre que se eleva casi hasta el techo y, incluso por encima de los gritos y del estrépito de la gente que huye despavorida, alcanza a oír el estertor agónico del hombre.

En lugar de intervenir, el segundo soldado sale corriendo escaleras abajo. Luego cambia de idea de inmediato, y Martin entiende por qué: un tipo grande, algo mayor que la chica y aún más transformado, sube los peldaños de un salto en ese mismo instante.

Martin no ve más.

Se retira, cierra la puerta de un portazo y tantea buscando un cerrojo.

Entonces, al mirar hacia abajo, se da cuenta con horror de que no hay cerrojo.

17

FELIX

—¡MAMÁ! —EXCLAMA FELIX, DÁNDOSE la vuelta después de haber cortado la quinta barra. Le tiemblan los brazos por el esfuerzo, le duelen las manos y suda a chorros—. ¡Necesito tu ayuda! ¿Qué estás haciendo?

La respuesta es evidente: está despegando una especie de capa adhesiva que cubre el interior de la puerta del armario. Debajo hay algo que parece una funda plástica negra. Su madre la agarra, la enrolla y se la guarda dentro de la camiseta. Luego se vuelve y corre hacia Felix.

—Buen trabajo —dice, arrancándole las cizallas de las manos—. Déjame a mí el resto. Tú prepárate.

Levanta la herramienta y, para asombro de Felix, corta una barra como si fuera de plástico. Gime al hacerlo, pero aun así cede mucho más fácilmente que cuando él lo intentó.

«Joder, qué fuerte está…»

—¡Miriam! —otra voz llega desde la puerta. Siguen tirando y empujando desde fuera, pero la cuña aguanta firme. La rendija da hacia el lado opuesto a la ventana, así que los guardias no pueden ver lo que ella está haciendo. Si descubren que intenta escapar por la ventana, sin duda rodearán el edificio.

Felix se acerca un poco más y ve las caras que se asoman. Hay tanta gente ahí fuera que ni siquiera puede contarlas. El más cercano lo ve y exclama:

—¡Ahí está! ¡Está bien!

Los gritos bajan lo suficiente para que Felix pueda hacerse oír:

—¡La puerta está atascada! Estoy intentando abrirla, pero no se mueve.

El guardia lo observa unos segundos, intentando decidir si miente o no.

—¿Dónde está Miriam? ¿Dónde está tu madre?

—Está… en el baño —dice él—. Tenía que ir.

—¡Miente! —grita alguien desde el fondo—. ¡Torstein está ahí dentro! ¡Veo sus pies! ¡Lo han noqueado!

El alboroto y los gritos se reanudan.

Felix vuelve a la ventana. Para su alivio, su madre ya ha cortado todas las barras salvo dos. Jadea y aprieta los dientes, pero no se detiene hasta que las últimas se parten y la rejilla cae al suelo con un estrépito metálico. Mete la mano, abre la ventana y la levanta del todo. Luego lanza las cizallas afuera y mira a Felix.

—¡La bolsa!

Él la agarra y la lanza por la ventana.

—Tú primero —dice ella, entrelazando los dedos—. ¡Vamos, deprisa!

Un golpe fuerte sacude la puerta cuando alguien se lanza contra ella. La cuña resiste, pero retrocede unos centímetros más. La rendija es ya lo bastante ancha para que uno de los guardias meta la cabeza. Sus ojos recorren la habitación y se detienen en ellos. Se abren de par en par.

—¡Alto! ¡Quietos! ¡La ventana! ¡Han cortado las malditas barras!

—¡Vamos, Felix! —grita su madre.

Felix pone el pie en las manos de su madre. Ella gime y lo impulsa hacia arriba, lanzándolo de cabeza por la abertura. Felix cae sobre el césped helado junto a la bolsa. La recoge justo cuando su madre salta detrás de él.

Ella agarra las cizallas en el mismo momento en que otro golpe sacude la puerta, que parece ceder.

—¡Por aquí! —dice su madre, echando a correr hacia los árboles.

Felix la sigue. Incluso cargando las cizallas, su madre es casi más rápida que él. Una vez más, se asombra de su forma física. O ha estado entrenando, o la impulsa la adrenalina. Lo segundo, sin duda, también vale para Felix.

Echa una mirada atrás y ve a dos guardias corriendo tras ellos, y a otros dos que vienen desde otra dirección, algo más lejos. Los cuatro corren como atletas olímpicos.

Llegan a la valla, que tiene una fila de pinchos afilados en lo alto. No es alambre de espino como el que Felix ha visto en imágenes de campos de concentración, pero sigue siendo imposible trepar sin

hacerse daño o quedarse enganchado. Y la valla es demasiado gruesa para cortarla, incluso con las cizallas.

Su madre abre la bolsa de un tirón y saca una manta gruesa. Agarra la valla, apoya un pie y lanza la manta por encima, haciendo que caiga sobre los pinchos. Luego, aún con un pie apoyado, le tiende la mano a Felix. Él la agarra y deja que lo impulse hacia arriba.

—Agarra la manta —jadea.

Él obedece y se da cuenta de que la manta sirve para dos cosas: cubrir los pinchos y hacer de cuerda para trepar. Se alza, pasa una pierna, se impulsa y salta al otro lado.

—¡Vamos, mamá! —grita.

Pero al mirar a través de la valla, entiende que ya es tarde.

Su madre ha lanzado la bolsa al otro lado, y ahora arroja también las cizallas.

Pero los guardias se acercan desde ambos flancos. Incluso reducen la velocidad porque saben que no logrará escapar.

—¡Miriam! ¡Detente! ¡Se acabó! —le grita uno.

Llevan correas, y más guardias se aproximan por detrás. Están rodeándola rápido. Ella no piensa detenerse, sin embargo. Simplemente se aferra a la valla y empieza a trepar.

—¡Agarradla! —grita alguien, y los dos guardias más próximos saltan hacia ella.

—¡Parad! —grita Felix, sacando la pistola falsa—. ¡Parad ahora mismo o disparo!

Los guardias ven el arma y, por instinto, se detienen y retroceden. Solo son unos segundos, pero bastan para que su madre alcance la

parte superior de la valla. Se queda un instante allí, tirando de la manta hacia arriba.

Entonces alguien grita:

—¡Esa no es una pistola de verdad! ¡Es un maldito juguete!

Y los guardias, al darse cuenta de que los han engañado, se lanzan de nuevo hacia adelante. Saltan para agarrar a su madre o la manta, pero ambos quedan fuera de su alcance. Ella consigue aferrarse a la valla mientras recoge la manta, la libera de los pinchos y la lanza al suelo del otro lado. Luego salta y aterriza como Spider-Man junto a Felix.

—Vamos —jadea, recogiendo las cizallas.

Felix agarra la bolsa, y mientras los guardias les gritan al otro lado de la valla, ambos echan a correr hacia el bosque.

18

MARTIN

AL DARSE LA VUELTA, ve a su padre incorporado en la cama, con gesto mareado y desorientado, pero más despierto de lo que Martin lo ha visto en semanas.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —pregunta con voz ronca.

—Hay… gente infectada en el pasillo —Martin niega con la cabeza —. No puedo… no puedo cerrar la puerta con llave.

—Pues sal por la maldita ventana, entonces —dice su padre sin dudar.

—Tampoco puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Se abren completamente.

—Sí, pero me romperé las dos piernas, lunático. ¿Y tú qué?

—No pienses en mí, demonios. Yo estoy muerto de todos modos. Entonces busca algo con lo que defenderte. O intenta atrancar la puerta con esa cómoda de ahí. ¡No te quedes ahí plantado como un maldito buzón!

Martin no puede evitar fijarse en que, incluso en los que pueden ser sus últimos minutos de vida, su padre sigue tratándolo como si no tuviera distrofia muscular. Desde que tiene memoria, el viejo se negó a reconocer la condición de su hijo. Como si ignorarla fuera a hacerla desaparecer, lo que Martin aprendió más tarde que era muy típico de los hombres de esa generación. En particular de los granjeros.

De niño, la actitud de su padre de «tira pa'lante y deja de pedir compasión» abrió una brecha entre ellos; Martin era un niño sensible, y quería aprobación más que mano dura. Sentía que su padre no lo quería por su condición. El viejo Jepsen había deseado un hijo fuerte, alguien que algún día se hiciera cargo de la granja. En su lugar, tuvo a un lisiado con pasión por la pintura. Lo único que habría podido empeorarlo sería que Martin hubiese salido gay.

Sin embargo, en estos últimos años, Martin había empezado a apreciar la negativa de su padre a tratarlo como alguien especial. Su vida ya gira por completo en torno a la distrofia. Es de lo único que hablan sus amigos y lo único que ve en él cualquier desconocido.

Excepto su padre.

En realidad, es el único que ve a Martin como Martin y no como Martin-con-distrofia-muscular.

Y, de repente, mirando atrás, todas aquellas observaciones insensibles…

—¿Por qué no lo placaste sin más?

—Vamos, echa espalda, que yo solo no levanto esto.

—Sube corriendo a por una toalla, ¿quieres?

—¡No me digas que ya estás cansado!

… empezaron a tener un nuevo significado para Martin. No eran intrínsecamente insultantes ni hirientes; dependía de cómo las recibiera él. Su padre obviamente no iba a cambiar de actitud, así que Martin decidió cambiar la suya. Lo que mejoró su relación diez veces, y por eso es él quien está aquí sentado junto a la cama del viejo y no Maja.

Su padre está a punto de decir algo, pero entra en un acceso de tos húmeda.

Eso saca a Martin de su ensimismamiento.

Escudriña la habitación, bloqueando los gritos y el trajín del pasillo. Mover la pesada cómoda es imposible, y la habitación del hospicio no es precisamente un arsenal de posibles armas. En realidad solo hay dos cosas que pueda usar: la maceta del rincón y la lámpara con pantalla de la mesilla. La primera parece demasiado pesada, así que opta por la lámpara.

La coge, tira del cable para desenchufarla y vuelve a la puerta. Abre hacia dentro, así que, colocándose a la izquierda, quedará fuera de la vista cuando se abra, y eso debería darle el factor sorpresa.

La lámpara pesa más de lo que temía, o quizá sus brazos ya están fatigados por el estrés de la situación. No puede sostenerla en posición de «golpe preparado», así que la abraza contra el pecho, notando que las piernas empiezan a temblarle.

«Tengo un solo golpe, y ya. Si fallo, o si no lo dejo inconsciente, estamos perdidos el viejo y yo.»

El picaporte vibra, y Martin alza la lámpara.

Pero, al parecer, alguien acaba de tropezar con la puerta, porque no se abre.

Luego, cinco segundos después, sí lo hace. Ocurre tan rápido que Martin casi se la come en la cara. Logra echarse atrás en el último segundo, probablemente salvándose de romperse la nariz.

Alguien irrumpe tambaleándose en la habitación.

Martin sale de detrás de la puerta alzando la lámpara. La persona, un tipo bajo y corpulento, está encorvado, aparentemente a punto de lanzarse hacia su padre.

Martin descarga la lámpara contra la cabeza del hombre.

—¡No, Martin, espera!

El grito de su padre llega tarde.

El hombre alcanza a girar la cabeza a medias antes de que Martin le atice en la sien.

No es un golpe muy fuerte, y si el tipo hubiera sido un medio monstruo transformado, le habría hecho poco daño. Pero Martin alcanza a ver la cara de sorpresa del hombre en el último instante antes de golpearlo, y ve horrorizado que no solo no está infectado: claramente está enfermo y muy probablemente es un paciente del hospicio.

El golpe lo tira al suelo con un quejido. Cae a manos y rodillas y se desploma de lado.

—Oh, no… lo siento muchísimo…

—Maldición —gruñe su padre—. Era Olsen, el de enfrente.

—¿Está… está bien? —pregunta Martin, agachándose, con una mueca por el esfuerzo sobre unos muslos ya exhaustos.

El hombre suelta un gemido y se lleva la mano a la sien, donde ya asoma un buen chichón.

«¡Mierda!» piensa Martin, con ganas de darse una patada a sí mismo. «Tenía un intento y lo he gastado en tumbar a un enfermo…»

No hay tiempo para lamentarse, porque la puerta ha quedado de par en par y, al girar la cabeza, Martin ve a un sanitario con el traje presurizado rasgado entrando a trompicones en la habitación. Intenta girarse y dar un portazo, pero aparece la adolescente, con la cara ahora manchada de sangre, y los ojos vacíos muy abiertos y febriles. Ella consigue colar medio cuerpo antes de que la puerta la golpee. El sanitario ruge y empuja con todo lo que tiene.

—¡Ayúdale, Martin, por el amor de Dios! —grita su padre desde la cama, entrando en otra tos asquerosa.

Martin no intenta ayudar. Acaba de ver a esa adolescente ganar un pulso idéntico hace apenas dos minutos, y entonces eran tres hombres hechos y derechos al otro lado, y aun así ella venció sin dificultad. Incluso si Martin no tuviera distrofia, su ayuda no serviría de nada. Así que, en su lugar, retrocede tambaleándose.

Tal y como esperaba, la chica fuerza la puerta en un suspiro, haciendo que las botas del sanitario deslicen por el suelo como si no pesara más que un sujetapapeles. Al darse por vencido, el sanitario se gira e intenta correr, aparentemente hacia la ventana. Casi tropieza con Olsen, que se ha recuperado lo suficiente como para incorporarse y frotarse la cabeza.

La chica, casi demasiado alta para caber en la puerta, se queda un segundo, mirándolos a todos con una sonrisa hambrienta que le

resquebraja la cara, como si se sintiera abrumada por las opciones sobre a quién comerse primero.

Martin sigue retrocediendo. El trasero le topa con el borde de la cama y se encuentra junto a su padre, que ahora está sentado. Este alarga la mano hacia el bastón que aún está a los pies de la cama, aunque lleva una semana sin usarlo y nadie esperaba que lo volviera a hacer.

—No, papá —dice Martin mientras la chica se lanza hacia Olsen.

Martin se prepara para presenciar algo absolutamente atroz. Espera que la chica destroce al pobre hombre delante de ellos.

Sorprendentemente, no lo hace. Simplemente lo agarra por la nuca, lo sujeta un segundo y luego sigue hacia la ventana.

Martin, parpadeando de confusión, gira la cabeza para verla alcanzar al sanitario, que ha logrado abrir la ventana y está a punto de salir.

—¡No, suéltame! —grita él, dándole una patada a la chica.

En lugar de pelear, ella le agarra la pierna y, con unas uñas que son más bien garras, desgarra la tela y el pantalón por debajo, dejando al descubierto la piel pálida y sudorosa del hombre. No intenta arañarlo, sino que simplemente le pellizca la pierna antes de soltarlo.

El tipo intenta volver a patearla. La chica ya se está echando atrás, así que falla. Al parecer pierde interés en el sanitario y dirige la atención hacia la cama.

—Tú mantente bien lejos de nosotros —la advierte el padre de Martin, alzando el bastón como un bate—. O te vas a arrepentir, muchacha.

La chica se limita a burlarse de él y avanza. El golpe que lanza el padre de Martin es aún más débil de lo que el propio Martin habría podido reunir. Ella aparta el bastón con un gesto displicente, como si fuese un simple churro de piscina que un crío agitara por diversión. Con la otra mano le ciñe la garganta y, durante un segundo espantoso, Martin está convencido de que va a estrangularlo o incluso arrancarle la cabeza de cuajo.

—¡Suéltalo! —exclama, mientras tiende la mano para cogerle la muñeca a la chica.

Sin embargo, ella solo le sujeta la garganta a su padre un instante. Martin la suelta de inmediato, pero entonces ella le agarra la mano y se la aprieta torpe y brevemente. Siente una fuerza inmensa en su agarre: podría pulverizarle todos los huesos si quisiera, pero, por fortuna, lo suelta.

Da un paso atrás, se lame los labios y los observa.

Los cuatro hombres —Martin, su padre, Olsen en el suelo y el sanitario junto a la ventana— la miran, esperando a ver qué hará.

Antes de que pueda hacer nada, otra mujer, que bien podría ser la madre de la chica por los mechones castaño-rojizos que aún le cuelgan a un lado de la cabeza, asoma el torso por la puerta abierta.

—¿Has terminado? —chilla.

—Sí. A los cuatro —gruñe la chica.

—Vamos. Más.

La chica no se mueve. En su lugar, vuelve a lamerse los labios y susurra:

—Hambre.

La palabra le pone la piel de gallina a Martin.

—No hay tiempo —le corta la mujer—. ¡Vamos!

No espera a su hija, sino que sigue corriendo por el pasillo, provocando más gritos y carreras. La chica se dirige hacia la puerta y, por un segundo, Martin espera que obedezca a su madre.

Pero, en cambio, sin apartarles la mirada, cierra la puerta.

19

FELIX

HAN CORRIDO UNOS CINCO minutos cuando se topan con una segunda valla. Esta no es tan resistente, pero tiene una sola hilera de pinchos arriba, lo que haría doloroso treparla; Felix entiende por qué su madre se tomó la molestia de traer las cizallas.

Jadeando, ella se pone de inmediato a cortar una abertura vertical de casi un metro.

Mientras trabaja, Felix contiene la respiración y mira hacia atrás, atento a los sonidos del bosque. Sopla una brisa suave que arrastra con ella los gritos de los guardias. Es difícil calcular la distancia, pero probablemente ya han entrado en el bosque.

—Vamos —dice su madre, tomando la bolsa de Felix y empujándola a través de la abertura—. Ahora tú.

Felix se cuela por el hueco. Su madre lo sigue justo detrás, aún cargando las cizallas. Avanza unos metros y las esconde bajo un arbusto. Hace lo mismo con la bolsa de deporte, quedándose solo con la manta.

Cuando están a punto de continuar, sus miradas se cruzan, y por primera vez, su madre vacila. Los labios le tiemblan cuando susurra:

—Es la primera vez en ocho años que salgo del recinto…

Felix sonríe.

—Lo hemos conseguido, mamá.

Corren un par de minutos más.

Felix empieza a oír el ruido de una autopista en algún punto más adelante, cuando, de pronto, se encuentran con un arroyo.

Su madre se acerca con cuidado al borde y lanza la manta al otro lado. Luego se quita los zapatos y los arroja también. Felix está a punto de protestar cuando ella avanza directamente hacia el agua, jadeando al sentir cómo le llega hasta mitad de los muslos. Tiende una mano hacia él.

—V-ven —tartamudea, agitándola—. T-te ayudaré a cruzar.

Él se inclina, le toma la mano y salta. Su madre lo impulsa con suficiente fuerza para lanzarlo hasta la otra orilla. Felix la ayuda a subir. Ella ya está temblando por el frío.

—Mamá, eso ha sido una estupidez —dice él—. Estamos bajo cero. Vas a morir de frío.

—No, no moriré —le responde con firmeza, calzándose con manos temblorosas—. Solo faltan unos cuatrocientos metros.

No añade nada más y se adentra de nuevo entre los árboles. Los pantalones empapados emiten sonidos húmedos al trotar. Y, efectivamente, en menos de un minuto los árboles se vuelven más pequeños y espaciados, hasta que por fin se hallan junto a la carretera.

Felix no sabe cuánta circulación es normal a esa hora, pero parece haber muchos coches en la vía, y en más de uno distingue maletas y bolsas.

—La gente está abandonando la ciudad —murmura.

—Y hacen bien —dice su madre—. No sé si les servirá de algo al final, pero al menos tendrán más posibilidades. Vamos, ya casi estamos.

Lo arrastra con ella y siguen la carretera unos doscientos metros. Ella no intenta detener a ningún conductor ni tampoco se esfuerza en esconderse. Probablemente piense que la gente está demasiado ocupada huyendo como para preocuparse por una madre y su hijo adolescente caminando por el arcén.

Llegan a un área de descanso para camiones. Hay un remolque estacionado, esperando a que alguien venga a recogerlo, y un pequeño aseo. Su madre se dirige hacia el edificio, pero no entra; lo rodea, y al asomarse por la esquina deja escapar un suspiro de alivio.

—Dios te bendiga, Gerry.

—¿Gerry? —pregunta Felix, acercándose.

Detrás del edificio, aparcado con discreción para no ser visible desde la carretera, hay un diminuto Toyota Aygo cubierto de escarcha. Por las hojas caídas sobre los limpiaparabrisas y el musgo verdoso que crece en el lateral del coche que da al bosque, parece que el Aygo lleva ahí semanas, quizá meses. Da la impresión de estar abandonado, pero como aún conserva las matrículas, la policía probablemente no ha tenido motivo para retirarlo —si es que siquiera lo ha notado.

Ella se arrodilla, mete la mano bajo el neumático delantero y saca una bolsa de plástico con una llave dentro. Pulsa el botón. El cierre suena y las luces parpadean.

—¡Sí! —murmura con entusiasmo—. La batería sigue viva. Veamos si arranca.

Suben al coche. Su madre se envuelve la manta alrededor de la cintura para mantener las piernas calientes, mete la llave y gira. El motor tose, pero no arranca. Lo intenta de nuevo. Y otra vez. A la tercera, el Aygo cobra vida.

Felix deja escapar un suspiro de alivio, y su madre abraza el volante, casi a punto de llorar mientras susurra una y otra vez:

—Gracias… gracias…

Da marcha atrás, sale al asfalto y, en el primer hueco del tráfico, se incorpora a la autopista, conduciendo en dirección contraria a la que venían.

Felix está a punto de preguntarle adónde van cuando ve a dos guardias salir del bosque, casi exactamente por el punto donde ellos habían aparecido minutos antes. Otros dos se les unen enseguida, y miran en ambas direcciones de la carretera, claramente discutiendo hacia dónde huyó la fugitiva.

Felix se agacha un poco cuando pasan junto a ellos. Su madre, en cambio, no hace nada por esconderse. Los guardias no les prestan atención. Y luego quedan atrás.

Ella inspira hondo, temblorosa, y exhala despacio. Mira por el retrovisor hacia Felix, y por primera vez en ocho años, él ve una sonrisa lo bastante amplia como para iluminarle los ojos.

—Lo conseguimos —susurra, con los ojos humedecidos—. De verdad lo conseguimos…

20

MARTIN

DURANTE UNOS SEGUNDOS REINA un silencio absoluto en la habitación. Todos se limitan a mirarse unos a otros.

Luego, el sanitario se descuelga por la ventana y salta. Martin lo oye caer con un golpe seco y un gemido allá abajo. La chica no hace nada por seguirlo; apenas dirige una mirada en esa dirección. Un momento después, Martin ve al hombre cojear por el césped.

No importa adónde vaya. Ya está infectado.

Martin mira su propia mano. Aún no ve nada, pero sabe que él también lo está. Todos lo están.

Una parte de su mente intenta asimilarlo; otra parte sabe perfectamente lo que está ocurriendo.

La chica acaba de infectarlos, y sufrirán el mismo destino horrible que ella, aquella mujer y varios cientos más.

Excepto que la chica sigue allí, observándolos con esa sonrisa espantosa y voraz.

—¿Qué demonios eres? —la pregunta sale de la boca del padre de Martin. El viejo la observa, aún aferrado al bastón, con los labios temblándole—. Ya no eres humana.

—Papá.

Los ojos de la chica se clavan en los del anciano, y la sonrisa se ensancha.

—Cierto —susurra—. No humana. Más —Alarga esa última palabra, dejándola flotar en el aire.

—No eres más —replica su padre, imperturbable.

—Papá, cállate.

—Eres un maldito monstruo, eso es lo que eres.

La sonrisa de la chica se desvanece. Al viejo parece no importarle.

—Eres un engendro, y si tienes hambre, te sugiero que busques una máquina expendedora, porque de nosotros no vas a probar bocado. Puedes intentarlo, pero te juro que te voy a meter este bastón tan hondo por el—

—¡Papá! —grita Martin; esta vez no tanto para hacerlo callar, sino porque la chica se lanza hacia ellos.

Su padre vuelve a usar el bastón como arma, pero esta vez la sorprende: en lugar de un golpe lateral, hace un movimiento de estocada, y logra alcanzarla en el pecho. Ella agarra el bastón antes de que él pueda retirarlo y lo parte en dos como si fuera una cerilla. Arroja las mitades a cada lado; una de ellas golpea a Martin en el estómago, y él la atrapa instintivamente.

Al mirar hacia abajo, comprende en un instante que de repente sostiene una lanza corta.

Mientras la mujer sujeta a su padre por los hombros, se inclina y abre la boca para arrancarle la cara a mordiscos, Martin se ve a sí mismo hundiendo la lanza en el cuello de la chica con ambas manos. Los brazos le tiemblan de agotamiento, así que falla el punto que busca: el tejido blando sobre la clavícula. El bastón roto entra unos siete centímetros más arriba, justo bajo la mandíbula.

A pesar de que la madera apenas perfora la piel y penetra quizá un par de centímetros, parece alcanzar algo vital, porque la chica se estremece y suelta al padre de Martin. El viejo gruñe y la empuja con todas sus fuerzas en el pecho, haciéndola tambalear hacia atrás, con el bastón aún sobresaliendo de su cuello.

Luego el anciano suelta una maldición y se desploma sobre la cama.

La chica alterna la mirada entre Martin y su padre. Enseñando los dientes en un gruñido lleno de odio, emite un sonido a medio camino entre una tos y un rugido. Pequeñas gotas de sangre negra salen despedidas de su boca.

—Pedazo de… mierda —sispea con voz burbujeante y ronca—. Os voy a… destrozar… a los dos.

Levanta una mano y tantea el extremo del bastón, aparentemente intentando arrancárselo. Pero parece estar fuera de su campo de visión, porque lo busca dos veces sin acertar.

Antes de ser del todo consciente, Martin da un paso adelante, agarra el bastón y lo empuja con todas sus fuerzas más adentro del cuello de la chica. Oye algo crujir. Ella grita y lanza un zarpazo; sus uñas le rasgan la parte superior del brazo, cortando la camisa como si fuera papel.

La chica se tambalea de lado, cae al suelo, sus piernas están convulsionando, y un sonido áspero escapa de su garganta.

Martin jadea y se cubre con la mano las tres heridas del brazo. Retrocede y solo evita caer apoyándose en la cama, junto a su padre desmayado.

«La tengo», piensa, sintiendo una oleada de vértigo recorrerle el cuerpo. «No puedo desmayarme. No ahora. Tengo que curarme las heridas, o me desangraré. No te desmayes… no te desmayes…»

Martin se desmaya.

21

FELIX

—NO PUEDO CREER QUE planeases todo esto, mamá —dice Felix, observándola mientras conduce—. Y las herramientas… el destornillador, las cizallas… ¿cómo conseguiste todo eso?

—Gerard —responde simplemente, mirando los retrovisores, como ha hecho cada diez segundos—. Es mi amigo. Es su coche.

Vuelve a quedarse callada.

—Pero nadie puede llevar objetos metálicos al centro —insiste Felix, incitándola a explicarse.

—Él no los llevó. Nunca vino a visitarme. Ni siquiera nos hemos conocido en persona.

—Entonces, ¿cómo te hizo llegar esas cosas? No me digas que las metió en un pastel de cumpleaños.

Su madre no parece captar la broma.

—Las dejaba en bolsas camufladas en ciertos lugares que acordábamos de antemano. Cuando las lanzaba por encima de la valla, me avisaba, y la siguiente vez que me dejaban salir a pasear,

pasaba por el punto y, fingiendo atarme los cordones, metía la bolsa bajo la chaqueta —se encoge de hombros—. Usar los barrotes de la cama como palancas fue idea suya también. Dijo que no había forma de meter dos barras metálicas largas sin que nadie se diera cuenta, así que me coló una regla para medirlas y ajustó la cabeza de las cizallas para que encajara —Se pasa una mano por el cabello, recogido en una coleta tirante—. Nos llevó dos años y nueve entregas tenerlo todo listo.

Felix casi no puede creer lo que oye.

—Joder, mamá… eres como James Bond o algo así.

Ella gruñe.

—Hice lo que tenía que hacer —Le lanza una mirada—. Hablando de James Bond… yo no soy la que llevaba una pistola escondida.

—Solo era de plástico —murmura Felix, sintiendo cómo se le encienden las mejillas—. No tenía un plan… no como el tuyo, al menos —Carraspea—. Entonces, ¿has estado mensajeándote con ese tipo?

—Sí, durante cuatro años. Lo conocí en internet, y desarrollamos un sistema de códigos por si alguien leía nuestros mensajes —Pasa la mano por el volante con un gesto casi cariñoso—. Ha sido mi único amigo todo este tiempo. Excepto tú, claro.

—Pero… ¿en realidad no lo conoces?

—Sé que ha cumplido su palabra hasta ahora. Me prometió que, si alguna vez lograba salir, podría esconderme en su casa. Es allí adonde vamos.

Felix la observa de reojo.

—¿Y confías en él? Quiero decir… si nunca lo has visto.

Ella le lanza una mirada fugaz.

—Confío en él con mi vida. Sin él, nunca habría salido de allí.

Felix se frota la cara. Está agotado, y el calor del coche hace más difícil mantener los ojos abiertos. Bosteza.

—Puedes dormir si quieres —dice su madre—. Creo que el asiento se reclina. Faltan un par de horas para llegar a casa de Gerard.

Felix no quiere dormir. Quiere hablar con su madre, de verdad hablar. Por primera vez en muchísimo tiempo, pueden decirse lo que quieran. Nadie los escucha. Y hay tantas cosas que Felix quiere preguntarle. No solo sobre lo de hoy o lo reciente, sino sobre cosas de hace años.

—Mamá —dice con tono grave.

—¿Sí?

—¿Quién es Toby? Pero de verdad.

Su madre no lo mira. No enseguida. Enciende el intermitente y se aparta a un lado de la carretera. Detiene el coche, tira del freno de mano y mete la mano bajo la camiseta. Saca el protector de plástico negro.

Por alguna razón, en cuanto Felix lo ve, siente ese inquietante vuelco en la realidad. Es fuerte, pero no abrumador. Logra recuperar el control con un par de respiraciones firmes.

Su madre al fin lo mira mientras le tiende el protector.

—¿Qué es esto? —pregunta Felix, tragando saliva.

—La única prueba que me queda —responde sin rodeos.

Felix toma el protector y lo abre con los dedos temblorosos. Dentro hay una sola hoja de papel. La saca con cuidado. Es algo más

gruesa de lo normal. Es una fotografía. Una que ha visto antes, una que conoce bien.

Es la foto que papá todavía conserva, aunque Pia le hizo quitarla de la pared del dormitorio. Ahora está en un cajón en algún sitio.

La foto que su madre tomó aquella vez que fueron a Lalandia. El último día en el parque acuático, Felix y papá jugaban en la piscina. Papá lo levantaba, lo ponía sobre su hombro y luego se echaba hacia atrás con un chapuzón.

Su madre les gritó de repente que miraran y sonrieran. Hizo la foto. Capturó uno de esos momentos perfectos en los que Felix y papá eran felices, sin saber que alguien los observaba. Las sonrisas eran espontáneas y sinceras. Felix está sobre el hombro derecho de papá, saludando con la mano, delgado en su bañador verde.

Pero en esta foto, la que sostiene ahora, hay otro niño sentado sobre el otro hombro de su padre. Un chico que parece casi idéntico a Felix. La única diferencia es que su bañador es naranja.

Felix frunce el ceño. Siente cómo la irrealidad vuelve a apoderarse de él, más intensa esta vez.

—Esta foto no se supone que sea así —murmura.

—Pero lo es —dice su madre—. Es como era antes de que la cambiaran.

—¿Ellos? —pregunta Felix, respirando más rápido por la nariz. La mira directamente a los ojos, y de pronto, sin saber por qué, siente una furia feroz hacia ella—. ¿Ellos, mamá? ¿Quiénes son ellos exactamente? ¿Hombrecillos verdes? ¿Pequeños E.T.s que decidieron romper nuestra familia, incendiar la casa y joderlo todo? —Su voz

tiembla de rabia—. ¿Y no solo eso, también retocaron con Photoshop nuestras malditas fotos familiares? ¿Eso me estás diciendo? ¿¡Eh!?

Su madre lo mira en silencio. Su expresión es triste, y su voz apenas un susurro.

—Lo siento mucho, cariño. Sé lo difícil que es de creer.

—No es difícil de creer, mamá —escupe él—. ¡Es jodidamente imposible!

Arroja la foto a su regazo y mira por el parabrisas, cruzado de brazos. El corazón le late tan fuerte que le hace parpadear la vista.

Pasa un largo minuto en silencio dentro del coche. Otros vehículos los adelantan.

Por fin, su madre empieza a hablar, muy despacio.

—Antes de que me encerraran… cuando aún podía salir a sitios… tuve una idea. Fui a la tienda donde imprimieron esta foto. Recordaba perfectamente cómo era, cómo de verdad era. Y sabía que aún tendrían los archivos. Así que les di el número de serie y les pedí que la reimprimieran. Y mientras lo hacían, cerré los ojos con fuerza y me concentré con todo lo que tenía en recordar la imagen original. Y cuando me la entregaron… —Levanta la foto y la contempla—. Volvió a estar bien. Él volvió —Empieza a llorar—. Entenderé que ahora no puedas creerme, cielo. Solo te pido… que mantengas la mente abierta. Con el tiempo, lo verás.

—¿Cómo, mamá? —pregunta él, con menos ira ahora—. ¿Cómo vas a mostrármelo?

Ella lo mira confundida un momento, y luego dice:

—Porque voy a recuperar a Toby.

Felix parpadea.

—¿Sigue vivo?

—Sí, por supuesto.

—Pero sigues diciendo que se lo llevaron.

—Sí, pero nunca dije que lo mataran.

—Yo… lo di por hecho —Felix se frota la frente—. ¿Puedes explicarme de qué va todo esto, mamá? ¿Cómo se conecta con Toby? Solo… cuéntamelo todo.

—Lo haré —dice con sinceridad—. Pero, ¿podemos esperar a llegar a casa de Gerard? Todavía tengo las piernas mojadas.

—Claro —murmura Felix.

—Gracias, cariño —dice su madre, sacando el móvil—. Solo le escribiré para avisarle de que vamos de camino.

22

GERARD

DA UNA ÚLTIMA Y profunda calada al porro, luego lo apaga con cuidado y guarda la colilla en el bolsillo interior para más tarde.

—Ya basta. No quiero perder la concentración.

La marihuana solo sirve para calmarle los nervios. Colocarse no es lo ideal ahora. No con todo lo que está ocurriendo.

Exhala el humo lentamente por la nariz y observa las pantallas. Tiene nada menos que seis monitores en su sala de control, y los seis están encendidos. Solo el más pequeño muestra vigilancia —el extremo norte del patio, para ser exactos—; los demás están sintonizados en canales de noticias.

Todas las emisoras hablan ya del asunto. Ya no es solo noticia nacional, sino global, viral.

Y, para su sorpresa, parece que ya ni siquiera intentan ocultarlo. Tal vez decidieron que no podían, así que era mejor dejar salir al gato de la bolsa. Al menos así tendrían una oportunidad de controlar la narrativa. Torcerla a su favor, como siempre hacen.

Qué es rumor y qué es real, Gerard no tiene manera de saberlo. Ni siquiera está seguro de que importe a estas alturas. Sabe que esto es exactamente lo que ha estado esperando toda su vida.

—Teorías conspirativas, mis cojones —gruñe—. ¿Quién es el paranoico ahora?

Titan abre los ojos y lo mira desde su rincón junto al radiador, pero ni se molesta en levantar la cabeza: el perro está acostumbrado a que Gerard hable solo, así que se acomoda, suspira y sigue durmiendo.

Haber tenido una infancia menos que ideal probablemente lo preparó para lo que viene. Si algo aprendió, fue a estar siempre listo. No fue realmente culpa de sus padres, claro. Su único pecado fue ser demasiado decentes, demasiado empeñados en mantener las apariencias en lugar de ver lo que se pudría bajo la superficie. Eran crédulos, como casi todos.

A los quince años, cuando Gerard empezó a darse cuenta de lo que realmente ocurría en el mundo, ingenuamente creyó que podría abrirles los ojos. Pero, por supuesto, sus cerebros de clase media alta no podían conciliar la realidad con su respetable visión del mundo, así que se asustaron y lo mandaron al primero de una larga serie de psiquiatras.

Un año después empezó la medicación, y cuando esta no tuvo el efecto que esperaban —porque Gerard hacía todo lo posible por no tomarla—, las autoridades intervinieron y dictaminaron que Gerard era un peligro para sus amigos y su familia… todo por culpa de un gato muerto y un incendio que ni siquiera llegó a prender del todo.

El gato tuvo que ser sacrificado porque lo habían equipado con un chip grabador que retransmitía cada palabra que decían directamente a una agencia secreta del gobierno, y por más que Gerard lo intentó, no encontró otra forma de eliminarlo.

¿Y el incendio? Bueno, solo lo provocó para destruir el robot que se ocultaba tras la lavadora nueva que su padre había comprado sin revisarla como debía.

Por supuesto, sus padres no sospechaban nada, pero el dormitorio de Gerard estaba justo al lado del cuarto de la colada, y los leves pitidos nocturnos delataban al miniciborg cuando salía de su escondite para recopilar datos y pruebas que podrían servir de excusa para encarcelarlos a todos.

Después de aquello, Gerard fue enviado a una familia de acogida. Para entonces, ya era demasiado tarde, claro. Ya había visto a través de todas las capas de engaño, y ningún "antipsicótico" lograría medicarlo hasta sumirlo en el sopor de ignorancia en que vivían los demás.

Solo la amenaza de ser internado lo obligó a comportarse. O, al menos, a fingirlo. A los diecinueve, lo consideraron lo bastante estable para vivir solo.

Pocos años después compró la granja abandonada donde vive desde entonces, libre de casi toda injerencia gubernamental —en la medida de lo posible, claro.

Pasó gran parte de su juventud preparándose para lo que habría de venir. De niño, apuntaba todo en un cuaderno. Su madre lo encontró una vez y, horrorizada, lo tiró a la basura.

Más tarde, Gerard reprodujo todas sus notas de memoria, esta vez en formato digital, para que nadie pudiera hallarlas o destruirlas fácilmente.

Las notas incluían los planos del Arca —el refugio subterráneo que construiría años después—, listas interminables de suministros, métodos para purificar el agua y generar electricidad incluso si la luz solar quedaba bloqueada o el viento se detenía.

Gerard nunca supo exactamente qué esperar, pero jamás dudó de que la amenaza vendría del espacio exterior.

Cuando oyó hablar por primera vez de la infección que se extendía en el norte, pensó que sería otra pandemia. Aparentemente más agresiva que el coronavirus, atacaba la piel y otras partes del cuerpo. Gerard no se inmutó demasiado. Había sobrevivido al COVID en su búnker, y pensaba hacer lo mismo otra vez.

Pero luego empezaron a hablar de transformaciones. Vio las imágenes que se hicieron virales, y los infectados ya no parecían humanos. Parecían… extraterrestres.

Lo que realmente lo impactó fue oír sobre el objeto que, según se decía, alguien había visto caer en un bosque.

Entonces Gerard supo que ésta era la definitiva. Nada de ensayos. Nada de virus creados por el gobierno para imponer sus vacunas. Esto era real.

Solo hay una persona con la que Gerard puede hablar abiertamente de todo esto. La mujer.

Miriam.

Aunque nunca la ha visto cara a cara, la ha observado a distancia. Con sus prismáticos, la vio recoger los paquetes que le dejaba en el

bosque junto al centro donde la mantenían. Siempre iba escoltada por al menos un guardia, así que Gerard nunca tuvo la oportunidad de hablarle en persona.

Miriam los ha visto. Hace casi una década. Cuando llegaron por primera vez. Según ella, se marcharon, pero prometieron volver algún día.

Y ahora, ese día ha llegado.

Como si el pensamiento la hubiera invocado, le llega un mensaje. Son letras al azar, pero Gerard ya domina el código y lo lee sin dificultad:

He salido. Voy hacia ti. Una hora.

Gerard salta de la silla, casi derribándola.

—De acuerdo —murmura, mirando alrededor—. Vale, vale.

Titan, al oír el tono de alerta en su voz, levanta la cabeza y bosteza, mostrando la enorme boca y la lengua rosada.

—Primero lo primero —dice Gerry para sí, y se dirige a la ventana. La abre para dejar entrar algo de aire fresco, se mete un chicle en la boca y, automáticamente, levanta la vista al cielo. Sabe cómo detectar drones y satélites espía, pero no ve ninguno por ahora.

—Bien —dice de nuevo, pasándose la mano por el poco pelo que le queda—. Unas cuantas cosas más que hacer. Será mejor ponerse en marcha.

Titan se levanta lentamente; es viejo, y las articulaciones le crujen. Pero lo logra, se sacude el espeso manto de pelo y mira a Gerry con expectación.

—Realmente está ocurriendo —le dice el hombre al perro—. Ella viene de verdad.

Curiosamente, la idea de ver al fin a Miriam, de hablar con ella cara a cara, le acelera más el pulso que la perspectiva de una invasión alienígena. Qué curiosa es la mente humana.

Gerard se dirige hacia el Arca.

23

MARTIN

LO PRIMERO QUE NOTA es un escozor en el brazo.

—Ay —murmura—. Eso duele…

—Perdón —le dice una voz femenina muy cerca—. Intentaré tener más cuidado.

Martin abre los ojos y se descubre tendido en el suelo. Pero ya no está en la habitación de su padre. En vez de eso, alguien lo ha llevado por el pasillo hasta la sala común. La estancia está llena de gente: pacientes, enfermeras, sanitarios e incluso un par de soldados. Algunos atienden a quienes necesitan cuidados; otros simplemente están sentados, hablando en voz baja. Hay en el aire un olor definido, como a limón.

Martin reconoce a la enfermera mayor que está arrodillada a su lado, ya la ha visto otras veces cuando venía a visitar a su padre. Está concentrada en darle puntos a los cortes del brazo. Martin hace una mueca cuando vuelve a entrar la aguja. Las heridas en sí solo palpitan dolor y, al ver un botiquín justo a su lado, Martin supone

que la enfermera le ha administrado un analgésico antes de empezar a coserle.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Quiero decir, sé lo que ha pasado, pero… ¿cómo terminó?

—Pues terminó con los infectados marchándose otra vez —responde la enfermera—. Mataron quizá a una docena de personas.

—Jesús —gruñe Martin. Intenta incorporarse, pero es como si tuviera el cuerpo lleno de arena mojada.

—Tú quieto —ordena la enfermera—. Ya casi he terminado. Luego podrás levantarte.

—No, no puedo —gruñe Martin—. No a menos que alguien me alce.

La mujer le echa una ojeada.

—Cierto, tú eres el del trastorno muscular, ¿no? ¿El hijo de Jepsen?

—Sí —dice él—. ¿Dónde está mi padre?

Martin lee la mala noticia en su rostro.

—Lo siento —dice—. No lo consiguió.

Los ojos de ella se desvían un instante antes de volver a centrarse en las heridas de Martin. Él gira la cabeza y mira en esa dirección. Ve a cinco o seis personas alineadas en el suelo en una fila pulcra, todas cubiertas con mantas.

—Maldita sea —murmura Martin, notando cómo se le cierra la garganta—. No llegué a despedirme. Pensé… pensé que nos quedaban unos días más.

—Probablemente sí —admite la enfermera—. Era duro de pelar, tu padre. No me habría sorprendido que aguantase otras dos semanas. Pero la infección… fue demasiado incluso para él.

—¿Infección? —pregunta Martin, y al instante nota un nudo en el estómago al recordar a la chica agarrando el cuello de su padre, y luego la mano de Martin—. Oh, no…

Consigue alzar el brazo lo justo para ver la palma. Como temía, tiene exactamente el aspecto de las imágenes que ha visto circular por internet; como si le hubieran espolvoreado carbón triturado por toda la piel. El crecimiento es más denso en los pliegues de la palma y en las articulaciones de los dedos, y ya se está extendiendo hacia la muñeca.

Intenta apartarse de la enfermera, pero apenas tiene fuerzas.

—¿Qué haces? Quédate quieto, por favor.

—No… no deberías tocarme —dice—. Ni siquiera deberías estar tan cerca.

—Está bien —le responde.

—Estoy infectado. Podría contagiártelo. ¡Aléjate!

—Cálmate —dice, apoyándole una mano en el pecho—. Escúchame. Está bien. Estamos todos infectados.

Martin parpadea.

—¿Tú también?

—Sí —dice, enseñándole el codo, donde se ve claramente la marca de una mano—. Todos nosotros.

Él recorre la sala con la mirada.

—¿Quieres decir que…?

Ella asiente.

—Cada persona que ves aquí.

—Dios mío —murmura Martin, dejándose caer de nuevo contra el suelo—. Así que por eso… por eso vinieron.

—Sí —dice la enfermera, terminando los puntos. Saca una venda y empieza a envolverle el brazo—. Como te he dicho, mataron a unos cuantos, pero en general se limitaron a infectarnos y siguieron adelante.

Martin vuelve a mirar a la gente y, esta vez, porque lo busca, ve el crecimiento negro por todas partes. En cuellos, en caras, en manos y brazos. También se oyen toses, carraspeos, incluso esputos.

Ataca las vías respiratorias, recuerda Martin haber leído en internet, y se hace consciente de un cosquilleo en la garganta. También nota algo taponada la nariz.

—Pero ¿por qué… por qué no estamos haciendo algo? —pregunta cuando la enfermera cierra el botiquín—. ¿Por qué estamos todos aquí sentados sin más?

Ella lo mira y se encoge de hombros.

—¿Qué otra cosa propones?

—No sé… ¿ir a un hospital o algo?

—Cualquier hospital que no haya sido evacuado ya está hasta los topes de infectados —le dice—. Además, aquí tenemos mucho equipo médico. Podemos manejar el dolor y otros síntomas perfectamente.

—¿Manejar síntomas? —repite Martin—. ¿Y cuando la gente empiece a…? —Mira alrededor y baja la voz—. Cuando la gente empiece a transformarse.

La enfermera lo mira con gravedad durante un largo instante. Luego vuelve a encogerse de hombros.

—No lo sé. No creo que nadie haya pensado tan a fondo aún. De momento, solo estamos curando heridas —Se pone en pie—.

¿Necesitas ayuda?

—¿Cuánto tardará? —pregunta, aunque más o menos ya lo sabe.

—Entre cinco horas y dos días —dice la enfermera—. ¿Quieres ayuda o no?

—Sí, por favor —Le toma la mano y ella lo incorpora hasta sentarlo —. Mi silla de ruedas —dice—. Probablemente sigue en la habitación de mi padre. ¿Podría traérmela, por favor? Así podría moverme por mi cuenta.

—Claro —responde, y se marcha de la sala común.

Se acerca otra persona. Es Olsen. El hombre corpulento sujeta una bolsa de hielo contra la sien.

—Hola —dice Martin, sonriendo con incomodidad—. Perdón por eso. Pensé que eras… ya sabes.

—Fue culpa mía —gruñe él—. Debería haber llamado antes de entrar. Me diste bien, eso sí. ¿Con qué fue, un jarrón?

—Una lámpara —dice Martin.

—Ya. Si hubieras apuntado un poco más abajo, igual me hacías trizas el tumor —Suelta una risita breve, luego suspira y mira hacia los cadáveres—. Siento lo de tu viejo. Le cogí cariño estas semanas. Era un gran tipo.

—No estaba mal —masculla Martin.

La enfermera regresa con su silla. Lo ayuda a sentarse y Martin se siente mejor de inmediato. La libertad de moverse sin agotarse es algo que la gente normal da por hecho.

—Si quieres… podrías despedirte —propone Olsen, señalando hacia los fallecidos—. Sé cuál es. Yo ayudé a colocarlo ahí.

—Vale —murmura Martin, con la garganta otra vez apretándose.

Usa los botones y conduce la silla hasta la pared donde han improvisado la morgue. Olsen lo sigue y se detiene junto a la segunda manta. Se inclina con un quejido y baja la tela lo justo para dejar al descubierto la cabeza del padre de Martin.

Martin ve al instante que está muerto. La piel tiene un tono grisáceo malsano y los rasgos están levemente alterados, como si el rostro se hubiese hundido un poco. Los ojos cerrados, la boca abierta. La materia negra que crece sobre él parece, en cambio, muy viva: brillante y negra, le obtura las fosas nasales, le cubre los labios, incluso le invade los párpados.

—Lo siento, papá —murmura Martin, sintiéndose torpe con Olsen allí, escuchando—. Ojalá… ojalá hubiéramos tenido un poco más de tiempo —Resopla y le da la vuelta a la mano para mirar el musgo negro—. Pero supongo que nos veremos pronto. Yo también me he contagiado, y esto probablemente me mate en unas horas. Sé que no crees en el más allá, pero si estás ahí, te alcanzaré, ¿de acuerdo?

Le hace un gesto a Olsen, y el corpulento vuelve a cubrir con la manta el rostro de su padre.

—Necesito tumbarme —murmura Olsen—. Tengo un dolor de cabeza de mil demonios.

—Gracias por tu ayuda —le dice Martin.

Se queda allí mientras Olsen se aleja hacia las camas que han colocado junto a las ventanas. Durante unos minutos, Martin permanece sentado, notando cómo aquello le irrita cada vez más la tráquea con cada respiración.

Martin ha contemplado el suicidio alguna vez a lo largo de su vida cuando caía en un estado depresivo. Aunque no tiene todas las

opciones de una persona sin limitaciones, ha pensado en varias formas de acabar con todo sin demasiado dolor.

Ahora, con el tiempo agotándose deprisa, vuelve a darle vueltas a la idea.

No va a permitirse convertirse en un monstruo. Y, a juzgar por algunas de las personas de la sala, quizá ni siquiera tenga la opción de esperar mucho. Varias están francamente mal: lo negro les crece a raudales, algunas incluso postradas en camas, febriles, incapaces de hablar.

Y lo único que Martin puede imaginar peor que convertirse él mismo en un devorador de carne, es ser devorado vivo por uno.

24

MIRIAM

NOTA LA MIRADA DE su hijo mientras conduce, así que gira la cabeza y pregunta:

—¿Qué pasa, cariño?

Él resopla.

—Sabes, retiro lo que dije. No eres como James Bond.

—¿No?

—No. Eres más como Sarah Connor.

Miriam frunce el ceño.

—¿Quién?

—Sarah Connor, de las películas de Terminator.

—Ah. Nunca las vi.

—¿No las viste?

—No. Ese tipo de películas nunca me gustó. Soy más de comedias románticas.

Felix sonríe.

—Quizá eras así, pero…

Ella lo mira, y aunque él sonríe, no puede evitar sentir una punzada de dolor. Porque, por supuesto, tiene razón. Ya no es quien era. La madre tranquila, cariñosa, entregada… bueno, demasiado entregada, como solía decir Oswald. Lo tenían todo entonces: una casa, una familia, hijos. Las cosas no eran perfectas, pero estaban condenadamente cerca de serlo.

Y luego vinieron y se llevaron a Toby, y todo saltó por los aires.

Y, por supuesto, ser acusada de asesinato y encerrada durante años en un centro de alta seguridad la cambió. La endureció. Para ella, fue un cambio gradual y, aunque Felix y ella se mantuvieron en contacto y se veían con regularidad, tuvo que mantener en secreto la mayor parte de sus pensamientos. Así que tiene sentido que él no supiera realmente en quién se había convertido. No hasta ahora.

—Sarah Connor también fue internada en un psiquiátrico, ¿sabes? —dice él—. Y escapó, igual que tú. También era la única que sabía que se acercaba el día del juicio final. Intentaba advertir a todos, pero todos creían que estaba loca.

—Bueno, eso sí que se parece mucho a mí —admite ella, revisando el espejo retrovisor.

Felix hace una pausa.

—Supongo que eso me convierte a mí en John Connor.

—¿Tenía un hijo?

—Sí. Estaba destinado a salvar a la humanidad.

Ella alza las cejas.

—¿De verdad? ¿Y lo consiguió?

—Sí —dice él, con tono pensativo—. Lo consiguió. Pero tardó mucho. Tuvo que dedicarle toda su vida. Unió a los que quedaban

para enfrentarse al enemigo.

Ella ve la preocupación reflejarse en su rostro y le pone una mano sobre el muslo.

—Escucha, empecemos por salvar a tu hermano, ¿de acuerdo? Luego ya hablaremos del resto de la humanidad.

Él se anima un poco.

—¿De verdad crees que podremos recuperarlo?

Ella distingue el camino de grava que se abre más adelante y reduce la velocidad. Hay un buzón, y en él un leve destello reflejado por un trozo de cristal.

—Ya estamos —dice, esquivando la pregunta.

Al girar por la entrada, ve la casa de Gerry a lo lejos. Es más vieja de lo que esperaba. Por un momento duda de haber llegado al sitio correcto; de hecho, Gerry nunca le dio una dirección. Solo le indicó que siguiera las señales: diminutos trozos de cristal colocados en postes y señales de tráfico, que ella ha ido siguiendo.

Gerry le habló de su "Arca", que supuestamente podía resistir incluso un ataque nuclear, pero no puede ser el edificio ruinoso que tiene delante. Parece una granja común y corriente, probablemente de más de un siglo de antigüedad. El patio está empedrado y hay incluso un establo con techo de paja.

—¿Es aquí? —pregunta Felix, con duda en la voz—. ¿Es aquí donde vive ese tipo?

—Sí, debe de ser —dice Miriam, deteniéndose en medio del patio. Apaga el motor y mira alrededor—. Probablemente quiso mantenerlo discreto a propósito.

—Pero este sitio no puede…

Felix se interrumpe de golpe, y Miriam gira la cabeza hacia él. Su hijo ha visto algo junto al establo, y el corazón de Miriam da un salto cuando ella también lo ve.

Un hombre alto y delgado, con chaleco y gorra de camuflaje, asoma desde la esquina apuntándolos con un rifle de caza.

—¿Ese es… él? —pregunta Felix, levantando las manos para mostrar que están vacías.

—Creo que sí —dice Miriam, desabrochándose el cinturón. Sale del coche y lo mira por encima del techo—. ¿Gerry? —pregunta.

Al oír su nombre, el hombre se mueve un poco.

—Hola, Miriam —dice sin bajar el arma.

Su voz es distinta de lo que imaginaba: más fina, más tensa. También percibe un ligero acento, desgastado por años viviendo en otro país; por el nombre ya sospechaba que Gerry no era danés de nacimiento.

—Es un placer conocerte por fin —dice ella, intentando sonreír.

—¿Has venido por tu propia voluntad? —pregunta él.

—Sí —responde—. He escapado. Tal como planeamos.

—¿Y quién es el chico del coche? —exige Gerry.

—Es mi hijo.

—Creía que habías dicho que se lo llevaron.

—Sí, a mi otro hijo. Toby. Este es Felix, el hermano gemelo de Toby.

—Qué conveniente —murmura Gerry.

—¿Cómo dices? —pregunta Miriam, sin estar segura de haberlo oído bien.

—¿Cómo sabes que no clonaron a tu hijo y lo reemplazaron con un espía?

Miriam abre la boca para responder, pero enseguida se da cuenta de que no tiene una buena respuesta. La pregunta —o más bien la paranoia que destila— la pilla por sorpresa.

Felix se inclina hacia ella y susurra:

—Mamá, quizá deberíamos irnos…

—¿Qué está haciendo? —grita Gerry—. ¡Dile que se quede donde pueda verlo!

—Escucha, Gerry, está bien. Todo está bien. Felix vino a visitarme, como hace a menudo, y supe que era el momento. Me ayudó a escapar —Piensa un instante y añade—: Está de nuestro lado.

Esa última frase parece tranquilizar un poco a Gerry. Aun no baja el arma, pero asiente hacia el maletero.

—Abre todas las puertas del coche, por favor. Quiero ver que no hay nadie más dentro.

Miriam abre las dos puertas traseras y el maletero.

Gerry se acerca un poco y, sin dejar de apuntar al cristal de la ventanilla de Felix, inspecciona el coche.

—Bien —dice al fin, bajando el arma hacia el suelo—. Aun tengo que escanear el vehículo para asegurarme de que no lo hayan rastreado, pero veo que no traes a nadie más —Mira a Felix, que sale del coche—. Lo siento. Es solo que… solo te esperaba a ti, Miriam.

—Lo sé, debería habértelo dicho —dice ella, respirando con algo más de calma. Aún le sorprende la reacción de Gerry, pero tiene

sentido: un hombre tan precavido y meticuloso como él, después de haberla ayudado a fugarse, no soporta lo imprevisto.

—Se parece mucho a ti —observa Gerry. Probablemente intenta hacer un cumplido, pero lo dice como quien enuncia un dato.

—Sí, es un chico guapo —sonríe Miriam, intentando suavizar el tono extraño de su comentario—. Y listo también.

—Para ya, mamá.

—Lo reconocí por la foto —prosigue Gerry, hablando como si Felix no estuviera—. Encontré algunos artículos antiguos sobre tu caso. Había una foto tuya. Pero no mencionaban a un segundo niño.

—No —dice Miriam con seriedad—. Nadie más lo recuerda.

Gerry la mira y afirma con tono convencido:

—Así es como lo hacen. Reinicio neuronal. Solo que tú lo amabas demasiado para que su truco funcionara.

Miriam siente que se le aprieta la garganta y solo puede asentir.

—¿Y él? —prosigue Gerry, mirando a Felix—. ¿Él lo recuerda?

Felix los mira a ambos, sin saber si la pregunta era para él.

—Creo que sí —dice Miriam—. ¿Verdad, Felix?

—Yo… no lo sé —responde con vacilación. Mira el arma apoyada en el brazo de Gerry, temeroso de que una respuesta equivocada haga que vuelva a apuntarle—. Recuerdo algo, pero… —Se encoge de hombros.

—Quizá lo recuerde con el tiempo —dice Gerry, mirando hacia la entrada—. No creo que os hayan seguido; ya habrían aparecido. Eso es bueno.

—No, nadie nos vio marcharnos —asegura ella—. Seguí el plan al pie de la letra —Da un paso adelante y le toca el brazo—. Gracias,

Gerry. No habría podido salir sin que arriesgaras tu cuello por mí. Te debo una.

Por primera vez, percibe una leve sonrisa en la comisura de su boca.

—Me alegra que haya funcionado —dice, mirando de ella a Felix—. ¿Tienen hambre?

—Me muero de hambre —dice Felix.

—Yo también comería algo —añade Miriam.

—Vengan conmigo —dice Gerry, dándose la vuelta y echando a andar hacia la casa—. Les prepararé algo en cuanto conozcan a Titán.

—¿Titán? —pregunta Miriam, sintiendo otra vez la mirada de Felix —. ¿Es… un perro?

—Claro. El mejor perro guardián que podrían conocer —Gerry echa una mirada por encima del hombro. Sonríe otra vez, aunque esta vez es más una mueca—. Tendrá que darles el visto bueno antes de que pisen el Arca. Si no los aprueba, me temo que no hay trato.

25

MARTIN

PODRÍA SIMPLEMENTE LANZARME POR el descansillo con la silla.

Martin acerca con cautela la silla de ruedas un poco más a las escaleras. Podría servir. Son bastante empinadas, y hay como treinta peldaños o así.

Es una solución sencilla, pero también un tanto dramática. Y, peor aún, no garantiza que realmente vaya a morir. Podría acabar al pie de los escalones, hecho polvo pero todavía vivo.

«Hmm. Quizá sea mejor optar por algo más sutil.»

Podría ir al aseo, llenar el lavabo y ahogarse.

Pero ha oído que ahogarse no es nada agradable y puede durar unos minutos.

Pasa un sanitario, ya sin escafandra, con un botiquín. La maleta roja probablemente guarda bastantes remedios letales. Un bisturí, pastillas, quizá incluso sedante suficiente para tumbar a un adulto. Si Martin pudiera hacerse con el maletín, podría ir discretamente por el pasillo, encontrar una habitación vacía y acabar con todo.

Sigue al sanitario de vuelta al salón, sin perder de vista la maleta.

Justo cuando pasa junto a la fila de fallecidos, un gruñido le hace detenerse y girar la silla.

Espera ver a alguien de pie allí, tal vez Olsen. Pero no hay nadie cerca, salvo los cuerpos del suelo.

«Habrá sido mi imaginación.»

Está a punto de darse la vuelta cuando nota un movimiento. La manta que cubre el cuerpo de su padre parece agitarse levemente.

Lo primero que piensa Martin es que debe de ser una corriente de aire. Pero las ventanas están cerradas.

Luego supone que algún gato o algo se ha metido bajo la manta. Ha visto unas cuantas mascotas en el hospicio, y eso también explicaría el sonido que acaba de oír.

Pero entonces el gruñido vuelve, y no suena en absoluto a gato.

Es un gruñido que conoce muy bien.

—¿Qué demonios…? —rezonga la voz de su padre.

«No», piensa Martin, parpadeando con fuerza varias veces. «No, esto es un sueño. Me he quedado dormido.»

Se lleva la mano a la mejilla y se da unos golpecitos suaves. No le sirve para despertar.

—Eh… ¿alguien? —se oye a sí mismo croar, girando la cabeza—. ¿Olsen? ¿Enfermera? Que venga alguien, por favor…

Nadie le oye.

Entonces su padre aparta la manta a tientas, parpadea y frunce el ceño, como si las luces le resultaran insoportablemente brillantes.

—¿Dónde demonios estoy?

Martin se da cuenta enseguida de que el viejo tiene otro aspecto. Para empezar, ha recuperado el color. No es que estuviera moreno antes de morir, pero al menos ahora ya no parece un cadáver; de hecho, había pasado los últimos seis meses en el hospital antes de venir aquí a pasar sus últimos días.

Y lo negro casi ha desaparecido. O, mejor dicho, sigue ahí, pero en menos de media hora se ha vuelto gris y mate.

—Has… has salido de esta —dice Martin, estupefacto.

Su padre lo oye y gira la cabeza para mirarlo, aún entrecerrando los ojos.

—¿Martin? ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Qué… qué ha pasado? —repite Martin, sin saber si debe reír o llorar—. Ha pasado que cogiste el virus Nigrum, te mató y luego has vuelto.

Los ojos del padre se abren de par en par.

—¿He muerto? Bueno, seré…

De pronto la enfermera está a su lado. Le pone una mano en el hombro y dice en voz baja:

—Siento mucho su p… —Se corta al ver los ojos del padre de Martin mirándola fijamente—. ¿Pero qué...? ¿Jepsen?

—Servidor —gruñe el viejo—. Al menos solía serlo. Ahora ya no estoy tan seguro.

—Madre mía —exclama la enfermera, dudando un instante antes de inclinarse para examinarlo—. Usted… usted está realmente… Dios mío…

—¿Puede no hacer eso? —gruñe el padre de Martin cuando ella le abre suavemente la boca para mirarle dentro—. No soy un perro en

una maldita exposición.

—Por favor —acierta a decir Martin—. Déjele un minuto. Acaba de despertar.

La voz de la enfermera llama la atención de algunas personas que se acercan. Martin oye los murmullos.

—¿No estaba muerto hace un segundo?

—¿Cómo es posible?

—Supongo… supongo que lo habremos diagnosticado mal —dice la enfermera, incorporándose—. Al final no estaba muerto.

—Sí que lo estaba —dice Martin.

—He oído que esto puede pasar —dice una voz a su espalda. Es el sanitario que llevaba la maleta hace un momento. Va con la cabeza afeitada y una perilla rojiza donde ya crece musgo negro—. El virus no te deja morir por causas naturales…

La enfermera lo mira, frunciendo el ceño.

—¿Cómo lo sabes, Theis? No dijeron nada de eso en la sesión informativa.

—No, no creo que lo hayan confirmado aún. O quizá sí, pero no han querido mencionarlo. Tampoco es que fuera muy exhaustivo el informe que nos dieron —se inclina hacia el padre de Martin—. ¿Cómo se encuentra, señor?

—Hecho una mierda —gruñe el viejo.

—¿De qué se estaba muriendo?

—De cáncer —responde el padre de Martin—. Se comió casi todo: pulmones, vesícula, páncreas y sabe Dios qué más ahí dentro.

—¿Sigue con los mismos síntomas que antes?

—Si pregunta si me duele todo, la respuesta es un sí rotundo —gruñe, y rompe a toser.

El sanitario toma aire hondo y mira a Martin.

—Era lo que pensaba. Sigue muriéndose.

—Pero… no lo entiendo… —dice Martin, rascándose la sien y notando el hongo en la línea del cabello—. ¿No has dicho que el virus lo había curado?

—No, he dicho que no le deja morir. No hasta comprobar si puede usarlo.

Ya se ha juntado bastante gente, y el salón queda casi en silencio. Todos los que pueden escuchar, escuchan.

—Bien, voy a explicarlo —dice el sanitario, alzando un poco la voz y mirando alrededor—. No estaba seguro, pero esto lo confirma. Sospecho que les ocurrirá a muchos, así que mejor que lo sepan.

—¿Saber qué? —exige una mujer, rascándose las axilas como si le picasen—. ¿Qué nos va a pasar?

—No lo sé con certeza. Pero creo que bastantes personas en esta sala no serán tomadas por el virus.

Corren murmullos de alivio.

—No lo tomen aún como una buena noticia —prosigue Theis, sombrío—. Probablemente solo será cierto para los que ya están muriéndose. El resto de nosotros… nos transformaremos en mutantes, igual que los que vinieron a infectarnos.

El salón queda en silencio absoluto mientras el sanitario hace una pausa.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta la mujer—. ¿Por qué solo los pacientes se librarán?

—Ahí está la cuestión —dice Theis, encogiéndose de hombros—. No se librarán. Morirán de lo que ya los estaba matando. Creo que… de algún modo, el virus sabe que están terminales. Así que no desperdicia energía intentando transformarlos. Imagino que es un proceso exigente: consume muchos recursos y requiere un estado basal de salud y resiliencia en el huésped. La transformación probablemente los mataría.

—¿Cómo sabes todo eso, Theis? —insiste la enfermera.

—Lo sé porque fui de las primeras personas en verlo —explica el sanitario—. Trabajaba en Urgencias como primer interviniente. Acudí en ayuda de dos infectados. Clara y Johan Birk. Ella fue infectada por un mutante y, sin darse cuenta, se lo transmitió a su marido. Bien, ella lo superó, pero él no. Fue muy extraño, pero todo iba tan deprisa que creo que nadie tuvo tiempo de fijarse. Cuando quedó claro que ella había expulsado el virus, o más bien, que el virus la había abandonado, la bola de nieve ya rodaba por la ciudad, con una veintena de infectados sueltos. La gente entró en pánico, las autoridades iban de cabeza. Pura casualidad que yo pasara por la sala de aislamiento y la oyera pedir ayuda. Ya estaban evacuando el hospital y… bueno, a nadie le importaba o se atrevía a sacarla. Yo sí. Primero le tomé todas las constantes. Estaba perfectamente. Sin rastro de infección, ni signos de mutación. A esas alturas debería haber estado completamente transformada; su marido lo estaba, desde luego. Él estaba en la habitación de al lado, chillando y aporreando la puerta…

Theis se detiene un segundo, como si esa memoria le atravesara la cabeza.

Todos esperan a que continúe.

—En fin, la dejé salir y se fue. Yo seguí con lo mío. Pero no dejaba de pensar en ella. Así que le pedí a un amigo, un médico, que accediera a su historial. Es ilegal, lo sé, pero le expliqué por qué tenía que verlo. Resulta que ella tiene hemofilia.

Solo los sanitarios en la sala parecen reconocer el nombre de la enfermedad. El resto, Martin incluido, pone cara de desconcierto.

—Es un trastorno de coagulación —aclara Theis—. Genético. En el caso de Clara, leve. Probablemente significaba que se le hacían moratones con facilidad, hemorragias nasales frecuentes, ese tipo de cosas. Pero mi amigo, en cuanto lo vio en su expediente, murmuró: «Por eso no ha podido usarla»… Le pedí que me lo explicara, y dijo algo de que el virus «necesita mecanismos de coagulación intactos para facilitar la mutación»… —Theis se encoge de hombros—. Creo que dio en el clavo. Por desgracia, a él lo infectaron una hora después. A estas alturas seguro que está completamente transformado —Suspira por la nariz—. No estoy seguro de que nada de esto importe ya.

La gente empieza a murmurar y a dispersarse. Cada cual vuelve a lo que estaba haciendo.

Martin carraspea.

—Entonces, ¿el virus perdonó a mi padre por el cáncer?

Theis lo mira.

—Sí. Como probablemente hará con todos los pacientes de aquí.

—¿Pero cómo explica eso que lo haya resucitado? Has dicho algo de causas naturales.

—Cierto —dice el sanitario, tirando de su perilla—. Esto lo vi justo después de dejar a Johan y Clara en el hospital. Nos llamaron para ir al piso de otro hombre. También infectado y que, presa del pánico, había estrellado su coche. Probablemente de camino al hospital. He visto a menudo ese tipo de accidente. Sin cinturón, el airbag hizo poco. Tórax aplastado, cráneo abierto, muerto en el acto. Era evidente que estaba infectado, porque la cosa crecía por toda su piel. A diferencia de él, el hongo parecía muy vivo. Tomamos precauciones y lo subimos a la ambulancia. Cuando llegamos a Urgencias, el tipo se incorporó de golpe en la camilla —Theis resopla y niega con la cabeza—. Te juro que casi me cago encima. Estaba bien. Sin signos de traumatismo, bueno, algunos moratones, pero, claramente, cada maldito hueso de su cuerpo se había soldado milagrosamente, incluido el cráneo, y el corazón había vuelto a latir. Nunca vi nada igual. Si fuera religioso, habría pensado que era la Segunda Venida, pero…

Se encoge de hombros.

—¿Y qué fue de él? —pregunta Martin.

—Pues que el pobre seguía infectado, así que no hubo más remedio que meterlo en aislamiento. Supongo que pasó a la fase de transformación.

Martin traga saliva. No puede evitar pensar qué habría pasado si hubiera decidido seguir adelante con lo de las escaleras. Incluso si hubiera conseguido matarse, probablemente habría despertado otra vez.

—Vale, vale —dice la enfermera, parpadeando deprisa—. A ver si me entero. Estamos todos infectados, pero los que ya estaban

enfermos no se transformarán. Los demás sí. ¿Es correcto?

—Eso creo —asiente Theis.

—Pero aquí solo hay una docena, como mucho, que no son pacientes —dice la enfermera, abriendo los brazos—. ¿Para qué iban a molestarse en infectar un hospicio?

—No lo sé —dice Theis, encogiéndose de hombros—. Tal vez los demás sitios obvios ya estaban ocupados. Tal vez no lo pensaron tanto. O quizá… —Echa un vistazo alrededor, baja la voz y su semblante se oscurece—. Quizá dan por hecho que los pocos que sí nos transformemos nos limitaremos a comernos a los demás.

FELIX

ES EL PERRO MÁS grande que Felix ha visto en su vida. No solo es casi tan alto como él, sino que ocupa prácticamente toda la puerta.

Felix no es ajeno a los perros; creció con Héctor, un bulldog francés que pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en el sofá. Comparado con Héctor, el animal que ahora lo observa parece más un oso grizzly. Su pelaje está enmarañado, lleno de abrojos y tieso de suciedad, y de verdad parece que el animal podría haber vivido en la naturaleza de Alaska, persiguiendo salmones y enfrentándose a rivales. Pero probablemente es solo porque Gerard nunca se ha molestado en lavarlo o cepillarlo.

El perro da un paso adelante y Felix, instintivamente, retrocede, chocando con su madre. El animal apenas necesita levantar la cabeza para olfatearle la cara.

—Tranquilo, Titán —dice Gerard con tono distraído mientras se les adelanta hacia el interior de la casa—. Son amigos.

Las palabras no parecen calmar al perro. Sigue resoplando y bufando frente a Felix. Su aliento cálido y húmedo huele a comida enlatada y algo metálico.

—¿Mamá? —pregunta Felix, mirando hacia atrás.

Su madre le pasa los brazos por los hombros y lo atrae con suavidad hacia sí, intentando adelantarse para colocarse entre él y Titán, pero el perro, claramente no satisfecho con su inspección, la sigue.

—Eh, Gerry —dice ella—. ¿Estás seguro de que…?

—Estará bien —responde Gerard desde dentro de la casa—. Solo dale un segundo. Y no digas ni hagas nada estúpido.

—¿Qué cuenta como "estúpido"? —pregunta Felix, tragando saliva y entornando los ojos cuando el hocico húmedo de Titán se le mete en la oreja—. Si cagarte encima entra en la lista, me temo que ya lo hice.

Su madre le ofrece la palma al perro, intentando atraer su atención.

—Hola, Titán. Eres un chico grande, ¿eh?

El perro la ignora por completo.

—¿Qué raza es? —pregunta Felix.

—Es mestizo —responde Gerard—. Parte san Bernardo, parte pastor caucásico. No los hay más grandes.

—Seguro que no —murmura Felix.

Por fin, Titán deja de olfatearlo, le lanza una última mirada y luego baja su enorme cabeza para meterla bajo su axila. Felix retrocede tambaleándose y habría caído si su madre no lo estuviera sujetando.

—¿Qué… qué está haciendo ahora? —pregunta Felix mientras el perro se restriega contra sus costillas.

—Le caes bien —dice Gerard, que aparece detrás del animal con una sonrisa.

Felix se da cuenta de que el perro quiere que lo acaricie, así que pone la mano sobre su lomo y acaricia el áspero pelaje.

—Será mejor que entres —le susurra su madre al oído, en el que no tiene babas—. Antes de que cambie de idea.

Felix sigue el ejemplo de Gerard y pasa junto al perro. Inmediatamente, la bestia dirige su atención a su madre. Felix observa cómo ella sufre la misma inspección a fondo antes de que Titán decida que puede pasar. No parece que le caiga tan bien: no le pide caricias; simplemente se aparta medio paso, y al parecer eso es toda la aprobación que ella recibe.

Ella se cuela por el hueco y el perro le lanza una última mirada desconfiada antes de salir al exterior, probablemente a buscar un sitio donde orinar.

Siguen a Gerard hasta la cocina que, para sorpresa de Felix, está bastante limpia y ordenada. Hay algunos platos en el fregadero, un trapo sobre una silla y media docena de botellas de cerveza vacías en la encimera, pero todas alineadas con precisión, listas para tirarse a la basura. En una esquina hay un colchón viejo, gastado y cubierto de pelos de perro. Junto a él, un cuenco enorme. Por lo demás, el lugar no parece la casa de un tipo raro y obsesionado con el fin del mundo.

O quizá así es como viven los preppers, reflexiona Felix. Tal vez sean maniáticos del orden y la limpieza, y son sus propios prejuicios

los que los imaginan sucios y desorganizados.

«Cualquier cosa menos cepillar al pobre perro», piensa, viendo a Titán por la ventana. El animal está husmeando alrededor del coche, asegurándose probablemente de que no quede nadie escondido.

Gerard va a otra habitación y vuelve con unos pantalones y un par de calcetines de lana. Se los lanza a su madre.

—Son los más pequeños que tengo, espero que te sirvan.

—Gracias —dice ella—. ¿Puedo…?

Gerard la mira, confuso un segundo, hasta que entiende.

—Ah, claro. El baño está ahí —Señala una puerta entreabierta.

—Gracias.

—¿Huevos y arroz te valen? —pregunta Gerard, abriendo un armario alto lleno de comida no perecedera.

—Cualquier cosa servirá —dice ella al entrar en el baño y encender la luz. Ni siquiera cierra la puerta.

Gerard trae una jarra de agua y tres vasos a la mesa. Felix lo ve echar un vistazo disimulado hacia la puerta del baño antes de volver a los fogones.

Su madre regresa al cabo de un momento, ya con la ropa seca.

—La verdad —dice sonriendo—, me basta con comer algo que no venga precocinado ni de microondas.

—No te preocupes por eso —responde Gerard, sacando una docena de huevos del frigorífico—. No tengo microondas; son demasiado fáciles de intervenir.

Felix suelta una risa nasal.

Gerard se detiene a medio camino hacia el fuego y lo mira.

—¿Qué pasa? ¿Tienes un resfriado o algo?

—No, solo… eh… —Felix mira a su madre buscando ayuda, mientras ella se sienta enfrente—. Era una broma, ¿no?

—¿Sobre los microondas? —Gerard niega con la cabeza—. Hijo, tienes mucho que aprender —Coloca los huevos junto al fogón, abre el gas y descolgando una sartén añade—: Nunca compres nada electrónico y no confíes en nada que no hayas construido tú mismo.

Felix mira a su madre, pero ella solo encoge los hombros.

—¿Porque… le temes a los micrófonos? —pregunta.

—Sí.

Felix recorre con la vista la cocina.

—¿Y el frigorífico? ¿También lo construiste tú?

Gerard rompe un huevo sobre la sartén y responde sin volverse:

—No, ese no. Un frigorífico es electromecánico. No tiene placas ni componentes digitales. Funciona con un compresor y un termostato —Mira por encima del hombro con una sonrisa—. ¿No le enseñaste nada, Miriam?

Ella carraspea.

—No he tenido mucha oportunidad.

—Ya, lo sé —concede Gerard, rompiendo otro huevo—. Malditas autoridades, encerrarte así sin un juicio justo.

—En realidad, sí hubo un juicio largo —lo corrige Felix, mirando a su madre—. Simplemente no le creyeron.

Ella sonríe y le pone la mano encima.

—Por supuesto que no —dice Gerard, llenando una olla con agua —. Tienen miedo de la verdad y harán lo que sea por enterrarla.

Felix frunce el ceño, recordando lo que Gerard dijo cuando lo conocieron: “¿No habías dicho que se llevaron a tu hijo?” Y algo

sobre clonarlo.

—Oye, ¿tú…? —Mira a su madre y baja la voz—. ¿Le contaste todo? ¿Lo de Toby y lo de… lo de…? —No se atreve a pronunciar la palabra, así que señala el techo.

—Sí —admite ella, algo avergonzada.

—¿Y él te creyó?

—Sí —dice Gerard, vertiendo arroz en la olla—. He visto las pruebas.

Los ojos de Felix se agrandan.

—¿Le enseñaste la foto? —Por alguna razón, le irrita pensar que su madre compartiera algo tan personal con un extraño antes que con él.

Ella niega con la cabeza y está a punto de responder, cuando Gerard vuelve con tres platos y tres juegos de cubiertos.

—¿Qué foto? —pregunta, mirando a ambos.

—Solo una foto familiar —dice ella, forzando una sonrisa que se parece más a una mueca.

—Entonces, si no se la mostraste —dice Felix, mirando a Gerard—, ¿de qué pruebas hablas?

Gerard se pone en jarras y levanta la barbilla.

—Hablo de las señales que están por todas partes… si sabes cómo verlas.

—¿Como cuáles?

Gerard pasa la lengua por sus dientes grises y lanza a Miriam una mirada cómplice.

—La juventud de hoy, ¿eh? Tan crédula.

A Felix empieza a hervirle la sangre.

—Sabes, no soy tan estúpido como crees.

—Felix —dice su madre.

—Yo estuve allí, ¿sabes? —continúa él—. En el avión secuestrado esta mañana. Te has enterado, ¿verdad?

Gerard lo mira fijamente. Su expresión pasa de condescendiente a abiertamente asustada.

—¿Estuviste… en ese avión?

—Ajá —responde Felix—. Y salí de allí sin infectarme. Probablemente soy el único de todos los pasajeros. Así que quizá no sea tan idiota como tú…

Gerard retrocede, golpeándose con la encimera. Mira a la madre de Felix.

—¿Tú lo sabías?

—Gerry, por favor. Sí, lo sabía. Pero está bien. No está…

—Dios santo —exclama él—. ¡Es el chico que están buscando! —Los observa a ambos, pálido—. Sabías que había estado expuesto y aun así lo trajiste aquí —Su voz se eleva—. Están portando la espora. Los dos… deben de estar infectados.

—No, Gerry, escucha —dice ella, levantándose. Eso solo hace que Gerard se acerque más a la puerta del vestíbulo, como si fuera a salir corriendo—. Piénsalo, por favor. Está limpio. El periodo de incubación es de, ¿qué?, seis horas como mucho. Quizá menos con exposición directa. Ha pasado un día entero desde que Felix salió del aeropuerto y no tiene ningún síntoma. Míralo —Señala a su hijo.

Gerard permanece inmóvil unos segundos, respirando por la nariz.

—Gerry, por favor —insiste ella—. No habría venido si tuviera la más mínima duda de que estábamos infectados.

De pronto, Gerard se dirige a la puerta. Pero en lugar de salir, abre el armario que hay junto a ella.

Mete la mano, saca algo y se da la vuelta.

Solo cuando apunta el objeto hacia Felix se da cuenta de que es una pistola.

MARTIN

—BIEN, ¿Y AHORA QUÉ? —pregunta Martin.

La enfermera lo mira, y luego ambos miran a Theis.

El sanitario alza las manos.

—No tengo la respuesta. Mi plan era cuidar de quien me necesite hasta que ya no pueda. Luego quizá salir, encontrar un coche y conducir lo más lejos posible —Se encoge de hombros—. Quiero decir, me quitaría de en medio aquí y ahora si sirviera de algo, pero…

Martin traga saliva y vuelve a imaginarse tendido al pie de la escalera, todo retorcido. Su mente va a la zaga. Demasiada información demencial en muy poco tiempo. Su padre: muerto y luego vivo otra vez. Su propia sentencia de muerte, junto con la de todos los no terminales de allí. Y el suicidio no es una opción, porque resucitarían por arte de magia.

—Pero tiene que haber una forma de matarnos para no convertirnos en monstruos —se oye decir—. O sea, si… si nos

cortamos la cabeza, no hay manera de que el virus arregle eso, ¿no?

Theis esboza una sonrisa sombría.

—Supongo que tienes razón. ¿Casualmente tienes una sierra para metales? ¿O una katana? ¿Te encargas tú de cortar?

Martin niega con la cabeza.

—Era solo una idea. Seguro que podemos pensar algo menos teatral pero igual de efectivo —Hace una pausa—. ¿Y si quemamos los cadáveres? Ya sé que uno no puede hacerlo consigo mismo, pero podríamos ayudarnos entre nosotros.

—Dios mío —dice la enfermera, como si la idea le repugnara.

Theis lo observa, y en la comisura de la boca se le forma una media sonrisa torcida.

—Me gusta tu determinación. No es la primera vez que te planteas esto, ¿verdad? Quitarte la vida.

Martin abre la boca, la cierra, y mira a su padre. Pero su padre no escucha; se ha vuelto a quedar dormido.

—Eh, sin juicios —prosigue Theis—. Fui alcohólico durante años. Toqué fondo, llegué a un lugar muy oscuro… y no sabía si había forma de volver. Lo entiendo. Solo he supuesto que un tío confinado a una silla de ruedas probablemente le haya dado vueltas al asunto alguna vez.

—Sí —admite Martin, notando el calor subírsele a la cara.

—No podemos decapitar a toda persona funcional aquí por algo que podría pasar —interviene la enfermera—. Pero… quizá tengas razón… ¿eres Martin, no?… quizá sea buena idea sacar fuera a los que mueran y… y quemarlos. Quiero decir, no es muy distinto a una

cremación, ¿no? Y creo que así se hacía en la antigüedad para frenar contagios.

—El único problema del plan —dice Theis— es que no moriremos. No exactamente. Por lo que he oído es más bien un coma. Luego, en algún momento, la persona despierta de golpe. Así que habría que prender fuego en el instante exacto. Demasiado pronto y básicamente estamos quemando a un ser humano vivo… demasiado tarde y arriesgamos que despierte y empiece a comerse al resto.

—Dios mío —murmura de nuevo la enfermera.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —pregunta Martin—. ¿Cuánto se permanece en esa fase tipo coma?

Theis se encoge de hombros.

—Varía. Desde minutos hasta horas.

—Joder —masculla Martin—. O nos convertimos en verdugos o arriesgamos la vida de todos.

—Vidas que ya están básicamente perdidas —añade Theis, abriendo los brazos—. Es una situación bastante desesperada. Y no hay un buen plan para afrontarla —Se da la vuelta para irse y, de pronto, recuerda algo y vuelve a girarse—. Pero eh, no tienes de qué preocuparte. Tú tendrás lo mejor de ambos mundos.

Martin parpadea.

—¿Cómo?

—Pues supongo que tu condición hará que te libres, pero, a diferencia de otros pobres diablos de aquí, no tienes fecha de caducidad inminente. Cuando el virus te abandone, estarás bien.

—¿Me… me abandone? —repite Martin.

Theis se toca un ojo y luego señala la cara de Martin.

—Ya está volviéndose gris.

Se marcha.

Martin se queda con la boca abierta. Lleva la mano al ojo. Pasa una uña por el borde y la materia musgosa se desprende dócil, deslizándose por su mejilla. Mira la uña. Theis tiene razón; el brote está mayormente gris ahora, igual que en su padre.

—Hostia… —murmura, esbozando una sonrisa tensa—. Puede que tenga razón. Puede que esté bien.

Nota que la enfermera lo estudia y la mira. En un destello, ve en su rostro algo muy parecido a la envidia. Luego ella carraspea y dice:

—Tengo un poco de… eccema —Se remanga y muestra el brazo, con unas manchas rojas—. ¿Crees… crees que eso significa que yo también me libraré?

La esperanza en su voz es tan palpable, parece de pronto pasar de enfermera de mediana edad a niña de cinco años. Martin siente una punzada de profunda compasión.

—Sinceramente, no lo sé —le dice—. Ojalá que sí.

Pero lo que le crece a la enfermera sigue muy negro y muy vivo.

Un nervio le hace temblar el labio mientras se baja la manga.

—Probablemente no, ¿verdad? Qué tontería. Debo volver al trabajo. Avísame si tu padre necesita algo.

Se da media vuelta y se va.

Martin permanece varios minutos observando la actividad del salón. Unas cuantas enfermeras y un puñado de personas que, por lo visto, también estaban de visita como él, haciendo lo posible por atender a los pacientes terminales en las camas, desplomados en sillas o acurrucados en mantas en el suelo.

Cada persona tiene parches visibles de la materia negra creciendo sobre la piel. El aire apesta a limón, y se oyen toses y gemidos.

«Soy el único que va a salir de aquí», se da cuenta Martin.

Y entonces, de pronto, lo ve.

Cómo puede ayudar.

Todo encaja con un casi audible clonc en su cabeza.

Es una posibilidad remota. Pero merece intentarlo.

Saca el móvil e intenta algo que no hace desde los… ¿cuatro años? ¿Seis? Ya ni recuerda cuánto lleva sin hablar con su hermana.

Martin llama a Maja.

28

FELIX

ANTES DE QUE FELIX pueda decir o hacer nada, su madre se interpone delante de él.

—Baja eso, Gerard. No es necesario.

—Apártate, Miriam —sispea Gerard.

—Nos iremos, ¿vale? Nos vamos.

—¿Irse? —repite Gerard, parpadeando—. ¿Irse adónde?

—No lo sé. A otro sitio.

Él niega con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No hay otros sitios, Miriam. Eres una fugitiva buscada. Te están buscando por todas partes. Tu cara ya estará en las noticias nacionales. En cuanto intentes registrarte en algún lugar, te encontrarán.

Su madre vacila.

Felix se pone en pie, buscando desesperadamente una solución.

—Podemos ir a casa de papá —sugiere.

Eso hace que su madre gire la cabeza para mirarlo.

—¿Tu exmarido? —se burla Gerard—. Sí, mucha suerte con eso.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Felix, sintiendo la rabia arderle en el pecho. A pesar de que les están apuntando con un arma, habría dado un paso al frente si su madre no lo hubiera detenido.

—Cálmate, Felix —le dice ella.

—Te entregará igual que la primera vez —continúa Gerard, dirigiéndose a ella—. Sabes que no te cree.

—¡Deja de hablar de mi padre! —grita Felix, señalando a Gerard, sorprendido de su propia reacción—. ¡No tienes ni idea de cómo es!

—Felix, por favor…

—Oh, sí que la tengo —dice Gerard, mirando de nuevo a Miriam—. No seas estúpida, Miriam. Fuera hace un frío de muerte. No llegaréis a la ciudad. Os quedaréis aquí… si estáis limpios, claro. —Sus ojos se posan en Felix—. Solo necesito que me lo demuestre.

—¿Demostrarlo? —repite Felix, extendiendo los brazos—. ¿Cómo?

Sin apartar la mirada, Gerard mete la mano en el armario. Saca una linterna robusta.

—Desnúdate —dice entre dientes, encendiendo el haz—. Enséñame.

—Vamos, no puedes hablar en serio.

Gerard ajusta el agarre del arma, sujetándola con más fuerza, y responde con voz baja:

—Nunca he hablado más en serio en mi vida, chico.

—Gerry —empieza su madre, levantando las manos—. No hace falta…

—Sí la hace, y lo sabes. Mira… —Da un paso lateral, apartándose de la puerta, y continúa con una sonrisa tensa—: Marchaos si queréis. No os lo impediré.

—Vamos, mamá —dice Felix—. Vámonos.

Le coge del brazo, intentando llevársela, pero ella se resiste.

—Espera, cariño.

—¿Qué pasa?

Su madre se muerde el labio, mirando por la ventana. Casi ha oscurecido, y ha empezado a nevar.

—Tiene razón. No lo lograríamos ahí fuera.

—Ya encontraremos el modo —insiste Felix—. Usaremos mi nombre para alquilar un coche o algo así.

—No tienes dieciocho —le recuerda ella—. Y también te están buscando, ¿recuerdas? Además, no tienes dinero, ¿verdad?

—Bueno… no —admite Felix.

La expresión de Gerard se vuelve de satisfacción, el arma firme, esperando su decisión.

Su madre parece sopesar las opciones. Levanta las manos.

—Vale, mirad, los dos. Tranquilicémonos, ¿sí? No empecemos a enfrentarnos entre nosotros —Gira la cabeza hacia Felix—. Demuéstraselo, cariño. Enséñale que no estás infectado.

—Felix se sorprende al escucharla, pero basta una mirada para entender que no defiende a Gerard; solo pretende ganar tiempo y apaciguar la situación.

Además, él se lo ha buscado por mencionar el aeropuerto.

—De acuerdo —suspira, frunciendo el ceño hacia Gerard—. Lo haré.

—Bien —dice su madre, dando medio paso al lado. Lo observa fijamente, preparada para interponerse si Gerard aprieta el gatillo.

—A ver, cara, palmas, axilas, pliegues de los codos, ¿no? —dice Felix, remangándose—. Mira. Nada.

Gerard se acerca un par de pasos, manteniendo el arma extendida. Inclina la linterna y examina el interior de los codos y las palmas. Luego estudia de cerca el rostro de Felix. El haz le obliga a entrecerrar los ojos.

—Enséñame la línea del cabello —ordena Gerard.

Felix levanta el flequillo.

—Boca.

Felix abre bien.

—Orejas.

Gira la cabeza de un lado al otro.

—Axilas.

Felix se quita la sudadera y se sube las mangas de la camiseta, mostrando ambas axilas.

—¿Contento? —pregunta.

Gerard baja un poco el arma, pero solo para apuntarle al cinturón.

—Ahora, la ingle.

—Vamos —ríe nervioso Felix—. No voy a quitarme los pantalones.

—La ingle —repite Gerard—. Lugar clásico de crecimiento del hongo. Bájalos.

—Venga ya, hombre. Me has revisado entero, no hay rastro de...

—Quítate los malditos pantalones —Pronuncia cada palabra con cuidado, alzando de nuevo el arma.

Felix suspira y mira a su madre.

—¿Mamá?

Ella se encoge de hombros.

—Sé que no es agradable, cariño, pero… —Se da la vuelta.

Felix deja escapar un gemido. Luego se desabrocha rápido el cinturón y baja pantalones y calzoncillos. Siente cómo le arden las mejillas al notar la mirada de Gerard sobre sus partes.

—Levántalos —ordena.

—¿Qué?

—Has oído.

—Madre mía… —Felix obedece.

El rostro de Gerard no muestra expresión alguna mientras examina.

—Vale —dice por fin, bajando del todo el arma—. Estás limpio.

—Ya te lo dije —murmura Felix, abrochándose el cinturón y sentándose. Espera que su madre haga lo mismo, pero ella sigue de pie, frente a Gerard, midiéndose con la mirada.

—¿Mamá?

—Lo siento, Miriam —dice Gerard, encogiéndose de hombros—. Sabes que tengo que asegurarme.

—Sí —responde ella sin tono. Extiende las manos, separa los dedos y empieza a quitarse la camiseta.

—Oh, venga ya —gruñe Felix, fulminando a Gerard—. ¡Ella ni siquiera estuvo cerca del aerop—!

—Estuvo en contacto contigo —lo interrumpe Gerard, sin apartar la vista de su madre.

—Sí, ¡y acabas de ver tú mismo que no estoy infectado!

—Podría haberte saltado —dice Gerard con gravedad—. Pasa con algunos individuos. Podrías habérselo transmitido sin saberlo.

—Tiene razón, Felix —dice ella, dedicándole una breve sonrisa—. Está bien.

—No, mamá —niega Felix—. Esto no está bien. Tenía buenos motivos para revisarme, se lo concedo, pero esto ya es ridículo. Por lo que sabemos, solo quiere verte desnuda. Podría ser un maldito pervertido que...

—¡Felix! —lo corta su madre, frunciendo el ceño—. No hables así de Gerard. Es una falta de respeto.

Felix parpadea. Su madre nunca le ha reprendido así, y menos en este momento.

—Pero, mamá, solo intento… protegerte.

—Lo sé —Su expresión se suaviza—. Pero Gerard también. Todos estamos del mismo lado —Lo mira mientras habla—. Tenemos que confiar los unos en los otros. Le debo mucho a Gerard. Sin él, nunca habría salido. Además, nos ha ofrecido refugio, comida. No tenía por qué hacerlo. Y ya le he pedido bastante trayéndote aquí sin avisarle. Así que esto es lo mínimo que podemos hacer para tranquilizarlo.

Felix mira de ella a Gerard. El hombre le devuelve la mirada con un brillo de soberbia en los ojos.

Su madre le toma la barbilla, obligándolo a mirarla, y alza las cejas.

—Lo haremos y lo olvidaremos, ¿de acuerdo?

Los labios de Felix tiemblan un instante. Los aprieta.

—De acuerdo.

Le da la espalda y escucha cómo su madre pasa por el mismo examen. Intenta pensar en otra cosa, pero el reflejo de la linterna en la ventana no le deja olvidar lo que ocurre.

Al oír el sonido de la cremallera de su madre, ve el reflejo de Gerard acercarse un poco más. No puede evitar mirar su cara mientras examina la parte más íntima del cuerpo de ella.

Y ve algo que le revuelve el estómago: la punta de la lengua de Gerard asoma y pasa rápido por su labio inferior. Luego desaparece. Es solo un instante, pero le basta para sentir un vuelco de asco y temor.

«¿Qué demonios hacemos aquí? Este tío está completamente loco. Tenemos que poner distancia. De él y de su maldito perro gigante.»

MARTIN

LA LLAMADA SE DESCUELGA al quinto pitido.

Martin no esperaba realmente que respondiera. Así que, cuando oye su voz decir:

—¿Sí?

parpadea sorprendido. Suena exactamente como ella, quizá un poco mayor, pero igual de a la defensiva que la última vez que hablaron.

—Hola —dice, carraspeando. Sigue notando la cosa en la tráquea, pero ya no le molesta tanto. ¿Se estará retirando?

—Así que eras tú —dice ella. Su tono es frío.

—Sí —responde, intentando con todas sus fuerzas no sonar a la defensiva—. ¿Quién más esperabas?

—Pensé que sería un policía para decirme que habías muerto —suelta sin rodeos—. Sigues en Hornstedt, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me lo imaginaba. Sabía que no lo dejarías.

—Entonces… ¿te va mal ahora?

—Si preguntas si estoy ocupada, sí.

—Perdona. Puedo llamar más tarde, si...

—¿Está muerto?

Martin estaba tan metido en sus pensamientos sobre el virus, su idea loca y cómo iba a vendérsela a Maja, que por un instante no sabe de quién habla.

—¿Quién, papá? —pregunta, estúpidamente—. Sí, no, él… —Martin mira la cara de su padre. Ronca con la boca entreabierta—. Sigue aguantando.

—¿Estás infectado?

—Eh, bueno… sí, supongo.

Oye a Maja soltar el aire que, al parecer, estaba conteniendo.

—Así que por eso llamas.

—Sí y no.

—Claro —dice, sin escucharle—. Sabía que no te irías de ahí mientras pudieras.

—No creo que deba estar solo.

—Bien merecido lo tendría.

—Eh, venga. Solo...

—Te juro por Dios, Martin. Si vuelves a defenderlo, cuelgo. Me da igual que te estés muriendo.

Martin se queda callado un momento.

—No me estoy muriendo —dice.

Ella no parece oírlo.

—Así que solo querías despedirte del único miembro cuerdo que te queda de la familia. ¿O crees que, porque soy médica, puedo

curarte? Por favor, no digas que llamas por eso.

—No, no es eso. ¿Puedo hablar ahora?

—Claro, adelante.

—Lo siento mucho por… todo.

Ella resopla.

—No, de verdad. Siento cómo me comporté y lo que te llamé y lo que le dije a Michael… ¿cómo está, por cierto?

—Acepto tus disculpas —dice, fría—. ¿Eso era todo?

—No llamo solo para disculparme.

—¿También quieres una despedida sentida?

—No, no es eso. Te he dicho que no me estoy muriendo.

Pausa.

—Pero dijiste que te alcanzó la espora. La de la que todos hablan, ¿no?

—Sí. Pero creo… o mejor dicho, un sanitario con el que hablé cree que… que puede que yo no sucumba a la enfermedad. Por la distrofia.

Una pausa más larga.

—¿Y por qué dice eso? —su tono cambia. De repente suena interesada.

—Vio a otra persona. Alguien con una… hemo-algo. Que la sangre no le coagulaba bien, creo.

—Hemofilia —dice Maja al instante.

—Sí, exacto. Ella no se transformó; estaba perfectamente. Así que quizá, solo quizá, yo también me libre.

—Es… una gran noticia —dice su hermana, sonando optimista, aunque Martin tiene la clara sensación de que no se refiere

exactamente a él.

—Sí, si se confirma —dice Martin—. Papá también la tuvo, ya sabes. Se infectó, pero… —Se plantea decirle que su padre, de hecho, murió y volvió, pero decide omitirlo—. Está bien ahora. Quiero decir, salvo por el cáncer, claro.

—Entonces… ¿por qué me cuentas esto? —pregunta Maja.

—Pues estaba pensando… —Martin nota que ha empezado a sudar. La mano con la que sujeta el móvil se le acalambra, así que cambia a la otra—. Que quizá sea posible hacer una vacuna contra esto.

—¿Una vacuna?

Martin casi puede oírle arquear las cejas.

—Sí. Como con la COVID, ¿sabes?

Ella resopla.

—Esto no es como la COVID, Martin.

—Ya, lo sé. Pero claramente tiene un punto débil. Y si pudiéramos aprovecharlo…

—No sabes cómo funcionan las vacunas, Martin. No eres médico.

—No. Por eso hablo contigo —Se arrepiente al instante de haberlo dicho así, como si la única razón para llamarla fuera pedirle algo. Pero, para su sorpresa, Maja no parece molestarse.

—Ya estamos en ello —le dice—. De hecho, es lo único que hace mi equipo. No he dormido en toda la noche. Estamos recopilando datos, haciendo análisis, mapeando su genoma. Hay mucho trabajo.

—¿Pero sabíais esto de que ciertas personas con determinadas condiciones no se transforman?

—Hemos oído informes sobre pacientes oncológicos, sí. Mañana los recibimos.

—¿Sabes por qué evita a la gente enferma?

—Bueno, no, pero es probable que la espora sea sensible al ADN dañado o a una respuesta inmune elevada. Mi conjetura es que el efecto Warburg podría influir por la manera en que las células cancerosas usan la energía. Esto explicaría...

—Vale, pero mira —la interrumpe Martin—. Genial todo eso. ¿Cuánto tardaréis en concretarlo? Y después tendréis que empezar las pruebas, ¿no? No, espera, antes necesitáis un montón de aprobaciones para empezar con ratones. Me lo contaste: recuerdo lo largo que es el proceso.

—Entonces, ¿qué me estás pidiendo?

—Te pido —dice Martin, inspirando hondo—, si puedes hacer una vacuna que haga que una persona sana parezca tener distrofia muscular.

—Mira, Martin, no es tan simple. Para empezar, hay muchos tipos de distrofia muscular, así que según cuál...

—No, pero he leído sobre esto —dice Martin—. Sé más o menos cómo funciona lo mío. Cómo la distrofina en mis músculos no es la correcta y… y puedes medirlo mirando proteínas, ¿no? ¿No?

—Es correcto.

—Bien. ¿Y si la espora hace lo mismo? ¿Si mira esas proteínas para decidir si el huésped le sirve o no? Si es así, ¿por qué no hacer una vacuna que haga parecer que una persona normal tiene mi condición? ¿No se podría inyectar mis proteínas para mandar una señal falsa a la espora diciéndole: «Eh, este tipo tiene músculos débiles, ni te molestes»…? ¿No podría hacerse? Aunque sea en teoría.

Martin deja de hablar. Tiene la boca seca, y el pulso tan alto que lo nota detrás de los ojos.

Hay otra pausa, la más larga hasta ahora.

Entonces, Maja dice:

—Quizá en teoría.

—¡Sí!

—Pero sería una apuesta remota. Muy, muy remota. Incluso si pudiera llegar a funcionar, habría un montón de riesgos y desafíos que examinar.

—Sí, sí, lo sé. Pero ¿no crees que sanidad podría estar dispuesta a saltarse pasos si les llevas algo que funcione de verdad? Quiero decir, dada la situación y todo eso.

Ella suspira.

—No lo sé, Martin.

—Pero estás dispuesta a pensarlo, ¿verdad? ¿Quizá comentarlo con tu equipo?

—Quizá. Déjame que lo consulte con la almohada.

—Vale —dice, asintiendo—. Vale, gracias, Maja. Hablamos luego, ¿sí?

—Sí. Hablamos luego.

Corta, y deja a Martin ahí sentado, empapado en sudor, temblando entero.

Desde que era un crío, Martin se ha preguntado por qué nació con distrofia. Qué planes podrían tener las fuerzas superiores al crearlo así. Por qué tenía que quedarse fuera de tantas cosas que otros disfrutan.

¿Cuál era la lección? ¿Qué tenía que aprender, lograr, siendo discapacitado? ¿Cuál era su propósito en la vida?

Ahora, con treinta y siete años, puede que por fin lo haya descubierto.

30

FELIX

—¿TODO BIEN, MAMÁ?

Felix mira a su madre al otro lado de la mesa. Ya ha devorado la cena, pero el plato de ella sigue lleno de arroz.

—¿Eh? —pregunta ella, levantando la vista.

—¿No tienes hambre?

Gerard está sentado en el extremo de la mesa. Ha estado masticando en silencio. Ahora también la mira.

—El chico tiene razón, Miriam. Apenas has tocado la comida.

La madre baja la mirada, como si recordara de pronto que tiene un plato delante.

—Perdón —murmura, esbozando una sonrisa incómoda—. Supongo que… aún intento acostumbrarme a no estar allí dentro —Apoya el codo en la mesa y hace girar el tenedor entre los dedos, como si fuera un objeto exótico—. Hace casi ocho años que no tenía uno de estos en la mano. Me ha llevado unos segundos recordar cómo se sujeta bien —Sonríe otra vez, pero la sonrisa se desvanece

y deja paso a la tristeza—. Supongo que… empiezo a darme cuenta de cuánto me han marcado todos esos años en ese lugar.

Felix siente una punzada en el pecho. Por un momento, su madre deja caer la coraza, y él reconoce a la mujer cálida y dulce que recordaba.

—Malditos cabrones —gruñe Gerard con la boca llena de arroz—. Debería haber cogido la retroexcavadora, atravesar las puertas y pegarles un tiro a todos.

Felix lo mira. El tipo apenas ha hablado desde el humillante registro. Es como si, simplemente, lo hubiera olvidado y seguido adelante, tal y como su madre dijo que hicieran.

—Nos lo planteamos —responde ella con un suspiro cansado—. Pero me alegra que eligiéramos un plan más discreto —Mira a Gerard con sinceridad—. Gracias de nuevo.

—Deja de darme las gracias —gruñe él, sin levantar la vista del plato—. La mayor parte la hiciste tú.

—Sí, pero… —Se interrumpe al oír un arañazo en el vestíbulo.

—Alguien más tiene hambre —dice Gerard enseguida, levantándose. Sale de la cocina, y Felix nota una ráfaga de aire frío cuando la puerta principal se abre y se cierra.

El perro gigante entra pesadamente en la cocina, con su cola gruesa moviéndose lentamente mientras se dirige a Felix. Al sentarse, están a la misma altura. El muchacho recibe una lamida húmeda de la lengua áspera en la sien, y no puede evitar soltar una risita. Luego el perro gruñe hacia su madre y se va al cuenco. Gerard saca una bolsa del armario y vierte una montaña de pienso. Titan se pone a devorarla.

Antes de volver a sentarse, Gerard pasa junto a la radio del alféizar y la enciende.

Una reportera comienza a hablar:

—…a menos de ocho horas del ultimátum del presidente ruso, varios países europeos han anunciado su apoyo a Dinamarca si Rusia cumple con su amenaza nuclear. Fuentes de la OTAN confirman que se están desplegando defensas y adoptando medidas preventivas para garantizar…

—¿Ha dicho amenaza nuclear? —pregunta Felix, frunciendo el ceño.

Su madre parece haber caído otra vez en una especie de trance.

—¿Eh? No estaba escuchando.

Felix mira a Gerard.

—¿La has oído, verdad?

Gerard observa su vaso, girándolo lentamente entre los dedos.

—No lo harán. Solo están jugando duro, como siempre.

—Pero ¿por qué iban a amenazarnos con bombardearnos? —insiste Felix.

Gerard se encoge de hombros.

—No creen que nuestras autoridades puedan contener la infección. Probablemente tengan razón.

—Jesús… —murmura Felix, sacando el teléfono.

—Yo no haría eso si fuera tú —dice Gerard al instante—. Te rastrearán.

—Ya he quitado la tarjeta SIM —le responde Felix—. Solo voy a mirar algo rápido.

Espera que Gerard proteste, pero este solo se encoge de hombros, se lleva el último trozo de huevo a la boca y añade:

—No podré ayudarte si vienen a por ti.

—Mejor que no lo hagas —dice su madre, mirándolo con una lucidez repentina.

Felix duda con la tarjeta en la mano. Luego la guarda de nuevo en el bolsillo.

La voz de la reportera continúa:

—…en la rueda de prensa celebrada en Bruselas esta noche, el canciller alemán Klaus Reinhardt aseguró que destinará todos los recursos disponibles para ayudar al ejército danés a impedir que la espora Nigrum se extienda más allá de las fronteras nacionales, al tiempo que dejó claro que Rusia no podrá dictar la agenda mediante lo que calificó como un "chantaje nuclear". Los demás líderes europeos se mostraron en general favorables a esta postura, y la presidenta francesa declaró sobre las armas nucleares que "deben considerarse siempre como un último recurso, nunca una medida preventiva". La primera ministra británica, Elizabeth Harrow, expresó también su profunda preocupación por lo que podría ocurrir si Dinamarca cede al ultimátum ruso, afirmando que "esto es claramente una jugada a largo plazo de nuestros vecinos del Este, que usan esta crisis para reforzar su posición y su poder sobre Occidente. Si pueden presionar a una nación pequeña para que tome medidas tan extremas contra sus propios ciudadanos, solo aumentará su confianza en futuras negociaciones."

—Así que —dice su madre, mirando a Gerard, frunciendo el ceño—, ¿quieren que bombardemos Hornstedt hasta la Edad de Piedra o… lo

harán ellos por nosotros?

—Básicamente —responde él, estirando el brazo para apagar la radio—. Pero ya lo he dicho, no lo harán. Si lo hicieran, empezarían una guerra con toda Europa, y no son tan estúpidos.

—¿Y nuestra primera ministra? —pregunta Felix—. ¿Crees que ella sí podría hacerlo?

Gerard se encoge de hombros.

—Esa mujer es volátil. Nunca me he fiado de la muy idiota.

—No —dice su madre, negando con la cabeza—. Las consecuencias de una detonación nuclear en el centro del país serían catastróficas. No lo harían a menos que no quedara otra salida.

Gerard apura el agua de su vaso, y mientras se levanta dice con indiferencia:

—Puede que no la haya —Lleva el plato al fregadero.

Felix y su madre se miran a través de la mesa.

Gerard, notando el silencio tenso, se da la vuelta.

—Vamos, no os preocupéis. No podéis creer ni una palabra de lo que dicen. El noventa y cinco por ciento son mentiras, fanfarronadas y amenazas vacías. Además, si algo así llegara a pasar, estaremos perfectamente a salvo.

Su madre lo mira.

—¿Te refieres al Arca?

Gerard sonríe.

—Creo que es hora de que os la enseñe. Venid.

31

MARTIN

—¿ASÍ QUE POR FIN te vas?

Martin se sobresalta al oír la voz de su padre.

Gira la silla de ruedas y ve los ojos del viejo abiertos.

—Sí, tengo que irme —admite, sintiéndose culpable. Se estaba poniendo la chaqueta. Añade rápido—: Es bastante importante.

—Ya era hora —gruñe su padre—. Te dije que no necesito que te sientes aquí a cogerme de la mano.

—Lo sé, papá —También sabe que, pese a su actitud dura, probablemente le alegra que haya estado allí—. Voy a ver a Maja.

Eso hace que el viejo se detenga.

—¿De verdad? Eso está bien.

—Sí —dice Martin, sonriendo.

—¿Sabes? —dice su padre, tosiendo un poco—. Nunca creí en el más allá ni en esas tonterías. Siempre pensé que sería una gran nada negra cuando uno la palma, ¿sabes?

—Lo sé, papá.

Su padre se humedece los labios agrietados con la lengua seca.

—Pero cuando morí… no fue nada. Tampoco era un sueño, pero… es difícil de explicar. Tenía la sensación de… haber vuelto atrás en el tiempo.

Martin lo mira fijamente, esperando que continúe. Nunca lo había oído hablar así.

—Volví a la granja —dice el viejo, midiendo las palabras. No mira a Martin; sus ojos buscan el techo—. Sé que suena tonto, pero se sentía muy real. Debía de ser hace más de treinta años. Tú y tu hermana estabais felices. Correteando, jugando en el césped. Yo bebía una cerveza fría. Y Tilly, ¿te acuerdas? Aquella vieja labradora, también estaba allí. Quise mucho a esa perra. El mejor chucho que tuve. En fin, era agradable. Como si todo estuviera justo donde debía estar, ¿sabes? Y pensé: este es mi recuerdo más feliz. Y cuando desperté otra vez, me di cuenta de que… —La voz le tiembla, pero sigue, sin mirar a Martin—. Quiero decir, estoy bastante seguro de que era el cielo, ¿sabes? Sin puertas de perlas, ni ángeles, ni trompetas, nada de eso. Solo yo, vosotros y la perra, pasándolo bien en una tarde soleada. Y, sinceramente, prefiero eso a estar en una nube tocando el arpa.

Martin no puede evitar sonreír pese al nudo en la garganta.

—Es muy bonito, papá.

Su padre carraspea y parpadea, apartando las lágrimas que se le han formado.

—Me hizo pensar en algo más que debo decirte antes de irme de verdad. Verás, no lo entiendo. Por qué merecía ir al cielo, si eso era lo que era. Supongo que una parte de mí esperaba que, si todo eso

resultaba cierto, acabaría en un lugar mucho más cálido, ¿sabes? Supongo que lo que intento decir es que… lo siento por haberos fastidiado como lo hice. A ti y a tu hermana.

—Vamos, papá. Hiciste lo que pudiste.

—Pues mi "lo que pude" no fue muy bueno. Os merecíais algo mejor.

—Lo entendemos.

—Tú, quizá. No estoy tan seguro de tu hermana.

—Se lo diré cuando la vea.

—Buena suerte. Es una mujer terca. Orgullosa. Y afilada como un cuchillo. Igual que su madre —El viejo respira hondo—. En fin… eso era todo —Cierra los ojos.

Martin se inclina, le toma la mano.

—Gracias, papá. Por todo.

—Ajá —gruñe su padre.

Luego exhala, y su rostro se relaja.

No vuelve a inspirar.

Martin lo mira y comprende que acaba de morir por segunda vez. Esta vez, de verdad.

—Nos vemos, viejo —murmura, apretándole la mano una última vez.

Luego se calza el gorro hasta las orejas y atraviesa el salón con la silla.

Theis está agachado junto a una anciana que parece muy enferma. Oye las ruedas acercarse y gira la cabeza. Su rostro está cubierto de la sustancia negra; claramente no lo está abandonando como a Martin. También parece agotado y febril.

—¿Te vas? —pregunta con voz ronca—. Bien por ti.

—Deberías tumbarte —le dice Martin.

—Nah. Si lo hago, no me volveré a levantar. Al menos no como humano.

Martin traga, notando que la garganta está completamente despejada.

—Entonces… ¿qué vas a hacer?

—Bueno —dice Theis, con un gesto de dolor—. Los soldados dejaron algunas armas tiradas. Deberías llevarte una, por cierto. Cuando llegue el momento y ya no pueda moverme, pensé usar una de ellas —Para remarcarlo, se lleva el índice bajo la perilla y apunta hacia arriba.

—Vale —dice Martin—. Supongo que eso bastará.

—Eso creo. Por muy lista que sea esta cosa, apuesto a que no puede recomponer un cerebro esparcido por las paredes del baño.

Martin asiente y mira alrededor del salón.

—¿Y los demás?

Theis asiente hacia una dirección.

—Olsen, allí. Está relativamente bien. Ya superó la infección y, bueno, no parece al borde de morir por su insuficiencia cardíaca. Hablé con él y accedió a disparar a cualquiera que esté a punto de transformarse.

Martin mira y ve a Olsen solo en una mesa. Mastica un sándwich de máquina, con la mirada perdida. A su lado, apoyado en la mesa, hay un fusil de soldado.

—Es cazador deportivo —añade Theis, tosiendo—. No fallará. Quién sabe, quizá logre encargarse de los que se transformen y

darles a los demás un final relativamente pacífico.

—Eso espero —dice Martin—. Bueno, debo irme. Adiós, Theis.

—Adiós, Martin. Mucha suerte.

Da media vuelta con la silla.

—Eh, Martin.

Se detiene.

—¿Sí?

—Te oí hablando por teléfono antes —Theis se encoge de hombros —. Perdón, no quería cotillear. Pero si tu hermana consigue hacer una vacuna… ¿podrías ponerle mi nombre? Ya sabes, porque te di la idea —Sonríe—. La vacuna Theis Thybo. Molaría.

—Claro —sonríe Martin—. Se lo diré.

—Gracias, amigo.

Mientras Theis se atraganta en un acceso de tos húmeda, Martin sale rodando del salón.

32

FELIX

—¿SABES? ES CURIOSO —DICE Gerard, volviéndose para apuntarles con la linterna a los ojos, obligando a Felix a entrecerrarlos.

—¿El qué? —pregunta su madre, tapándose la cara con la mano.

Gerard baja el haz de luz y sigue andando por el patio.

—La construí con un submarino ruso fuera de servicio. ¿No es irónico? Si nos bombardean, su propio navío nos mantendrá a salvo.

—Sí —gruñe Felix, mirando a su madre—. Hilarante.

Gerard no parece notar el sarcasmo.

—Tardé tres años solo en encontrarlo, y otros seis en traerlo al país. Hubo que desmontarlo y pasarlo de contrabando por distintas rutas. Algunas piezas vinieron por Alemania, otras por Finlandia. Me aseguré de que nada pudiera rastrearse hasta aquí. Luego contraté a obreros chinos para que vinieran a montarlo entero. Diría que es la instalación más segura del país, salvo una.

—¿Cuál es la más segura? —pregunta Felix, temblando bajo el aire frío y nevado mientras Gerard los guía alrededor del granero. No se

ve nada salvo un prado abierto rodeado de árboles.

Gerard lanza una breve mirada hacia atrás.

—Donde metan a la primera ministra si hay un ataque nuclear.

—Ah, claro.

Titan anda husmeando por ahí, justo fuera de su vista. El enorme perro no parece sentir el frío en absoluto.

—Vamos —los apremia Gerard, avanzando por la hierba helada. Una fina capa de nieve cubre el suelo, y sus pisadas crujen.

Felix se da cuenta de que el prado no está del todo vacío. En el centro hay un viejo pozo. Parece sacado de una película de terror. La cuerda y el cubo desaparecieron hace mucho, pero los ladrillos que forman el círculo siguen bastante enteros. Evidentemente no se ha usado en décadas.

Gerard les hace señas impacientemente.

Felix se asoma al borde y mira hacia la oscuridad. La luz de la linterna se refleja en la superficie del agua, que, para su sorpresa, no está congelada. En la pared interior del pozo hay peldaños de hierro incrustados que bajan hasta el fondo.

—¿Ese es tu Arca? —pregunta Felix, sin poder ocultar el escepticismo en la voz.

—Es una de las entradas, sí —responde Gerard, inclinándose para agarrar un cable que Felix no había visto al principio. Tira con fuerza, y se oye un fuerte plop desde abajo, como si un tapón se soltara. Un sonido de succión sigue al ruido mientras el agua se escurre rápidamente, revelando que en realidad solo había dos o tres centímetros de profundidad, cubriendo una placa de acero inoxidable.

—Ah, vale —dice Felix, mirando a su madre—. Eso es… algo.

—Aún no habéis visto nada —les asegura Gerard—. Seguidme.

Sujeta la linterna con la boca mientras trepa con sorprendente agilidad por el muro y empieza a descender. Felix lo observa bajar. Al llegar a la placa de acero, parece pulsar algo en la pared interior, y se oye un pitido seguido de un zumbido grave cuando la placa se desliza hacia un lado, revelando otro conducto, este más profundo, con las paredes de hormigón y pequeñas lámparas instaladas que facilitan la visión.

—Hostia —murmura Felix, intercambiando una mirada con su madre—. Este tío no bromeaba.

Su madre sonríe, pero la sonrisa es débil. Tiembla.

—¡Vamos, vosotros! —grita Gerard, su voz resonando dentro del pozo.

—¿Quieres que baje yo primero? —pregunta Felix, pasando una pierna por encima del borde.

—No, déjame a mí —dice su madre, cogiéndole del brazo. Mientras escala el muro, se inclina lo suficiente para susurrarle al oído—: Tenemos que hablar a solas. En el baño. Te avisaré cuándo.

—Vale, claro —susurra Felix, sorprendido.

Pero su madre ya ha pasado el muro y comienza a descender.

33

MARTIN

HAN PASADO SIGLOS, O así lo siente, desde la última vez que estuvo al aire libre.

Salir del hospicio le provoca sentimientos encontrados. Por un lado, se alegra de no tener que ser testigo de lo que ocurrirá allí en las próximas horas o días. Por otro, la certeza de que ha visto a su padre por última vez se le clava en el pecho.

Secándose una lágrima, cruza el aparcamiento con la silla. Además de algunos coches normales, hay una ambulancia, probablemente abandonada por los sanitarios que nunca regresaron al edificio. Las puertas traseras están abiertas y parece que ya ha sido saqueada de todo lo que pudiera resultar útil.

Al ver los restos del equipo médico, recuerda que tiene que tomar su prednisona.

Llega hasta su furgoneta, que parece intacta. Pulsa el mando para abrir el portón trasero y mira a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie cerca mientras la plataforma hidráulica desciende. Es

una tarde gris; el sol se pone lentamente, y la ciudad está inquietantemente silenciosa: ni rastro del tráfico habitual.

Lleva la pistola que Theis le recomendó. No le gusta nada, y espera de corazón no tener que usarla. Solo pensar en disparar ya le hace sentir cómo sus articulaciones y músculos protestan.

Conduce la silla hasta la plataforma y deja que lo eleve hasta el nivel del suelo del vehículo. Coloca la bolsa en el suelo y se incorpora. Las piernas le tiemblan; necesita tumbarse, pero tendrá que esperar hasta salir de la ciudad.

Al bajar de la plataforma se agarra con ambas manos, y aun así sus rodillas casi ceden.

Entonces lo ve.

Un niño.

Está de pie en medio de la carretera, mirándolo fijamente.

Está casi completamente transformado, así que cuesta calcularle la edad, pero no debe tener más de nueve o diez años. La parte inferior del rostro está cubierta de sangre, y su ropa se ha reducido a harapos que cuelgan de su cuerpo.

—No… no te acerques —oye Martin salir de su propia boca, sintiendo cómo se le acelera el pulso—. Tengo un arma.

Los ojos del chico se desvían a las manos de Martin antes de volver a su rostro, y entonces Martin recuerda que no, no tiene el arma en las manos; está en la bolsa.

El chico abre la boca en una mueca torcida y echa a correr hacia él.

Martin gira a medias, mete la mano en la bolsa, moviéndose en cámara lenta. Por suerte no la había cerrado con la cremallera, y eso

probablemente le salva la vida. Su mano encuentra la pistola, y se da la vuelta justo cuando el chico salta sobre él.

El retroceso luego del disparo no es tan fuerte como temía, pero aun así lo bastante para hacerle perder el control, y el arma cae al suelo.

El único disparo que alcanza a hacer basta: la bala penetra la mandíbula del chico, justo debajo de la comisura derecha de la boca, desviándolo de su trayectoria. Choca contra el lateral de la furgoneta y cae al suelo.

Martin jadea, traga y casi vomita al mirar al pequeño cadáver. La sangre negruzca se filtra por su boca destrozada y sus dedos largos y delgados se estremecen un par de veces.

Se inclina, recoge la pistola, notando cómo le zumba la mano derecha. Mira alrededor, temiendo que el ruido haya atraído a más mutantes, pero la carretera está vacía.

«Lárgate de aquí», se dice.

Bordeando el cuerpo del niño, abre la puerta del conductor y se sube. Deja la pistola en el asiento de al lado y arranca el motor. Da marcha atrás, evitando cuidadosamente el cadáver.

Cuando pone la marcha hacia adelante, el chico se incorpora de golpe, y Martin grita, notando cómo el sonido le llega amortiguado entre los zumbidos de sus oídos.

El niño parece aturdido por un instante, se toca la mandíbula, la mueve de un lado a otro, y lanza un chillido que mezcla dolor y rabia. Luego gira la cabeza. Su boca queda abierta en un gruñido torcido, pero la herida ya se ha cerrado. Los ojos vacíos se clavan en Martin.

—Joder —murmura Martin—. Tenía que haberle disparado otra vez…

Como si el niño lo oyera, se pone en pie y corre hacia la furgoneta. Martin no puede hacer otra cosa que pisar el acelerador. El vehículo se lanza hacia delante. El chico salta y aterriza sobre el capó como Spider-Man, aferrándose al parabrisas mientras grita, lanzando sangre y saliva contra el cristal.

Martin gira el volante; la furgoneta se desvía bruscamente y casi logra hacerlo caer, pero el chico se aferra. Golpea el parabrisas con el puño y aparece una gran estrella de grietas en el vidrio.

Cuando levanta la mano para golpear otra vez, Martin agarra el arma y dispara.

La bala atraviesa el cristal, dejando otra estrella más pequeña con un agujero en el centro. Parece alcanzarlo en el brazo: se detiene a medio golpe y se agarra el codo.

Esta vez Martin no suelta el arma, pero el impacto le lanza el brazo hacia atrás, y tarda un segundo en apuntar de nuevo y disparar una tercera vez. Cuando lo hace, el chico ya ha saltado al techo.

Entonces Martin se da cuenta de que su pie sigue presionando el acelerador. La furgoneta sigue lanzada hacia delante. Ve la farola aproximarse, pero no tiene tiempo de esquivarla. Chocan, y Martin sale despedido contra el airbag, que le estalla en la cara.

Casi pierde el conocimiento. Durante varios segundos siente su mente oscilar entre la inconsciencia y la lucidez. Luego consigue aferrarse al estado de vigilia.

La furgoneta está destrozada, el capó doblado alrededor del poste, el parabrisas hecho añicos.

Oye algo arriba. Alguien arrastrándose por el techo.

«El chico. Viene a por mí.»

El pensamiento lo despierta del todo. Levanta el arma justo cuando la cabeza del niño asoma por la ventanilla del conductor, colgando boca abajo.

—Muere, maldito mocoso —murmura Martin, apretando el gatillo.

Solo que no hay gatillo. Ni pistola. Solo apunta con la mano, y ni siquiera eso está bien: la muñeca está claramente rota. No sabe si fue al disparar o al chocar, pero no siente dolor.

El chico salta y arranca la puerta.

Martin gira la cabeza y ve el arma en el asiento del acompañante. La agarra con la izquierda justo cuando el chico le clava las uñas y lo arrastra fuera de la furgoneta. Esta vez sí hay dolor, y Martin grita al caer de espaldas contra el asfalto.

Al mirar hacia arriba, ve el rostro del niño suspendido sobre él, ve su silueta contra el cielo gris. Sonríe con aire triunfal mientras se inclina, abre su boca torcida y le hunde los dientes en el pecho.

Martin gira la cabeza y ve el hospicio.

«El único que consiguió salir de ese edificio», piensa, sintiendo cómo la piel y los músculos se desgarran de su torso. «Y solo he llegado a quince metros de distancia.»

Mira hacia abajo y ve la pistola aún en su mano izquierda. La levanta hacia su barbilla, recordando a Theis haciendo exactamente el mismo gesto, solo que con el dedo. Y piensa una última cosa:

«Por favor, haz que funcione, Maja.»

Aprieta el gatillo, esperando oír el disparo.

En su lugar, escucha el alegre ladrido de un perro.

Cuando vuelve a abrir los ojos, se encuentra en un prado verde bajo un sol de verano. Tilly salta a su alrededor, moviendo la cola. En una silla de jardín, bajo la sombra del viejo sauce, está sentado el viejo Jepsen, solo que ya no es viejo, tendrá poco más de treinta años. Con una cerveza en la mano y la gorra calada sobre los ojos, parece dormido. La radio junto a él transmite el partido del fin de semana.

Alguien llama a Martin por su nombre.

Se gira y ve a Maja, de ocho años, saludándolo desde detrás de un arbusto, con una gran sonrisa. Martin sonríe al verla desaparecer entre las hojas. Su cuerpo joven se siente bien: todavía puede correr y jugar casi todo el día sin cansarse ni sentir molestias, aunque está un poco sin aliento.

—¿Ves, hijo? —dice su padre, que no dormía después de todo. Ha levantado un poco la gorra para mirarlo con complicidad—. Mucho mejor que estar sentado en una nube, ¿verdad?

Martin sonríe.

—Sí, papá.

—¡Maaartin! —lo llama Maja otra vez, con tono burlón.

—¿A qué esperas? —dice su padre, con una sonrisa torcida—. Ve a atrapar a tu hermana, chico.

—Vamos, Tilly —le dice Martin al perro—. Vamos a buscarla. Vamos a buscar a Maja.

La labradora ladra feliz y sigue a Martin mientras echa a correr por el prado, sintiéndose más feliz de lo que volverá a ser jamás.

34

FELIX

—NUEVE METROS BAJO TIERRA, dos metros de hormigón, acero reforzado… —Gerard se gira y abre los brazos—. Esta es la obra de mi vida.

Felix no puede evitar sentirse impresionado. Estar dentro del Arca se parece un poco a lo que imagina que sería un submarino: pasillos estrechos y apretados. Pero Gerard lo ha reformado hasta el punto de que, si no te lo dicen, no adivinarías que alguna vez fue una nave marítima. Se siente más bien como una cabaña sin ventanas.

La visita guiada que acaban de recibir ha sido breve pero cargada de información. Hay una sala de control —el "Puente"—, un almacén, un laboratorio, un arsenal e incluso un huerto donde, según dice, puede cultivar patatas y judías. Hay generador y sistemas de purificación de aire y agua. Incluso una estación meteorológica exterior que mide temperatura, radiación, niveles de oxígeno y todo lo necesario para saber si es seguro salir.

La idea principal, lo único que a Felix le queda clarísimo, es que aquí se puede vivir al menos cinco años sin pasar hambre ni sed. Puede que uno se vuelva loco o, como mínimo, mortalmente aburrido, pero tendría todo lo necesario para seguir con vida, incluso si el mundo de arriba se va al carajo.

—Esto es… es absolutamente increíble, Gerry —concede su madre, mirando a su alrededor—. Está incluso mejor de lo que decías. Has pensado en todo.

—Me gusta creer que sí —dice Gerard, visiblemente satisfecho—. Estoy listo para lo que venga.

—Entonces… ¿ese es tu plan? —pregunta Felix—. ¿Quedarte aquí abajo mientras el resto de la humanidad se convierte en alienígenas?

No pretendía que sonara tan crítico.

—Básicamente —responde Gerard, sin pizca de culpa—. Morirme o transformarme ahí arriba con el resto no le haría bien a nadie.

—No, supongo que no —murmura Felix—. Pero ¿y después?

Gerard niega con la cabeza.

—¿Cómo que "después"?

—Quiero decir, ¿qué pasa dentro de cinco años? ¿O diez? ¿O cuando se te acabe la gasolina y tengas que volver a salir?

Gerard se encoge de hombros y contesta, como si fuera algo obvio:

—Para entonces ya se habrán ido.

—¿Quieres decir que se habrán marchado otra vez de la Tierra?

—Claro. No han venido a colonizarnos. Son como langostas. Lo devoran todo y saltan al siguiente planeta —Se encoge de hombros —. Hasta podría ser un nuevo comienzo. No es que vayan a dejar

mucha contaminación ni a cargarse los ecosistemas. Eso, salvo que nuestros líderes idiotas decidan contraatacar con bombas nucleares. En ese caso sí, dejarían el maldito globo inhabitable durante mucho tiempo, y sería una pena.

Felix está a punto de responder, cuando su madre —que ha permanecido callada durante toda la visita al Arca— suelta de pronto:

—No creo que hayan venido solo a comernos.

Felix y Gerard se giran para mirarla. Ella pasa el dedo por un tubo fijado a la pared. Hay un momento de silencio.

—¿No? —dice Gerard, animándola a continuar.

Ella lo mira como si no se hubiera dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Hmm? Ay, perdón… estaba pensando.

—¿Qué crees que quieren, mamá? —pregunta Felix.

Chasquea la lengua y se sienta en un sofá estrecho, metiendo las manos bajo los muslos como si intentara calentarlas.

—No lo sé. Pero sé que no se tomarían la molestia de llevarse a Toby si solo tuvieran hambre.

Otro silencio. Su madre parece no querer profundizar más.

Gerard carraspea.

—No, tiene sentido. Probablemente necesitaban una muestra y lo examinaron a fondo para conocer nuestras fortalezas y debilidades. El pobre crío habrá pasado por…

—Cállate, Gerry —dice ella, sin mirarle; la voz no admite discusión —. No hables de él.

Por primera vez, Gerard parece incómodo con algo que ha dicho. Traga.

—Solo… estoy seguro de que sigue vivo.

—Lo está. Y está bien —Mira a Gerard y luego a Felix, con los ojos de pronto encendidos—. Y voy a recuperarlo —Aprieta la mandíbula y continúa, un poco más suave—. Sabes, les odié durante mucho tiempo. Fantaseaba con lo que haría cuando los encontrara. Una noche soñé que atrapaba al que se llevó a Toby y… lo torturaba de las formas más atroces. Me desperté y me sentí fatal, pero también satisfecha —Niega con la cabeza—. Pero ahora… después de tantos años… ya ni siquiera estoy enfadada. Solo quiero a mi niño de vuelta. Que hagan lo que les dé la gana con el resto de la humanidad o con el planeta. Mientras pueda abrazar a Toby otra vez —Parpadea y los mira de nuevo—. ¿Queréis saber qué creo que quieren? Y no hablo de esa pobre gente que se transforma en depredadores… Hablo de los monstruos de verdad. Los que están provocando esto. Creo que quieren dominarnos. Doblarnos hasta someternos. Asustarnos tanto que hagamos o digamos o seamos lo que ellos quieran. Son así: matones. Por eso se llevaron a Toby, para probar qué pasaba. Para probarme a mí —Se golpea el pecho con el pulgar, los ojos húmedos—. Pensaron que éramos como hormigas, que arrancar a un individuo al azar no causaría gran revuelo. Que podrían agitar su varita mágica y ninguno de nosotros recordaría nada —Suelta una risa desdeñosa y muestra los dientes en un gesto de desprecio—. Pero se equivocaron de cojones.

En ese instante, Felix vuelve a ver a la guerrera brotar en su madre, y un escalofrío le recorre la espalda. En ese momento, no le

queda la menor duda. Le cree. Cree que Toby es real. Que tuvo un hermano. Y está dispuesto a ayudarla a encontrarlo.

Quiere decirlo en voz alta, pero algo le frena. Tal vez porque está Gerard, y siente que es un asunto privado.

Sea como sea, el momento pasa, el fuego en los ojos de su madre desciende a un hervor suave, y vuelve a mirar al suelo.

Gerard rompe la pausa incómoda:

—Bueno, pues… Ya habéis visto el Arca. Se hace tarde, así que deberíamos irnos a la cama.

—Será lo mejor —dice su madre, poniéndose en pie.

Felix empieza a volver por donde han entrado.

—No —dice Gerard, señalando—. Es por aquí.

—Pero pensaba que… —Felix mira a su madre, que solo se encoge de hombros.

Gerard los conduce a una sala con lo que parece ser una caja fuerte empotrada en la pared. Teclea rápido un código, la puerta emite un pitido. Gira el pomo y la abre. Resulta que la caja fuerte es un pasadizo que se extiende varios metros. Está iluminado con pequeñas luces LED al igual que el pozo.

Gerard se sube y se mete a gatas. Su madre le sigue, y Felix detrás. Avanzan reptando unos treinta segundos. Felix nota que el túnel asciende ligeramente.

Llegan a otra puerta, que Gerard abre. Felix lo oye gruñir por el esfuerzo y algo pesado raspa al moverse. Luego aparece una luz y Gerard sale. Su madre y él le imitan, y se encuentran en un lavadero. Cuando están fuera, Gerard cierra la puerta y empuja la lavadora para cubrirla.

—Entrada de emergencia —les dice—. Por si tengo que acceder al Arca desde dentro de la casa. Vamos, os enseño la habitación de invitados.

Le siguen por la casa hasta un cuarto muy bien cuidado, con cama de matrimonio.

—Seguro que aquí estaréis cómodos —dice Gerard, mirando de reojo a Felix mientras sostiene la puerta.

—Seguro —dice su madre, entrando.

Una expresión fugaz de sorpresa cruza el rostro de Gerard. Parece que va a decir algo, pero en seguida recupera la compostura al cruzar la mirada con Felix. Fuerza una sonrisa.

—El baño está al otro lado del pasillo, por si lo necesitáis. Buenas noches.

—Bue… —empieza ella, pero se corta cuando Gerard da un portazo. Sus pasos se alejan a toda prisa por el pasillo.

Su madre se encoge de hombros y mira a Felix.

—De pronto le entraron las prisas.

Felix no responde enseguida. Se queda allí, pensando.

Ella se da cuenta.

—¿Qué pasa, cariño?

—Creo… Creo que él pretendía que tú y él durmierais juntos.

Las cejas de su madre se arquean hasta lo más alto.

—¿Gerry y yo?

—Sí. Creo que esperaba que yo durmiera aquí solo. Se ha sorprendido cuando has entrado.

Su madre suelta una risa breve y cansada.

—Creo que estás leyendo demasiado entre líneas, Felix. No le intereso de ese modo.

—¿Cómo lo sabes?

Se sienta en la cama y se quita con un suspiro los zapatos que le prestó Gerard.

—Para empezar, nunca me ha dado esa impresión…

—¿Y cómo iba a dártela? —protesta Felix, abriendo los brazos—. Nunca ha tenido ocasión. Hasta hoy. Te digo que, cuando te hizo desnudarte antes…

—Felix —le corta ella, otra vez con aquella voz firme—. No tiene sentido lo que dices. Gerry no es ese tipo de hombre. Es decente. Solo hizo lo que tenía que hacer —Mientras habla, le mantiene la mirada; salvo un brevísimo destello en que sus ojos se van a la esquina superior de la habitación—. Es una situación precaria, y no podemos culpar a Gerry por ser cuidadoso. Es lo que yo haría en su lugar.

—Pero, mamá…

—Mira, no es no, ¿de acuerdo?

Felix se calla de inmediato. Se miran unos segundos. Los ojos de ella le dicen todo lo que necesita saber.

—Vale —responde mecánicamente—. Lo siento, mamá. Supongo que tienes razón sobre él.

—La tengo. No hay nada de qué preocuparse. Ahora voy a lavarme la cara y nos acostamos.

—Claro.

Ella se levanta y va hacia la puerta, y a Felix le vuelve a la mente lo que su madre dijo justo antes de bajar por el pozo.

—¿Crees que tendrá un cepillo de dientes de sobra? —pregunta—. Me vendría de perlas.

Su madre se encoge de hombros.

—Seguro que sí.

La sigue al pasillo, intentando caminar con naturalidad. Algo le hace mirar hacia arriba, a la esquina —la misma a la que ella ha echado un vistazo fugaz—. Y siente un vuelco interior que hace lo posible por ocultar.

En la esquina, difícil de distinguir pero sin duda allí, hay una minicámara.

35

FELIX

SU MADRE YA ESTÁ junto al lavabo, con el agua corriendo, cuando Felix entra en el baño.

No lo mira, simplemente sigue a lo suyo… hasta el momento exacto en que él cierra la puerta. Entonces se da la vuelta de golpe y susurra:

—Ciérrala con llave.

Felix gira la llave.

Su madre se acerca a la bañera, coloca el tapón y abre el grifo al máximo. Luego tira de Felix para que se siente en el borde y lo sujeta por los hombros.

—Tenías razón. En todo lo que dijiste sobre Gerry. Yo sentí lo mismo. No está bien. No podemos confiar en él.

Habla rápido y en voz baja. Sus palabras hacen que Felix sienta al mismo tiempo alivio y ansiedad.

—No quería creerlo al principio —continúa ella—. De verdad quería que Gerard fuera la persona que conocí por mensajes. Pero en

realidad es muy distinto. Creo que es paranoico…

Felix resopla.

—Sí, y algo más que eso.

—…quizá incluso esquizofrénico. No me gusta decirlo, pero… es el tipo de persona que debería estar en el centro donde me tuvieron a mí.

Felix deja escapar un suspiro.

—Estoy contigo, mamá —Recordando la cámara de vigilancia del dormitorio, alza la vista hacia las esquinas.

—Tranquilo, los baños no están vigilados —le asegura ella—. Creo que son las únicas habitaciones sin cámaras. Me di cuenta cuando fui a cambiarme de pantalones.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Felix.

—Tenemos que irnos —dice ella sin rodeos—. Cogeremos el Aygo. Tiene gasolina para unos ciento veinte kilómetros, quizá más. Después decidiremos qué hacer.

—¿Nos vamos ahora?

—No, mejor esperar a que se duerma. No creo que nos deje marchar.

Felix frunce el ceño.

—¿Estás segura? Pero en la cocina dijo que podíamos irnos si queríamos…

Su madre se muerde el labio.

—Creo que estaba faroleando. Apostó a que no lo haríamos. Y en aquel momento, yo tampoco lo veía como una opción. Pero ahora… siento que no tenemos otra salida —Se inclina más cerca y le

susurra—. No quiero asustarte, Felix, pero creo que Gerry es peligroso.

Felix asiente.

—Yo también lo creo.

Su madre mira la bañera.

—Ahora voy a lavarme, tú te cepillas los dientes, y luego nos acostamos. Pondré la alarma del móvil a las tres. Entonces nos iremos. ¿De acuerdo?

Felix traga saliva.

—De acuerdo, mamá.

FELIX

—¿FELIX?... CARIÑO, ES HORA.

—¿Eh?

Por un momento, al oír a su madre susurrarle con suavidad, despertándolo con dulzura, algo en él viaja atrás en el tiempo, a sus primeros meses de colegio, cuando aún eran una familia.

—Felix, son las tres. Tenemos que irnos.

Entonces la memoria se pone en marcha de golpe, y el presente regresa con toda su crudeza. Se incorpora, parpadea y mira a su alrededor, desorientado por la oscuridad y la habitación desconocida.

—¿Dónde está Gerard? —murmura.

—Shhh —le manda callar su madre, poniéndose un dedo en los labios—. No hables tan alto. Está dormido. Acabo de comprobarlo: lo oí roncar.

—Ah… —Solo ahora Felix se da cuenta de que su madre ya está vestida, incluso lleva una de las chaquetas de Gerard—.

—Toma —susurra ella, colocando su ropa, sus zapatos y su chaqueta sobre la cama—. Vístete, cielo.

Felix empieza a vestirse aún medio aturdido. Recuerda haber permanecido despierto mucho rato, con el corazón golpeándole las costillas, y no puede creer que al final se durmiera. Ni siquiera oyó la alarma del teléfono de su madre. Debió de ser el agotamiento. Recuerda haber soñado con mil cosas, fragmentos de las últimas veinticuatro horas regurgitados por su mente saturada: Pia en un avión, la mujer alienígena agarrándole la mano, el guardia placando a su madre, el reflejo del rostro hambriento de Gerry en la ventana.

Sacude la cabeza, intentando borrar las imágenes, mientras se ata los cordones.

—¿Estás bien? —pregunta ella.

—Sí, estoy… estoy bien, mamá.

Pero no lo está. Y sabe que no lo estará en mucho tiempo. No hasta que estén lejos de ese lugar.

Termina de atarse el otro zapato y se pone de pie. Su madre hace lo mismo, pero en lugar de dirigirse a la puerta, lo agarra del brazo y acerca su rostro al suyo.

—Escucha, cariño. Hay un último obstáculo. La llave del coche. Está en la cocina, en la estantería junto a la puerta. Lo vi dejarla ahí.

—Vale —susurra Felix—. ¿Quieres que la coja yo?

—No. Quiero que distraigas al perro.

Felix pestañea. Se había olvidado de Titan. En un instante recuerda el colchón destrozado en el suelo de la cocina.

—Mierda —murmura—. ¿Está en la cocina?

—Sí. Está dormido, pero creo que se despertará cuando entre. Por eso quiero que le des esto… —saca un envoltorio largo y delgado del bolsillo trasero y se lo entrega.

—¿Es… cecina? —pregunta él.

—Sí. La cogí de una de las despensas del Arca —susurra—. Pensé que podría servirnos con el perro, y tenía razón.

Felix se sorprende por la previsión de su madre. Se nota que se ha acostumbrado a pensar por adelantado, a planificar, a fijarse en los detalles importantes. Como dónde había dejado Gerard la llave después de que se la diera: él ni se había fijado.

—Desenvuélvela ahora, así estarás listo —le dice ella—. ¿Te parece bien hacerlo?

Felix la mira.

—Claro.

—¿No te da miedo?

—Bueno… sí. Pero creo que le caigo bien.

—Yo también lo creo —dice ella—. Por eso pensé que tú deberías hacerlo y yo ir a por la llave.

—Me parece bien.

—Perfecto. Iremos juntos. Si se levanta o empieza a gruñir, le ofreces la cecina. Quizá rompiéndola en trozos pequeños para que tarde más en comerla. Solo necesito unos diez segundos para coger la llave. Cuando me oigas decir "vamos", vas directo al vestíbulo. ¿Entendido?

—Entendido —susurra Felix, mordiendo el envoltorio. Lo deja sobre la cama y se queda solo con la tira de carne en la mano mientras cruzan el suelo sigilosamente.

Su madre le hace una seña para que se quede unos pasos atrás, luego abre la puerta y asoma al pasillo oscuro.

Felix no puede evitar mirar hacia la cámara. Si Gerard está dormido, no los estará viendo. Pero ¿estará grabando? ¿La verá por la mañana cuando descubra que se han ido?

«No importa. Para entonces estaremos lejos.»

—Vamos, está despejado —susurra su madre, haciéndole un gesto para que salga primero. Cierra la puerta con cuidado y avanza rápido pero en silencio hacia la cocina.

Felix contiene la respiración, con el pulso retumbándole en los oídos. Moverse por la casa vacía de Gerard es, como mínimo, inquietante. Siente de forma intensa que lo observan, quizá porque sabe que hay cámaras por todas partes. El suelo de baldosas no hace ruido, y apenas se oye cuando se acercan a la cocina. No hay puerta, solo un vano, pero la mesa del comedor bloquea la vista del colchón.

Su madre se detiene, lo sujeta por el brazo y lo mira a los ojos. Levanta cinco dedos y comienza una cuenta atrás, doblándolos uno a uno. Cuando el último desaparece, asiente y ambos entran en la cocina. Ella va directa a la puerta del vestíbulo y Felix rodea la mesa, partiendo un trozo de cecina.

La sostiene, dispuesto a lanzarla, pero entonces se da cuenta de que el colchón está vacío. Mira alrededor, se agacha para mirar bajo la mesa, pero no ve al perro.

Se oye el tintineo de unas llaves y luego la voz baja de su madre:

—Vamos.

Felix se vuelve y corre hacia ella.

—El perro no estaba, mamá.

—Da igual —murmura ella.

Se dirigen a la puerta principal. Ella la abre con la llave, y Felix teme por un instante que salte una alarma, pero no ocurre nada.

Ha dejado de nevar, pero el viento que los recibe es gélido. Corren por el patio hacia el garaje. Hay dos puertas, ambas cerradas. Su madre va a la de la izquierda, agarra la manija e intenta levantarla, pero no se mueve.

—Maldita sea —susurra, mirando a su alrededor, como buscando algo para forzarla—. Tenía que haber sabido que la cerraría.

—¿Hay llave? —pregunta Felix, tiritando.

—No, es electrónica. Había un botón en el salpicadero. Solo se puede abrir desde dentro del coche.

Mira hacia la casa, y Felix sigue su mirada. Los edificios están conectados.

—El lavadero —dice ella, mirándolo—. Había otra puerta. Tiene que dar al garaje.

Está a punto de volver corriendo a la entrada, pero Felix la detiene.

—No, mamá. Espera. Es mejor que vaya yo.

—Ni hablar —dice ella con firmeza, sujetándolo—. No vas a volver tú solo a esa casa. Por todo lo que sabemos, abrir la puerta principal pudo activar una alarma silenciosa en el dormitorio de Gerard. Podría estar despierto.

—Sí, y si lo está, nos pillará a cualquiera de los dos. Pero si sigue dormido, debería ir yo. Por el perro. Tú misma lo dijiste.

Ella se muerde el labio, claramente indecisa.

—Mamá, piénsalo. No quiero hacerme el héroe. Es lo lógico. Si me topo con el perro, puedo pasar con esto… —Levanta la cecina.

—De acuerdo —dice al fin, haciendo acopio de valor para soltarle el brazo—. Ten cuidado, cariño. Si Gerard está despierto, estará armado. Y no confíes en el perro. Es un animal de guarda, podría…

—Mamá, lo sé. Estaré bien —Toma la llave y la mira con seriedad —. Vuelvo enseguida, lo prometo.

Corre hacia la puerta.

Al entrar, se da cuenta de que dejará huellas de nieve por toda la casa, y no puede evitarlo. Sus ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, así que avanza con facilidad por la cocina, el pasillo y hasta el lavadero.

Abre la puerta con el mayor sigilo posible y asoma dentro, sujetando la cecina como si fuera un salvoconducto.

El perro no está en el lavadero. Felix cierra despacio y cruza la habitación hasta la otra puerta. Es parecida a la principal, con el mismo tipo de cerradura. La gira y hace clic. Se abre, y el olor a goma y aceite lo envuelve.

El garaje no está calefactado, y su aliento se vuelve visible mientras baja al suelo de cemento. Sirve también de taller: herramientas alineadas, cajas ordenadas. El Aygo está allí, junto a una enorme camioneta.

Rodea la pickup hasta el coche pequeño. Pulsa el botón de la llave, y las luces parpadean, desbloqueando las puertas.

Abre la del conductor, se inclina y ve el botón del portón. Lo presiona, y la puerta del garaje empieza a levantarse con un zumbido.

—¡Sí! —susurra.

Sale del coche, rodea hacia el lado del copiloto y entonces…

Se queda helado.

Frente a él está Titan.

El enorme perro se confunde con la oscuridad; solo brillan sus ojos. Detrás, en una esquina, hay otro colchón, casi igual al de la cocina.

—Hola, chico —acierta a decir Felix, con la voz rasposa, sin saber si el perro lo oye por encima del ruido del portón—. ¿Duermes aquí abajo, eh?

Su madre se agacha bajo la puerta antes de que termine de abrirse.

—¡Buen trabajo, Felix! —Lo ve allí quieto y se detiene también—. ¿Qué haces…? —Al acercarse, ve a Titan—. Joder…

El perro la mira, y un sonido grave, como un trueno lejano, le vibra en el pecho.

—Tranquilo… —murmura Felix, recordando la cecina. Parte un trozo, se lo muestra y lo lanza a sus patas.

Titan ni se inmuta. Solo los observa con esos ojos inmensos y desconfiados. Gruñe otra vez, un poco más fuerte.

—Shh, Titan —dice Felix, intentando sonreír—. Tranquilo, ¿vale? Todo está bien, solo vamos a dar un paseo.

El perro calla, como si lo estuviera pensando.

Su madre se mueve lentamente hacia la puerta del conductor, pero eso basta para que Titan se lance alrededor del coche —una velocidad increíble para un animal de su tamaño— y le corte el paso.

Gruñe de nuevo, mostrando los colmillos. Son tan grandes como el meñique de Felix.

—No, mamá —le advierte él—. No te acerques más.

Ella no necesita que se lo diga: ya está retrocediendo, con las manos en alto.

Felix está a punto de añadir algo cuando Titan los hace sobresaltarse con un estallido de ladridos.

Es tan fuerte que le zumban los oídos. No hay duda de que Gerard lo habrá oído, incluso desde dentro de la casa.

Mira a su madre, y su madre lo mira a él.

Felix traga saliva.

—¿Tienes un plan B?

GERARD

LOS SONIDOS DE TITAN hacen que se dé la vuelta y se incorpore sobre un codo.

Escucha.

El perro sigue ladrando.

Gerard sale tambaleándose de la cama, agarra el monitor y se queda mirando el mapa. Ve el punto rojo en el garaje —donde Titan suele dormir, porque está más fresco que dentro de la casa—.

Su primer pensamiento es que alguien ha venido a forzar la entrada. Aunque vive en pleno campo y su casa parece bastante modesta por fuera, nunca hay que subestimar el oportunismo de los ladrones.

También podría ser alguien asustado por las últimas noticias que espera encontrar provisiones para robar.

O podría ser mucho peor. Podría ser la policía o agentes del gobierno, que de alguna manera han seguido el rastro de Miriam hasta su casa.

Gerard se pone la bata, se calza las zapatillas y coge la pistola de la mesilla. Luego corre a la cocina y mira por la ventana. Desde allí apenas alcanza a ver las puertas del garaje. Una de ellas está abierta. Titan sigue ladrando ahí fuera, lo que significa que probablemente ha acorralado a los intrusos, tal y como Gerard le entrenó.

Extrañamente, no hay más vehículos en el patio. Pero es probable que los visitantes indeseados hayan tenido la picardía de aparcar a cierta distancia y recorrer a pie el resto.

—Malditos cabrones —escupe, echando a correr por el pasillo—. ¡Miriam! ¡Despierta! ¡Tenemos un problema!

No quiere que ella lo acompañe, claro. No la pondría en peligro. Solo quiere que ella y su hijo vayan directos al Arca. Luego, cuando estén a salvo, Gerard saldrá a enfrentarse a quienquiera que Titan esté conteniendo.

—¿Miriam? —Llama dos veces a la puerta y la abre—. Tenéis que levantaros. Los dos. ¡Vamos!

No enciende las luces, no quiere deslumbrarse ni deslumbrarlos, pero ve perfectamente la cama vacía. Y el corazón se le hunde de golpe. A juzgar por cómo han quedado los edredones apartados, Miriam y el chico salieron con prisas.

«Oh, no. Se la han llevado.»

Su primer pensamiento es que los intrusos han conseguido entrar en la casa y se han llevado a Miriam y a su hijo. Probablemente les han apuntado con un arma para obligarlos a seguirles, queriendo secuestrarlos sin que Gerard se despertara.

Su siguiente pensamiento es mucho más aterrador.

«¿Han sido… ellos? ¿Han vuelto?»

La idea de un grupo de extraterrestres en su garaje le revuelve las tripas. En ese instante no desea otra cosa que correr lo más lejos posible. Si de verdad hay criaturas de otro mundo ahí fuera, su pistola no le servirá de nada. Cualesquiera que sean sus habilidades y su tecnología, superarán con mucho cualquier cosa que él pueda hacer.

Pero Titan continúa ladrando.

Tengo que salir ahí, se dice Gerard, apretando los dientes hasta hacer crujir las muelas. Tengo que intentar salvarla.

Gerard lo sopesa brevemente. Puede entrar al garaje desde fuera o a través del lavadero. Decide que, si viene desde el exterior, será más fácil pillar desprevenidos a los intrusos.

Así que atraviesa de nuevo la casa corriendo, con la bata ondeándole detrás como una capa. Sale por la puerta principal, ignorando el frío helador en las piernas y la cara. El ladrido de Titan suena cada vez más fuerte mientras cruza el patio, y ve huellas recientes en la nieve.

Con la pistola lista y los ojos muy abiertos, Gerard se acerca despacio a la puerta abierta del garaje. Aparece el Aygo, y también el chico. Está de pie junto al lado del copiloto, mirando por encima del techo del coche con expresión asustada.

Gerard no le dice nada; se desplaza más hacia un lado para ver qué pasa al otro lado del coche.

Ve a Miriam, plantada frente a Titan. El perro la mira y ladra furioso. Casi parece que sea a ella a quien ladra. Pero claro que no

puede ser eso. Tiene que haber alguien más dentro. Alguien a quien Gerard no alcanza a ver desde allí.

—Titan —ordena.

El perro se calla de inmediato, y Miriam y el chico se vuelven hacia él.

—Gracias a Dios —exhala Miriam, corriendo hacia él.

Parece a punto de caer en sus brazos, y Gerard casi se deja, pero da un paso atrás y levanta la mano, indicándole que se detenga.

Ella obedece, pero sonríe igualmente.

—Qué alivio. Pensé que el perro iba a atacarnos.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta Gerard, intentando abarcar con la vista el resto del garaje. Allí dentro todo parece normal. Titan lo mira, claramente esperando su orden, como si no hubiera nadie más—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué vais vestidos? —Su mente va a mil por hora, intentando dar sentido a lo que ve—. ¿Os ibais?

—No —salta Miriam, casi riéndose—. Algo me despertó. Un ruido fuera. Sonaba como un coche acercándose. Pensé… pensé que me habían encontrado, Gerry —La expresión se le vuelve ansiosa—. Le dije a Felix que se levantara y se vistiera por si teníamos que salir corriendo. Pero cuando llegamos aquí, solo estaba el perro… —Se vuelve para señalar a Titan—. Y, claro, se pensó que tramábamos algo y se puso a ladrar. Me asusté de verdad. Creí que nos iba a despedazar.

—Él… no haría eso —dice Gerard, frunciendo el ceño—. No a menos que yo se lo ordene. Pero, entonces… ¿no hay nadie más aquí?

—No —dice Miriam, negando con la cabeza—. No, debió de ser algo que soñé. O quizá el perro hizo ruido aquí fuera, no lo sé… pero no pasa nada. Intenté llamarte, ¿no me oíste?

—No —parpadea Gerard. Baja la pistola—. No, yo… no me desperté hasta oír a Titan.

Mira al chico, que parece bastante nervioso. Discretamente se ha movido hacia un lado, alejándose del Aygo. Gerard vuelve a fruncir el ceño.

—¿Estabais intentando meteros en el coche?

—Sí —dice Miriam—. Claro. Ya te he dicho que pensé que teníamos que huir. Pero entonces apareció Titan y no nos dejó.

Gerard mira al perro. Ojalá pudiera preguntarle qué ha visto, porque hay algo raro en toda la situación.

Miriam tirita.

—¿Podemos volver dentro? Me estoy helando —Se dirige al lavadero, pero Titan se le cruza por delante, le dedica un gruñido y una mirada torva.

—Titan —dice Gerard—. ¿Qué demonios te pasa? Miriam es nuestra amiga.

El perro le echa una ojeada breve y vuelve a gruñirle a la mujer.

Miriam se vuelve hacia Gerard y abre los brazos.

—No se fía de mí. ¿Puedes decirle que se aparte, Gerry? Me pone de los nervios.

—Perdón —murmura—. Titan, ven aquí.

El perro no se mueve. Normalmente obedece a la primera, pero ahora solo le dedica otra mirada cargada de intención, y Gerard vuelve a frustrarse por no poder leerle la mente. A todas luces, el

animal cree tener buenas razones para no dejar que Miriam regrese a la casa.

—Es extraño —dice Gerard—. Es como si él también estuviera en tensión… Me pregunto por qué…

Ve cómo la mano del chico desaparece en el bolsillo de la chaqueta. Por reflejo, Gerard le apunta con la pistola.

El chico da un salto hacia atrás y alza las manos para mostrarlas vacías.

—¡Gerard! —exclama Miriam—. Por el amor de Dios… ¡baja eso!

—¿Qué llevas en el bolsillo? —exige Gerard, clavando los ojos en el chico—. ¿Qué escondes?

—N-nada —balbucea Felix—. Es que tengo frío… se me hielan las manos.

—Gerry —dice Miriam, dando un paso hacia él—. No estás pensando con claridad. ¿Qué crees, que Felix lleva un arma o algo así?

—No lo sé —sispea Gerard—. Pero le he visto la mano entrar ahí y quiero saber qué es.

El chico mira a su madre.

—Está bien —le dice ella con suavidad—. Enséñaselo, Felix.

Felix vacila un segundo. Luego mete la mano en el bolsillo y saca lentamente algo largo y marrón.

—¿Pero qué…? —murmura Gerard—. ¿Eso es… cecina?

—La cogí antes —admite Felix, con gesto culpable—. Tenía hambre. Se me olvidó pedir permiso. Lo siento.

Gerard gruñe.

—Por el amor de Dios, chico. Casi te pego un tiro por un tentempié…

Titan suelta un solo ladrido, tan seco que todos pegan un brinco.

—Titan, calla —le dice Gerard—. ¿Qué pasa?

El perro mira ahora a Felix y gruñe. Como si tampoco se fiara de él. Como si acabara de oír al chico mentir. Por supuesto, es absurdo; Gerard sabe que está interpretando demasiado el comportamiento del perro. Aun así, conoce a Titan desde hace años. Y jamás lo ha visto actuar así.

«Aquí hay algo que sigue sin cuadrar», piensa, mirando de Miriam al chico, esforzándose por captar cualquier detalle que le dé una pista de lo que ocurre de verdad.

—Miriam —dice—. ¿Hay algo que no me estés contando?

—No —responde, frunciendo el ceño—. ¿Qué iba a ser?

—No lo sé. Pero Titan claramente quiere decirme algo.

Miriam alza las cejas.

—¿Y vas a fiarte de un perro antes que de mí?

Gerard se lo piensa. Sinceramente, no sabe en quién confiar. Lo único que sabe con certeza es que...

Un sonido en la distancia, crece con rapidez. Es un aullido grave, que sube hasta un agudo vibrante antes de volver a caer y empezar de nuevo.

Es inconfundible.

—Santo Dios —murmura Gerard.

—¿Qué es? —pregunta Miriam, mirando hacia los campos oscuros y abiertos—. ¿Son las sirenas antiaéreas?

Gerard mira su reloj.

—El plazo… oh, Jesús… lo han hecho… —Mira a Miriam, y ve cómo la comprensión se dibuja en su rostro—. Van a detonar una bomba nuclear.

TIM

—¡AQUÍ ESTÁ!

Tim estaba perdido en sus pensamientos, y el grito repentino de Helena lo sobresalta.

—Oh… lo siento, papá —dice ella, al notarlo—. Es que… he encontrado su número.

—¿De quién? —Tim aparta la vista de la carretera para mirar el rostro de su hija, iluminado por la luz del móvil.

—De Felix. El chico.

—Ah. Genial. ¿Cómo lo has encontrado?

—En Facebook —responde ella, como si fuera obvio—. Su número estaba ahí mismo.

—Bueno… llámalo.

Ella lo hace.

Tim escucha varios tonos antes de que salte el buzón de voz.

—No contesta —dice ella—. Seguramente está durmiendo.

—Sí, supongo. ¿Puedes mandarle un mensaje?

—Claro.

—Dile que le estoy buscando. Que es importante. Que necesito que me devuelva la llamada cuanto antes.

Helena teclea en silencio durante unos segundos.

—Listo —dice.

Sigue mirando la pantalla. Conducen un rato más.

—Dios… —murmura ella.

—¿Qué pasa?

—El plazo. Acaba de pasar.

—Ah —gruñe Tim—. Supongo que los rusos al final no lo hicieron, ¿eh? No creí que fueran a…

Un chirrido metálico y agudo desde fuera lo interrumpe. Buddy se incorpora en el asiento trasero y gime.

—Joder —murmura Tim, mirando por los espejos—. Es la sirena antiaérea.

—Oh, no —exhala Helena, mirándolo—. ¿No creerás que…?

La respuesta llega en forma de un destello de luz a sus espaldas.

Buddy se gira hacia la ventanilla trasera. Helena también se vuelve en el asiento. Tim solo mira por el espejo retrovisor mientras una bola de fuego brillante y ardiente asciende por el horizonte. Desde donde están, tiene el tamaño de un pulgar. Pero en Hornstedt, donde claramente ha sido la explosión, debe de ser enorme.

—Lo han hecho… —susurra Helena, mirando del cristal trasero a su padre—. Lo han hecho, papá…

Está a punto de responder cuando oye un rugido que crece rápidamente. Después, una onda expansiva golpea el coche, haciéndolo desviarse un instante.

Helena grita, y Tim pisa el freno. Cuando el coche se detiene, se desabrocha el cinturón, con el corazón desbocado.

—¡Papá, no! ¡No salgas!

Pero necesita verlo con sus propios ojos. Así que abre la puerta y sale del coche.

FELIX

DURANTE UN LARGO Y tenso momento, los cuatro —incluido Titan— se quedan simplemente allí, mirándose los unos a los otros.

La sirena sigue aullando su ominosa advertencia en plena noche.

Su madre es la primera en romper el silencio.

—No —dice, negando con la cabeza—. No, eso no puede ser cierto.

—Lo es —responde Gerard con gravedad—. No sonarían la alarma solo por un simulacro.

—Pero… ¿qué significa eso? —dice Felix. Sale del garaje y alza la vista hacia el cielo oscuro—. ¿Hay un misil nuclear dirigiéndose hacia nosotros?

—Lo más probable —dice Gerard—. Y significa que tenemos minutos para entrar en el Arca.

—Pero… pero… —balbucea su madre, mirando de Gerard a Felix.

—¡Ni "peros" ni hostias, Miriam! —grita Gerard, agarrándola del brazo—. ¡Vamos! ¡Ahora mismo!

La arrastra con él, corriendo hacia el granero. Felix los sigue. Nota que Titan se queda atrás, pero no tiene tiempo de preocuparse por eso. Su madre grita su nombre, le dice que corra, y él lo hace, casi resbalando en la nieve. La mente le da vueltas. Espera ver en cualquier momento un destello de luz o escuchar el silbido de un cohete cayendo del cielo. Nada de eso ocurre, pero la sirena no cesa.

Llegan al pozo, y Gerard baja primero.

La madre agarra a Felix y lo ayuda a trepar el muro. Él baja tras Gerard, y su madre lo sigue de inmediato.

En menos de treinta segundos, están dentro del búnker, jadeando y mirándose otra vez los unos a los otros.

—¿Qué… qué va a pasar? —pregunta Felix.

—Puede que ya haya pasado —dice Gerard, dándose la vuelta y alejándose a zancadas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta su madre, siguiéndolo—. La sirena… es una advertencia, ¿no? Significa que han detectado el misil. Así que pueden detenerlo, ¿verdad?

Gerard abre la puerta de la sala de control y se sienta. Enciende los monitores en reposo.

—¿Pueden detenerlo, Gerry? —insiste la madre.

—Depende —responde él—. Sí, la sirena debería sonar antes del ataque, pero si usaron sigilo o si eran demasiado rápidos, el sistema de detección puede que no lo haya registrado a tiempo…

La madre mira a Felix, y él ve en sus ojos el mismo miedo que le roe el estómago. De pronto se siente como un niño pequeño. Lo primero que le viene a la mente es…

—Papá —susurra—. ¿Y papá, mamá?

Su madre solo niega con la cabeza.

—¿Estará a salvo?

—No… no lo sé, cariño —responde con voz ronca.

Gerard teclea sin parar. Abre una página web. El titular les grita en la cara: RUSIA CUMPLE SU AMENAZA: LANZA ATAQUE CONTRA DINAMARCA.

—Oh, no… —murmura su madre, llevándose las manos a la boca.

Gerard teclea otra vez, abre otra página. El nuevo titular dice: EXPLOSIÓN EN JUTLANDIA — POSIBLEMENTE NUCLEAR.

—Dios mío… —La madre abraza a Felix con fuerza.

De pronto Gerard se levanta de golpe y sale corriendo de la sala.

—¿Gerry? ¿A dónde vas?

—Puede que aún no sea tarde —murmura mientras pasa junto a ellos.

Se ausenta unos treinta segundos. Cuando regresa, Titan viene con él.

—Estaba esperando en el lavadero —dice, sin aliento—. Tal como le enseñé. Buen chico.

El perro no parece precisamente contento de verlos; se va directo al dormitorio.

Gerard vuelve a sentarse y sigue buscando noticias.

—¿Es… es realmente un ataque nuclear? —pregunta la madre, con la voz temblorosa.

—Dejadme comprobarlo —dice Gerard—. No podemos fiarnos de los medios, pero puedo usar mi propio equipo. Si ha estallado una bomba nuclear en Jutlandia, deberíamos detectar la radiación aquí

en menos de media hora; el viento sopla en la dirección perfecta —Se vuelve hacia ellos, con expresión grave—. Id a sentaros. Intentad relajaros. Os avisaré en cuanto tenga las lecturas.

La madre asiente, limpiándose una lágrima.

—Vamos, Felix.

Van a la sala principal y se sientan en el sofá. Ella aún lo rodea con el brazo, y él se apoya de buena gana contra ella.

—¿De verdad crees que está pasando? —pregunta en voz baja—. ¿Esto es… la Tercera Guerra Mundial?

—No lo sé —dice ella—. Rezo porque no.

Permanecen un rato en silencio. La mente de Felix da vueltas. Recuerda lo que ocurrió en el garaje justo antes de las sirenas.

Se endereza un poco y la mira.

—¿Crees… crees que se lo ha creído?

Su madre parece perdida en sus pensamientos. Parpadea y luego se encoge de hombros.

—No lo sé. No estoy segura de que importe ahora.

—No —murmura Felix—. Supongo que tienes razón.

—Ven, acuéstate, cariño —le dice ella.

Felix sube los pies al sofá y apoya la cabeza en su regazo. Su madre le acaricia el pelo, y es lo más reconfortante que ha sentido en su vida. Cierra los ojos y se deja llevar por la sensación de sus dedos deslizándose entre los mechones.

—Mamá —pregunta al cabo de unos minutos que se le hacen eternos.

—¿Hmm?

—¿Y si de verdad es nuclear? Quiero decir… ¿qué hacemos?

—No lo sé, cariño.

—Pero… eso significaría que no podemos salir, ¿verdad?

—Yo no…

—Exacto —interrumpe de pronto la voz de Gerard.

Felix se incorpora. Ambos lo miran. El hombre está ahí, con el rostro inquietantemente inexpresivo y los ojos completamente vacíos.

—No podéis salir —dice con tono monótono—. Ninguno de nosotros puede. No durante mucho tiempo.

—Oh, no… —susurra la madre—. ¿Eso significa que…?

No logra terminar la pregunta. No hace falta.

Gerard asiente, con un tic en el labio, como si intentara forzar una mueca de resignación.

—He comprobado y vuelto a comprobar las lecturas de radiación. Están por las nubes.

—Dios… —susurra la madre, escondiendo el rostro entre las manos.

Gerard traga saliva y mira directamente a Felix.

—Ha sido nuclear.

GERARD

MIRIAM SIGUE SOLLOZANDO, Y el chico permanece allí sentado, mirando a la nada.

Gerard se da la vuelta y regresa a la sala de control. Cierra la puerta y echa el cerrojo. Luego se dirige al dormitorio. Titan está tumbado en el colchón junto a la cama de Gerard, este no está desgastado por los años de uso como los colchones de la cocina o del garaje, y Titan no parece muy cómodo.

—Lo siento, chico —le dice Gerard, dejándose caer sobre la cama —. Es lo único que tenemos por ahora.

Titan apoya de nuevo la cabeza con un suspiro.

—Lo sé —murmura Gerard, tumbándose y colocando un brazo bajo la cabeza—. Siento no haber entendido antes lo que intentabas decirme.

Titan no responde; solo respira con calma.

—Ahora lo entiendo —continúa Gerard, sacando del bolsillo el dispositivo de grabación.

Después de comprobar las noticias y las lecturas de sus instrumentos, algo le llevó a acceder al sistema de vigilancia. Quería saber qué había pasado antes de despertarse. Qué estaban haciendo exactamente Miriam y el chico.

Se sintió un poco mal espiando a Miriam de esa manera, escuchando sus conversaciones privadas.

Pero resultó ser una muy buena idea.

Tras escucharlo varias veces, transfirió el archivo de audio al dispositivo y borró todo del sistema. No es que ninguno de ellos pudiera llegar a superar todas sus contraseñas y encontrarlo allí. Simplemente no quería que siguiera en el sistema. Quería tenerlo consigo, en todo momento.

Baja el volumen al mínimo, coloca el dispositivo junto a su oído y pulsa el botón.

La voz de Miriam:

—Tienes razón. En todo lo que dijiste sobre Gerry. Me dio la misma sensación. No está bien. No podemos confiar en él —Una breve pausa. Luego:— Al principio no quería creerlo. De verdad quería que Gerard fuera la persona que conocí por mensajes. Pero en realidad es muy diferente. Creo que es paranoico...

La voz del chico interrumpe:

—Sí, y eso se queda corto.

Y Miriam continúa:

—Quizá incluso esquizofrénico. No me gusta decirlo, pero… es el tipo de persona que debería estar en ese centro en el que me tuvieron a mí.

El chico suspira y dice:

—Estoy contigo, mamá.

La grabación termina. Gerard la vuelve a poner. La escucha varias veces. Mirando fijamente al techo mientras lo hace.

Y siente cómo una ira hirviente, roja y densa, le sube desde el vientre y se instala en su pecho.

UNA PALABRA DEL AUTOR

NO TENGO NI IDEA de cómo es por dentro una instalación de seguridad en Dinamarca. Por suerte, nunca he estado en un lugar así.

Vivo a solo diez minutos de una, eso sí, y paso por allí con frecuencia, así que conocía las vallas, las rejas y todo eso. Pero, aparte de eso, no tengo ni la menor pista.

Sabía que en este libro Felix ayudaría a su madre a escapar del centro (o al menos eso creía yo al principio; al final resultó que fue más bien Miriam quien se liberó por sí misma). Así que intenté hacer algo de investigación: llamé al centro y hablé con una mujer que trabajaba allí.

Le expliqué educadamente que estaba escribiendo un libro sobre alguien que se escapa de un centro de alta seguridad y que tenía algunas preguntas. Por ejemplo, ¿las puertas funcionan con tarjetas? ¿Los guardias van armados? ¿Qué tipo de fuerza pueden emplear para impedir que alguien se fugue?

Mientras le hacía todas esas preguntas, me di cuenta de que sonaba exactamente como alguien que planeaba sacar a una persona de allí y se había inventado una excusa bastante mala sobre ser escritor.

Mi voz empezó a tensarse, y eso debió de hacerme parecer aún más sospechoso, porque cuando por fin dejé de parlotear, la mujer me respondió con frialdad:

—No tengo permitido divulgar ese tipo de información.

Cerré la llamada lo más rápido que pude y pasé el resto de la tarde mirando por la ventana, esperando ver aparecer un coche de policía frente a mi casa.

No vinieron, y ahí quedó la cosa.

Pero, como veis, por eso detesto hacer investigación… No solo es aburrida, ¡puede ser francamente peligrosa!

En fin, tuve que hacer algunas conjeturas fundamentadas sobre la seguridad de estos lugares, combinadas con algunos datos que encontré en internet y con mi propia experiencia visitando a alguien en un centro no seguro hace unos años.

Espero que las escenas con Felix y su madre os hayan resultado verosímiles.

¡Gracias por leer!

***

¿Queréis saber más sobre Toby? Entonces echadle un vistazo a la precuela gratuita *Blackout*, que cuenta exactamente lo que ocurrió aquella fatídica noche, cuando Felix solo tenía seis años.

El libro gratuito está disponible en:

nick-clausen.com/gratis

-

O continuad con el Libro 4 en:

nick-clausen.com/invaders4